



LOS REYES DEL



WISKY

DE LAS HIGHLANDS

ANNA
MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE REGENCIA MÁS VENDIDA DE
USA TODAY

LOS
TRES
ÁRBOLES

Los tres árboles

ANNA MARKLAND

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Copyright](#)

[Más de Anna Markland](#)

[Dedicatoria](#)

[Ha pasado un año](#)

[No puedo hacer esto](#)

[A la mañana siguiente](#)

[Unas noticias interesantes](#)

[Una invitación inesperada](#)

[El viaje](#)

[El monólogo del marqués](#)

[Llanfairpwllgwyngyll](#)

[Luchando con demonios](#)

[La carta de Rowan](#)

[Una pierna o tres](#)

[De rodillas](#)

[Un nuevo capítulo](#)

[Ya es suficiente](#)

[La boda](#)

[La victoria del amor](#)

Ash

[El repuesto](#)

[El último suspiro](#)

[La solución de Niven](#)

[Sin elección](#)

[Adiós Inglaterra](#)

[Un sombrero de copa](#)

[Bienvenido a las Highlands](#)

[Día uno](#)

[La primera prueba](#)

[La atracción](#)

[Logrando conocerla](#)

[El primer beso](#)

[Lanzando la precaución al viento](#)

[Bendiciendo esta unión](#)

[La celebración](#)

[Relajándose](#)

[Noticias de Thorne](#)

[Bienvenidos a casa](#)

Thorne

[Un alma atribulada](#)

[La primera reunión](#)

[La penitencia](#)

[El rescate](#)

[Las secuelas](#)

[La despedida](#)

[El juicio](#)

[Escapando de Barbados](#)

[La unión](#)

[El fin del viaje](#)

[Epílogo](#)

[Notas históricas](#)

[Palabras finales de la autora](#)

Copyright

Los tres árboles de Anna Markland.

Libro cuatro de la serie Los reyes del wiski de las Highlands.

Publicado originalmente en inglés como: *The Three Trees*.

© 2024 Anna Markland.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Portada de Wicked Smart Designs.

Más de Anna Markland

Anna es una autora de bestsellers en USA Today, quien ha escrito más de sesenta novelas históricas medievales, vikingas, montañosas, isabelinas y de la Regencia, galardonadas y muy queridas. No importa el entorno histórico o geográfico, muchas de sus series relatan las aventuras de generaciones sucesivas de una familia, con énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor. Puedes encontrar una lista detallada con enlaces en: <https://www.annamarkland.com/>

Ella es una autora independiente, por lo que hacer correr la voz sobre su libro es vital para su éxito. Si disfrutas de este libro, favor considera escribir una reseña. Las reseñas ayudan a otros lectores a encontrar historias para disfrutarlas.

Dedicatoria

Para los guerreros heridos de Ucrania, quienes siguen decididos a seguir luchando.

Ha pasado un año

18 de junio de 1816, Abadía de Rochevaux, Berkshire, Inglaterra

Sentado en el borde de su colchón, después de otra noche de insomnio, Rowan Halstead, marqués de Bracknell, miraba el muñón que había en el lugar donde estaba su pierna izquierda.

—Hace un año que me dejaste —se quejó, mientras se masajeaba la carne llena de cicatrices de lo que quedaba de su muslo—. ¡Todavía estoy malditamente inútil! Más vida en la carne entre mis piernas.

Dirigió su atención a su insistente erección matutina.

—La polla testaruda todavía anhela lo que nunca podrá ser.

Decidido a sacar de su mente a la mujer, que había amado y perdido, recuperó su muleta de al lado de la cama, y se levantó, tambaleándose.

Un golpecito en la puerta anunció la llegada de su ayuda de cámara. Rowan odiaba la sensación áspera de un camisón sobre su piel, por lo que Cosmo no podía pasar por alto la ubicación prohibida del puño de su amo. Como lo hacía todas las mañanas, el ayuda de cámara desvió discretamente la mirada.

Cosmo, quien había sido recomendado a Rowan por el conde de Uxbridge (un compañero amputado), poco después de su regreso de la guerra, había sido una bendición. Ex sirviente de un oficial del ejército británico, él había confeccionado todos los pantalones de Rowan para adaptarlos a su deformidad. Rowan era un soldado de carrera, antes de ser herido en Waterloo, por lo que apreciaba el enfoque militarista de Cosmo, al servirlo. En lo que consideraba a este ayuda de cámara, él todavía era un cabo y su jefe era el mayor Halstead. Escuchaba estoicamente las quejas de Rowan sobre su incapacidad, pero nunca hablaba, en un sentido u otro, sobre las dificultades que enfrentaba su jefe.

Cosmo lo saludó.

—Le he ajustado el uniforme para la reunión, lord —dijo.

Rowan se encogió de hombros. Tenía toda la intención de no asistir a la reunión del Regimiento 32 de Cornualles, pero su hermano insistió en que ellos debían ir.

—Es nuestra obligación honrar a los oficiales, que no regresaron de Waterloo hace un año —le recordaba Ash, una y otra vez.

La idea rezumaba en la ironía. Los hermanos Halstead habían sido destinados al Regimiento 32, como un favor a su padre ducal porque su propio Regimiento de Berkshire iba a ser enviado a Canadá. Rowan a menudo se preguntaba si todavía tendría ambas piernas, si hubiera ido a Canadá, en lugar de terminar en el baño de sangre de Waterloo. Los sueños de gloria terminaron, cuando la metralla de un cañón francés le destrozó la rodilla. Además, los Halstead no habían entablado amistad con ninguno de los oficiales muertos del Regimiento 32, aunque durante la Guerra de la Península, ellos habían luchado con su propio regimiento.

—Lord Ash y el señor King me pidieron que le avisara, que estarán listos para partir hacia Londres, después del desayuno —le informó Cosmo.

—Muy bien —replicó Rowan, sin sentirse alegre para nada. Su hermano Ash tendía a ser un incordio, en estos días, aparentemente incapaz de hablar de nada más que de su última amante y su hermano menor, Hawthorne, quien había desaparecido de la faz de la Tierra, después que París cayó, ante las fuerzas de Wellington. Ash parecía pensar que era responsabilidad de Rowan

encontrarlo y traerlo a casa.

—Es por su lesión por lo que se siente culpable. —Ese era un estribillo común. Como si Rowan tuviera tiempo o energía para andar por el mundo buscando a Thorne. Habían pasado meses desde que su padre había recibido la última carta de él, enviada desde Egipto.

Rowan se llevaba bien con Niven King, pero su cuñado solía hablar sin parar de Willow. Rowan amaba a su hermana pequeña, y estaba feliz que se hubiera casado con Niven, a pesar de sus propios esfuerzos equivocados por mantenerlos separados. Sin embargo, el profundo amor que sentían el uno por la otra, simplemente le recordaba a Rowan lo que podría haber sido, si se hubiera casado con Daisy Hawkins, algo imposible dada su lesión paralizante.

—Entonces será mejor que me ayude a prepararme —suspiró, pensando que era una suerte que Niven no asistiera a una reunión del Regimiento 79 de los Cameron Highlanders, para quienes tocó como gaitero en Waterloo. Incluso ese regimiento todavía estaba en París, por lo que las gaitas del escocés agregarían un poco de vida y serían bienvenidas a la reunión del Regimiento 32.

* * *

Niven se alegró de todo corazón que su esposa lo hubiera acompañado a él y a los hermanos desde Berkshire hasta la casa del padre, en el este de Londres. Ash y Rowan apenas habían dicho una palabra durante el viaje de cuarenta millas. Niven no los culpaba. Tampoco estaba ansioso por revivir los acontecimientos de Waterloo.

En la intimidad de su dormitorio en la casa adosada, ahora podía hablar de la complicación añadida.

—Me encuentro en una posición difícil —le dijo a Willow, mientras ella lo ayudaba a abrocharse el kilt de Cameron restaurado, que había usado en Waterloo—. Hace meses acepté asistir a la reunión del regimiento de tus hermanos, en el primer aniversario de Waterloo.

—Luego, llegó la invitación a la boda de tu prima, ese mismo día —respondió Willow con simpatía.

Aunque no era soldado, Niven había participado en la sangrienta batalla para derrotar a Napoleón, tocando la gaita junto al legendario gaitero del Regimiento 79 de las Highlands, Kenneth McKay.

—Sinceramente, quiero honrar a las miles de víctimas de Waterloo, sin importar a qué regimiento pertenecieron.

Willow dio un paso atrás para comprobar su aspecto.

—Incluso Rowan te pidió que tocaras un lamento con la gaita, en la reunión, en honor al Regimiento Treinta y Dos.

Esta había sido una sorpresa agradable, pero Niven estaba preocupado.

—¿Tu hermano sabe que su ex prometida se va a casar con otro hombre?

—No estoy segura —respondió ella—. Él insiste en que ya superó lo de Daisy, pero ambos sabemos que eso es mentira.

—Me preocupa la verdadera posibilidad que Daisy se case con un hombre al que no ama.

—Solo el orgullo obstinado de mi hermano lo obligó a separarse de Daisy. Él pensó que romper su compromiso era por el bien de ella.

—Creo que fue por miedo y por orgullo. Pensó que a ella le daría asco su muñón. La antigua Daisy que conocí, cuando llegué a Londres no habría tenido el valor de casarse con un hombre con una sola pierna, pero, la relación con Rowan la cambió.

—Tiene que haber una manera para que ambos vuelvan a estar juntos —suspiró ella.

* * *

Rowan no fue el único oficial, en la reunión, que perdió una extremidad en Waterloo, pero admitió a regañadientes, que parecía ser el único que no se había adaptado a sus habilidades deterioradas.

Dos ex capitanes mancos no tenían ningún problema en jugar a las cartas y beber grandes cantidades de licor, mientras se reían a carcajadas, ante cada broma lasciva sobre las formas ingeniosas, en que habían superado su deformidad, mientras se acostaban con sus esposas.

Por la forma en que el segundo teniente Brodie maniobraba fácilmente alrededor del gran comedor, nadie adivinaría que una explosión le había robado un ojo.

Rowan deseó no haber asistido. Waterloo había enfermado su alma, convirtiéndolo en una burla. Fue solo gracias a la persistencia de Niven, que él sobrevivió a la amputación y llegó a casa, pero incluso le molestaba que sus compañeros oficiales se deshicieran en halagos por la interpretación de su cuñado de un lamento por los caídos. Cumplido el deber, lo instaron a tocar algo más animado. Ahora, varios borrachos, Ash, entre ellos, estaban retozando por ahí fingiendo que conocían los pasos de un reel.

El sonido lastimoso de las flautas le recordó a Rowan demasiado de Waterloo, aunque durante la batalla, lo había estimulado la interpretación de Niven, que no estaba muy lejos. El Regimiento 32 estuvo en la misma brigada con los Cameron Highlanders.

Pero faltaba algo más: Thorne, el hermano menor de los Halstead, se culpó a sí mismo por la herida de Rowan, y desapareció. Rowan había insistido todo el tiempo que esto no era culpa de Thorne, que su caballo lo hubiera arrojado al suelo, donde el sable de un coracero francés estaba listo para cortarle la cabeza. Obviamente, Rowan hizo todo lo posible por salvar a su hermano, y perdió la pierna en el proceso. Pero si el chico hubiera ejercido un mejor control de su caballo...

Desesperado por desterrar la posibilidad de culpar a Thorne, Rowan se bebió un tercer vaso de wiski, definitivamente no era *Uachdaran*. Había perdido su pierna y a la única mujer a la que amaba, todo porque...

Detrás de sus ojos cerrados, surgieron imágenes de su caballo chillón destrozado por la metralla. ¿O eran sus propios gritos de agonía lo que recordaba?

—¡Anímate! —le gritó Ash, muy cerca de su oído—. Al menos estás vivo.

—¿Lo estoy? —replicó Rowan, sobresaltado y abriendo los ojos.

—Estoy tan tacaño, ¡como una lechuza! —exclamó Ash con una sonrisa, arrastrando las palabras, mostrándose alegre y ajeno a la respuesta de Rowan—. ¡Tomemos otra copa! Las chicas llegarán pronto. No puedo esperar a tener en mis manos un jugoso par de timbales de Cupido.

Rowan decidió que lo mejor era seguir bebiendo. Su objetivo era estar completamente borracho, cuando las damas de la noche llegaran para “entretenerlo”. Si no podía soportar la imposibilidad de acostarse con Daisy, ciertamente no iba a probar los senos de una prostituta.

* * *

A medida que avanzaban las festividades de la noche, Niven se preocupaba cada vez más por sus cuñados. Ash estaba haciendo el ridículo con una de las prostitutas contratadas para entretenerlos. Sus compañeros, igualmente ebrios, lo incitaban a intentar quitarle toda la ropa. No había mucho que Niven pudiera hacer. Ash no recibiría con agrado su interferencia. No obstante, recostado en una silla, en la periferia de las estridentes celebraciones, Rowan, con los ojos

vidriosos, parecía estar completamente loco.

Una de las prostitutas mayores se le acercó, y le gritó por las molestias. Al parecer, incluso las damas de la noche sentían repulsión por las extremidades amputadas.

Niven había planeado marcharse temprano de la reunión, y dar un breve paseo, en carruaje, hasta la casa de sus primos. Ramsay House no estaba lejos. Al menos debería aparecer en la recepción de la boda de Daisy, y ella agradecería su contribución con algunas melodías en el violín. Sin embargo, Rowan era obviamente incapaz de llegar solo a la casa de los Halstead y Ash no sería de ninguna ayuda.

Poco después de medianoche, con la ayuda de otros dos oficiales borrachos, logró llevar a Rowan en brazos hasta su carruaje. Menos mal que su cuñado estaba demasiado borracho para oír sus comentarios ofensivos sobre los hombres sin piernas.

—¿Aash? ¿Dónde está Ath? —balbuceó Rowan, después que Niven lo metió en el carruaje.

—Tendrá que valerse por sí mismo —respondió Niven, ordenándole al conductor que se dirigiera a la casa.

Rowan pronto se sumió en la borrachera. Aparte de roncar fuerte, el único sonido que emitía era un susurro lastimoso:

—Daihee.

Obligado a trabajar, tan pronto como llegaron a casa, Cosmo insistió en ayudar a preparar al mayor Halstead para que se fuera a dormir.

No puedo hacer esto

Iglesia de St. George, Londres

—¿Aceptas a este hombre como tu legítimo esposo...?

El ministro de St. George siguió hablando monótonamente, pero Daisy Hawkins apenas escuchó el resto de su preámbulo. Consciente que la gran congregación, sentada en los bancos detrás de ella, se movía cada vez más, ella miró a su prometido. Reginald Fernsby era un conde muy apuesto, un caballero que la trataba bien, pero no era Rowan Halstead.

¿Cómo se las arreglaba su ex prometido para afrontar el primer aniversario de Waterloo? Los recuerdos de su terrible experiencia debían de haberle vuelto a la memoria... si es que alguna vez lo habían abandonado, cosa que ella dudaba. Si tan solo él se diera cuenta que ella todavía lo amaba y que lo amaría, aunque no tuviera piernas. Era el único hombre que había sacado a relucir esas buenas cualidades de ella. Más aún, con él Daisy era una mujer completa. Pero él había pensado en ahorrarle a ella el matrimonio con un lisiado. ¡Qué hombre tan tonto!

El ministro se aclaró la garganta, cuando Daisy no respondió. Ensoberdecida por el ruido sordo, en sus oídos, y repentinamente incapaz de respirar, se encontró con la mirada perpleja de Reginald. No le quedaba más remedio que avergonzarse delante de la élite londinense.

—Lo siento —murmuró—. No puedo hacer esto.

Le entregó el ramo a su dama de honor, sorprendida de ver compasión en los ojos de Cat y no la censura. Mientras se tambaleaba a ciegas hacia el pasillo interminable, agradeció que vio el brazo de su hermano. Kenneth apareció de la nada y la escoltó lentamente entre la multitud boquiabierta. Una vez afuera, la metió a ella y a la cola de una milla de largo del costoso vestido de novia, en su carruaje ducal.

Temblando, ella esperaba una reprimenda. Él había pagado toda la factura de la boda. En cambio, él subió, se sentó a su lado y le dijo:

—Esperaba que no lo hicieras.

A la mañana siguiente

Al día siguiente de la reunión, era media mañana, cuando Niven y Willow abandonaron la casa adosada para viajar a Ramsay House. Daisy probablemente ya se había ido de luna de miel, pero Niven quería al menos ofrecerle disculpas al hermano de Daisy por no haber asistido a la ceremonia. Kenneth probablemente había pagado todo el evento.

Rowan no se había levantado, cuando ellos se marcharon.

—No es sorprendente, dada la cantidad de alcohol que bebió en la reunión —le dijo a Willow, una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de su padre. El duque de Withenshawe temía que su hijo mayor no pudiera sobrellevar bien el inevitable resurgimiento de recuerdos horribles.

Niven se guardó para sí los detalles de cómo ayudó a Cosmo a quitarle a Rowan el uniforme y ponerle un camión. En el hospital, le habían vendado el muslo. Esta fue la primera vez que Niven vio el muñón destrozado, que había quedado así tras una amputación apresurada, en el campo de batalla. Ahora comprendía mejor la renuencia de Rowan a casarse.

—Últimamente, bebe cada vez más —replicó Willow con un suspiro—. Temo que las cosas empeoren, cuando se entere del matrimonio de Daisy.

Media hora después, llegaron a Ramsay House, luego de cruzar por Londres. Niven debería haber notado que algo no iba bien, cuando Harrison abrió la puerta principal, después que ellos tocaron. Con la nariz crispada y los labios fruncidos, el imperturbable mayordomo parecía decididamente agobiado. Niven nunca había visto gotas de sudor en su frente.

—¿Pasa algo, Harrison? —preguntó.

El mayordomo puso los ojos en blanco, un gesto muy poco habitual en él.

—Sin duda, Su Gracia le mantendrá informado, señor King.

En ese mismo momento, Kenneth y Cat se apresuraron a entrar al vestíbulo para saludarlos.

—Supongo que ya lo habrán oído —declaró el primo de Niven.

—¿Qué hemos oído? —preguntó Niven.

—Como no asististe —respondió la esposa escocesa de Kenneth—. Supusimos que lo sabías.

Niven apretó los puños y su exasperación aumentó.

—Kent, ¿qué sucede?

—Daisy dejó plantado a su novio en el altar —explicó Kenneth—. Me he pasado la mayor parte de la mañana, calmando los ánimos. Es comprensible que Fernsby se sienta ofendido.

* * *

Willow debería haberse sorprendido por la noticia, pero la esperanza por su hermano floreció en su corazón. Solo podía haber una explicación para la decisión de Daisy: todavía estaba enamorada de Rowan.

Cat les pidió a los invitados que fueran al salón, donde los cuatro permanecieron sentados, en un incómodo silencio, durante unos minutos.

—No pareces tan molesto —dijo finalmente Niven.

—Bueno —respondió Kenneth—. Me molesta que mi hermana haya tardado hasta el último minuto, en darse cuenta que estaba cometiendo un error, pero me alivia que no se haya casado

con Fernsby.

En realidad, esto no era asunto de Willow, pero ella tenía que seguir con el asunto por el bien de su hermano.

—¿Puedo preguntar por qué? El conde parece un buen partido.

—Sí, pero ella no lo ama. —El primo de Niven la miró de reojo.

Cat asintió.

—Ella todavía añora a tu hermano. Es solo que Fernsby no es Rowan Halstead.

La impaciencia de Willow pudo más que ella.

—Y mi hermano todavía está enamorado de ella. ¡La situación es ridícula!

—Daisy ha intentado hablar con Rowan para hacerle entender que deben estar juntos —insistió Kenneth.

—Pero él se niega a verla —añadió Cat.

—Puede ser muy terco —convino Willow—. ¡Él es su peor enemigo!

—Tiene miedo —declaró Niven—. Todavía se considera medio hombre, y no quiere que Daisy lo vea así.

—No sé qué hacer para que todo salga bien —admitió Kenneth—. Quiero que mi hermana sea feliz.

—Y yo quiero lo mismo para Rowan —se sumó Willow.

—Hay un hombre que podría hacer entrar en razón a Rowan —sugirió Niven—. Pudimos viajar a casa desde Flandes, en compañía del conde de Uxbridge, que también perdió una pierna en Waterloo. Se negó a soportar las quejas de Rowan.

—Esto sí es interesante —comentó Kenneth—. Hace poco fue investido marqués de Anglesey, como recompensa por sus servicios en Waterloo. He oído que asistió a la corte, luciendo una especie de miembro mecánico.

—¡Debemos ponernos en contacto con él! —declaró Willow con mucho entusiasmo.

* * *

Cuando llegaron a casa, después de la iglesia, Kenneth le había ordenado a Daisy, que se quedara en su suite de habitaciones, por si Fernsby se aparecía allí. Su madre, entre lágrimas, la había ayudado a quitarse el vestido de novia. Y realmente, Lady Maureen se compadecía de esa situación. Todos en su familia comprendían que Daisy todavía amaba a Rowan. Pero ella lamentaba haber tardado hasta el último minuto, en darse cuenta que no podía comprometerse con Reginald. Tendría que disculparse con él. Probablemente, él estaba molesto porque su orgullo había recibido un duro golpe. Se llevaban bien, pero un matrimonio nunca habría funcionado. Incluso Reginald había confesado que no la amaba, y estaba molesto por las horas que ella pasaba en una misión, ayudando a los indigentes amputados por la guerra. Aunque esta era una forma, en que Daisy comprendía lo que había sufrido Rowan, pero no podía admitirlo delante de Reginald.

Al oír voces fuertes en el vestíbulo, el día después del fiasco en la iglesia, ella temió que Reginald hubiera venido. Fue un alivio reconocer el acento de Niven. Años atrás, había tratado a su primo escocés con frivolidad, pero gracias al Cielo que seguían siendo amigos. Ahora, él estaba casado con una dulce chica, que lo adoraba. Y Niven comprendía la necesidad de amor, en un matrimonio.

Se sonó la nariz, se puso los zapatos y salió de la suite, con la intención de unirse a la conversación, en el salón. Aunque ella se detuvo de repente frente a la puerta entreabierta, cuando escuchó a la esposa de Niven hablar de Rowan... Willow afirmó que su hermano todavía

amaba a Daisy.

La revelación le generó nuevas esperanzas. Finalmente, ella había aceptado casarse con Reginald por la creencia, aparentemente errónea, que Rowan ya no la amaba. Con el corazón palpitante, escuchó sin aliento el resto de la conversación. Dondequiera que viviera ese marqués de Anglesey, ella podría necesitar la ayuda de su hermano para localizarlo. Tal vez él pudiera hacer entrar en razón a Rowan. ¿Una pierna mecánica? ¿Quién había oído hablar de algo así?

* * *

Daisy entró, como una exhalación, en el salón.

—No pude evitar escucharlos —dijo, quitándole importancia a haber oído, a escondidas, intencionalmente—. ¿Creen que este marqués podrá superar la terquedad de Rowan?

Niven se levantó para saludarla.

—Daisy, muchacha —dijo, extendiendo las manos—. ¿Cómo estás?

—Me avergüenzo de mí misma —admitió, tomándole las manos—. Fernsby debe pensar que lo engañé. Simplemente, no pude seguir adelante con eso.

—Bueno —replicó su primo—. Tienes que ser fiel a ti misma.

—Exactamente —asintió Daisy. En el fondo de su corazón sabía que Niven lo entendería. Además la esposa de él era otra persona. Después de todo, era la hermana de Rowan—. ¿Dijiste la verdad, Lady Willow? ¿Tu hermano todavía me ama?

—Él se encuentra miserable, y creo que te extraña más cada día que pasa.

—Entonces, debemos encontrar al marqués de Anglesey, y convencerlo que hable con Rowan.

—Yo viajé con él —destacó Niven—. Él me conoce... Me encantaría hablar con él.

—¿Qué opinas de eso de la pierna mecánica? —preguntó Daisy, dudando si se podría depositar demasiadas esperanzas en semejante artilugio.

—Me parece poco probable —respondió Kenneth—. Pero, Trevithick inventó un motor que funciona con vapor y un italiano nos trajo la pila voltaica. Dados los avances científicos modernos, ¿quién sabe qué se les ocurrirá a continuación?

Animada, Daisy siguió adelante:

—Entonces, ¿cómo encontramos al marqués? ¿Dónde está Anglesey, exactamente?

—Puede que no viva en Anglesey... Allí le habrían dado el derecho de cobrar rentas y de elegir a sus miembros del Parlamento. Es más probable que lo encontremos en la corte... Wellington probablemente lo sepa, aunque puede que todavía esté en Francia. —Kenneth se rió entre dientes.

Daisy inhaló profundamente. La solución parecía estar al alcance de la mano, aunque más lejos que nunca. Aún así, todo esfuerzo valdría la pena, si eso significaba convencer a Rowan, que debían estar juntos.

* * *

Rowan se despertó con un fuerte dolor de cabeza y un sabor metálico a wiski de mala calidad en la boca. No recordaba cómo había llegado a casa, después de la reunión de la noche anterior, aunque sospechaba que había sido Niven, quien se había encargado de ello. Ash había bebido demasiado. Cosmo debió haberlo ayudado, una vez que llegó a casa. ¿Quién más lo envolvió en un modesto camisón y guardó su uniforme en el armario?

¡Qué criatura tan patética era él! Pues tenía que depender de los demás para todo. Ya era

hora que se recompusiera. Puede que hubiera perdido una pierna, pero todavía estaba vivo, siendo muy capaz de hacer cosas mejores. Si seguía por el camino destructivo, en el que se encontraba, se consumiría y moriría. Su padre quedaría devastado. Y Ash sería el heredero. ¡Que el Cielo no quiera esto!

—Tranquilízate, hombre —se exigió, a sí mismo, perdiendo la paciencia, al no encontrar su muleta.

—¡Cabo! —gritó con la voz en su cuello—. ¿Qué diablos ha hecho con mi muleta?

Su garganta seca se rebeló, y pronto no pudo dejar de toser, lo que le empeoró el dolor de cabeza.

Fiel a su estilo, Cosmo llegó, en dos minutos, con la muleta de Rowan, bajo el brazo. Llevaba una bandeja, en la que había un vaso con un líquido de un tono oscuro y amenazador.

—Su reconstituyente, mayor —entonó.

Simplemente, mirar el cristal hizo que el estómago de Rowan se rebelara, pero aceptó de mala gana que su ayuda de cámara no aceptaría un “no” por respuesta.

* * *

Con la mandíbula apretada y sin estar cien por ciento seguro de haber recuperado el equilibrio, Rowan se dirigió cojeando al estudio, que sería suyo, cuando su padre falleciera. Le encantaba el escritorio de madera de cerezo y la habitación, que era muy masculina, con paneles de caoba y estanterías, que iban del suelo al techo y estaban repletos de tomos para eruditos. Había esperado con ansias asumir la responsabilidad de los asuntos del ducado, cuando llegara el momento inevitable. Ahora, la tarea se cernía sobre él, como un volcán en ebullición.

Paciente y comprensivo, como siempre, su padre no lo había presionado, pero él también debía estar preocupado por el futuro del ducado.

—Vine a disculparme —dijo Rowan, cuando su padre levantó la mirada y sonrió.

—No hace falta —replicó el padre, mientras le indicaba los sillones de cuero rojo, que había frente al fuego—. Imagínate —continuó su padre, cuando estuvieron sentados—, hace tanto frío que necesitamos una chimenea en junio. Parece que este año no tendremos verano en absoluto.

—Dicen que es gracias a un volcán de Asia, que entró en erupción, el año pasado —respondió Rowan, quien estaba feliz de tener la oportunidad de calmarse, mientras charlaban un rato. Nunca había tenido problemas para expresar sus opiniones, a su padre. Al mirar atrás, se había dado cuenta que la mayoría de sus opiniones eran, en el mejor de los casos, grandilocuentes. El entusiasmo de sus hermanos por apoyar cada una de sus afirmaciones lo había convencido que siempre tenía razón. Sin embargo, ¡qué equivocado había estado! Todo esto le recordaba demasiado a la desgarradora experiencia de ser convocado a la oficina del director en Eton—. Te he decepcionado, Su Gracia —siguió, tragándose el nudo que tenía en la garganta.

—Eres mi hijo y te amo —resaltó su padre—. Eres un héroe de guerra y prefiero que me llames papá.

—Estoy decidido a recomponerme, papá —dijo.

—Has sufrido una pérdida terrible, Rowan. Tuviste suerte de no morir allí. Nadie espera que sigas con tu vida, como si nada hubiera pasado.

Rowan se miró las uñas, que antes estaban inmaculadas, y ahora se encontraban mordidas hasta la médula.

—La verdad es que no tenía ganas de vivir y habría muerto de no haber sido por Niven. Él estuvo decidido a llevarme a casa.

—¡Sí! Todos juzgamos mal a ese muchacho. Gracias al Cielo que sobrevivió a nuestros intentos de deshacernos de él. En un momento en que la economía nacional se está derrumbando, él ha hecho que Withenshaw Shipping sea más rentable que nunca.

Unas noticias interesantes

Niven casi había terminado de desayunar, cuando Rowan bajó su ejemplar de la *Gazette*. Niven y su esposa intercambiaron una mirada curiosa. Rowan no solo había salido de su escondite detrás del periódico, lo cual era sorprendente, ¡sino que estaba sonriendo!

—Se informa que la gente de Anglesey planea erigir un monumento, en honor a la valentía de Uxbridge, en Waterloo —explicó Rowan.

—Muy merecido —expresó Niven con sinceridad—. Su contribución a nuestra victoria fue enorme.

—No solo eso —dijo Rowan—. Su sexto sentido que algo no iba bien nos salvó el pellejo, en el camino de regreso, cuando desertores franceses atacaron nuestro carruaje.

—¿Es una especie de estatua? —preguntó Willow.

—Una columna, aparentemente.

—Llevará años para construirla —dijo Niven.

—En un par de semanas se celebrará una ceremonia para dedicar la primera piedra.

—Es una lástima que los dos no puedan estar allí —comentó Willow.

—Sí —replicó Niven—. Estoy ocupado en los astilleros.

Eso era cierto, pero él intuía que a Rowan le gustaría asistir a la ceremonia en honor a Uxbridge. Sin embargo, Anglesey estaba a muchos días de distancia, y este era un viaje difícil para un hombre con una sola pierna.

* * *

A pesar de pasar largas horas, en la misión establecida para albergar a los amputados de guerra sin hogar, el desánimo de Daisy aumentó, a medida que transcurrió una semana sin noticias del paradero del marqués de Anglesey. Kenneth había recurrido a todos los contactos, que tenía en la corte, sin éxito. Entonces, una mañana, su hermano entró apresuradamente en el rincón del desayuno, blandiendo su adorada *Gazette*.

—Escuchen esto —declaró—. Se levantará una columna en Anglesey para honrar la valentía del hijo favorito de Waterloo.

Un trozo de tostada flotaba a medio camino de los labios de Daisy.

—¿Al marqués?

—¡Al mismo! La columna será diseñada por Thomas Harrison y la piedra fundamental será inaugurada dentro de quince días.

La esperanza floreció en el corazón de Daisy. Pero... No debía interrumpir a Kenneth.

—Esto ocurrirá cerca de Plas Newydd, el lugar de veraneo del marqués.

—Lo que significa que estará allí, en ese momento.

—¡Exactamente! El problema será cómo conseguir que Rowan asista.

Daisy se dio un golpecito en la barbilla.

—Déjame a mí —dijo, confiscando el periódico de su hermano.

Armada con un posible medio para convencer a Rowan, se dirigió a la abarrotada oficina del hombre de negocios de su hermano. Algernon Ghent se levantó tan pronto como ella entró, se quitó las gafas y entrecerró los ojos, como para asegurarse que no estaba viendo cosas.

—Milady —dijo con voz áspera—. ¿En qué puedo serle útil?

—Quiero enviar una carta —explicó—. Por favor, averigüe cómo dirigirla correctamente al marqués de Anglesey. Los detalles de su residencia están en la *Gazette* de hoy.
Ella le puso el periódico en las manos y se fue a redactar su misiva.

* * *

Después de pasar la mayor parte de la noche, reformulando su carta al marqués, Daisy se vistió, antes de volver a copiar el texto final.

“Estimado Lord Anglesey:

Usted y mi persona nunca nos hemos conocido. Soy hermana de Kenneth, duque de Ramsay, y anteriormente estuve comprometida con Lord Rowan Halstead, marqués de Bracknell. Estoy consciente que usted le brindó a mi ex prometido la oportunidad de regresar a casa, después de estar en el teatro de la guerra, en 1815, y, por eso, le estaré eternamente agradecida.

Recientemente, me enteré de la próxima ceremonia para dedicar un monumento en su honor. Sé que a Lord Rowan le agradaría mucho que lo invitaran a participar en el homenaje a su contribución, en nuestra victoria en Waterloo. Cuando está en la ciudad, él reside en la casa adosada de Withenshawe, ubicada en 212 Tower Road, Londres, E2. Quizás le interese saber que Niven King también vive allí. Actualmente está felizmente casado con la hija del duque de Withenshawe, Lady Willow.

Tengo una deuda de gratitud con usted por haber ayudado a salvar la vida de Lord Rowan, después de la batalla, y espero que no considere esta petición demasiado atrevida de mi parte. El marqués lo tiene en alta estima. Yo también estoy agradecida por el generoso apoyo que, según se dice, brinda a las misiones que albergan a los amputados menos afortunados. En mi trabajo, en una de esas misiones, me he encontrado con hombres excelentes, que están en la indigencia sin tener la culpa. Sirvieron a su país, pero el país parece haberlos abandonado.

¡Perdóname por sermonear!

*Suya sinceramente,
Lady Daisy Hawkins.
Ramsay House
Londres W1”.*

Satisfecha, lijó y dobló la misiva, la metió en un sobre, le puso el sello, y partió hacia la oficina de Ghent.

Una invitación inesperada

Rowan recogió el montón de cartas, que el siempre eficaz Rapp dejaba junto a su mesa. Abrir las misivas que venían por correo era un ritual diario, que le resultaba familiar y siempre esperaba con ilusión algo importante, aunque la mayoría de las cartas trataban de asuntos áridos, relacionados con la finca de Berkshire, o las próximas votaciones en la Cámara de los Lores. Aunque casi todas las misivas estaban dirigidas a su padre, quien, poco a poco, había ido traspasando a Rowan, algunas de sus pequeñas responsabilidades ducales.

No obstante, un sobre con relieve dirigido “*Al Honorable Marqués de Bracknell*” le llamó la atención. Estuvo muy interesado, cuando notó el sello del Marqués de Anglesey, tomó el abrecartas plateado, y abrió el sobre.

—¡Vaya! —exclamó, cuando Niven y Willow entraron en el rincón del desayuno. Como de costumbre, la pareja no podía quitarse las manos de encima. El rubor de su hermana siempre la delataba. A Rowan le agradaba que ella tuviera una feliz intimidad con su marido, pero sus sentimientos mutuos le recordaban profundamente lo que había perdido, al romper con Daisy. ¿Se acostumbraría alguna vez a ser un soltero solitario?

—¿Qué pasa? —preguntó Willow, cuando se sentaron con él, en la mesa.

—Nada —respondió—. Es una invitación grabada para asistir a la ceremonia en Anglesey, en honor a Uxbridge, dentro de una semana.

Mientras se preguntaba cómo iba a hacer para viajar a través del país hasta Gales, apenas se dio cuenta que Niven estaba abriendo otra carta.

—¡*Crivvens!* —exclamó su cuñado—. ¡Yo también estoy invitado! No puedo creer que un héroe nacional nos recuerde por el breve tiempo que pasamos con él.

—De hecho —replicó Rowan—. Es un honor que nos hayan invitado. Supongo que tendremos que ir. Con la ayuda de Niven, puedo hacer el viaje. —Él se sintió aliviado, cuando el esposo de Willow asintió con la cabeza.

* * *

El padre de Rowan le había cedido a Niven una participación del cincuenta por ciento de Withenshawe Shipping, cuando se casó con Willow. Aún así, Niven consideró que sería de buena educación y conveniente para los negocios asegurarse que el duque no tuviera problemas con que dejara los astilleros, durante unos días.

Se le concedió carta blanca para acompañar a Rowan a Gales. Claramente, el duque comprendió la importancia que Rowan se reencontrara con el hombre, que había sufrido la misma lesión catastrófica, y aparentemente superó muchas de las dificultades que presentaba una lesión de ese tipo.

A medida que se acercaba la fecha de dedicación del monumento, la *Gazette* publicó varios artículos sobre el marqués, incluida una mención de su pierna mecánica.

—No le he dado demasiada importancia al invento —le confesó su suegro a Niven—. No quiero que Rowan se haga ilusiones. ¿Te lo ha comentado?

—No —respondió Niven—. Pero el hecho que esté deseando volver a encontrarse con el marqués es un buen augurio. Ese tipo es tan brusco, que no estuvo dispuesto a soportar las quejas de Rowan.

—No... Henry Paget nunca ha sido un tipo que se deja vencer por la desgracia. Estuvimos juntos en Eton, ¿lo sabes? Incluso, entonces, no toleraba a los que se quejaban.

—Bien —expresó Niven—. Rowan ha recorrido un largo camino desde que estuvo en el hospital de Mont St. Jean. Había perdido la voluntad de vivir, y realmente, yo perdí las esperanzas que él sobreviviera. El conde de Uxbridge, como se llamaba Anglesey, en ese entonces, jugó un rol importante en devolverle la vida... No le dio otra opción.

—Solo podemos esperar que las cosas mejoren, a medida que mi hijo aprenda a sobrellevar la situación —manifestó el duque—. Deseo que podamos convencerlo que lo intente nuevamente con Daisy Hawkins.

—Sí —replicó Niven—. Él la necesita, aunque se niegue a admitirlo. ¿Sabías que ella pasa mucho tiempo ayudando a los indigentes amputados de la guerra?

—No... Supongo que Rowan tampoco lo sabe.

—Buscaré una oportunidad para contárselo durante el viaje.

El duque le puso una mano en el hombro.

—Eres un buen hombre, Niven King. ¡Gracias al Cielo que no pudimos separarte de mi hija!

El viaje

Willow se aferró a Niven, en el vestíbulo de la casa.

—Ojalá no te fueras —le susurró al oído—. Es la primera vez que estamos separados desde...

Era demasiado difícil hablar de las largas y solitarias semanas, en las que ella no tenía idea qué había sido de Niven, después que sus hermanos lo secuestraran.

—Ya sabes que siempre volveré a ti —replicó Niven, besándola en la coronilla—. Si la *Grande Armée* no pudo apartarme de ti, nada podrá hacerlo.

—Lo sé y me alegro mucho que vayas con Rowan... Esperemos que el viaje le haga entrar en razón.

—Puede que esté lisiado, pero, ¿no soy sordo, hermana! —gritó Rowan desde el pórtico, donde supervisaba la carga del equipaje.

Ella se rió, mientras su cara se calentaba de vergüenza.

—Y ahora, muchacha traviesa, tus risas me han dado un problema —bromeó Niven, presionando su dura masculinidad contra ese monte de Venus.

Ella se derritió, excitada como siempre por su necesidad de tener intimidad con él.

—Vuelve sano y salvo, mi sexy Highlander.

Él sonrió, y luego la besó profundamente, antes de despedirse.

* * *

El carruaje ducal de Withenshawe, bien equipado, en el que viajaban Rowan y Niven era cómodo, y el viaje era tan suave, que era fácil quedarse dormido durante largos períodos de tiempo. Después de cuatro días de viaje, Rowan estaba exhausto. Las mejores habitaciones de las distintas posadas estaban invariablemente en un piso superior. Obviamente, no habría podido hospedarse sin la ayuda de Niven.

Sin embargo, consciente de la impaciencia de Anglesey contra quienes se quejan, decidió tomar los altibajos con calma, por así decirlo.

Y al pensar en andar, a paso lento, Rowan recodó su interés por los artículos de prensa sobre la pierna artificial de Anglesey. Era difícil entender cómo podía funcionar algo así, y no quería hacerse ilusiones, pero si el marqués podía dominar el artilugio y caminar sin muletas, ¿por qué él no podía? Se rumoreaba que Anglesey incluso montaba a caballo, algo que Rowan se había mostrado reacio a intentar, por miedo a caerse y lesionarse. Pero él había montado bien desde la infancia y solía disfrutar de un buen galope. ¡Qué cobarde se había vuelto!

—Extraño montar a caballo —le dijo distraídamente a Niven, cuando el carruaje finalmente entró en la avenida que conducía a Plas Newydd.

—No es algo que me guste —admitió Niven—. En Glengeárr no hace falta un caballo. Los montañeses van andando adonde necesitan ir, o en carreta.

—Pero a Willow le encanta montar a caballo —respondió Rowan, deseando haber mantenido la boca cerrada, cuando la expresión de Niven decayó.

* * *

Niven quedó impresionado por la forma estoica en que Rowan había manejado los aspectos

del viaje, que a veces eran difíciles. Ciertamente, su cuñado estaba haciendo un esfuerzo por sobrellevar sus dificultades. El comentario sobre Willow lo tomó por sorpresa. Adoraba a su esposa, pero no sabía que a ella le encantaba montar a caballo. Como era una persona desinteresada, nunca se había quejado porque a él no le gustaba esa actividad. No les temía a los caballos, pero no confiaba plenamente en ellos. Decidió superar su desagrado por las bestias, y acompañar a su esposa, cuando ella fuera a montar a caballo.

—Creía que ya sabía todo lo que había que saber sobre Willow —confesó—. Está claro que me equivoqué. Supongo que los hombres creemos que sabemos más que nadie.

Era tentador mencionar a Daisy. Rowan creía saber lo que era mejor para ella, pero estaba tristemente equivocado, y su creencia errónea los estaba lastimando a ambos. Cuando apareció, a la vista, la enorme Plas Newydd, Niven no pudo resistirse a plantar una semilla de duda en la cabeza de Rowan:

—¿Sabías que mi prima, recientemente, abandonó a su prometido en el altar de St. George?

Rowan se dejó caer hacia atrás, sobre los cojines, con los ojos abiertos como platos.

—¿Daisy? —jadeó, luciendo como si le hubiera caído un rayo—. ¿Comprometida?

—Sí, con un conde, pero no se casó. —Se anticipó a la siguiente pregunta—. Sigue enamorada de un tonto, que se niega a admitir que la necesita.

* * *

Rowan sufría de un conflicto interno. No tenía dudas que lo estaban manipulando. Alguien había organizado esta reunión con Anglesey, pero, ¿quién lo hizo? La agenda de Niven estaba clara, no obstante, ¿tenía él la suficiente influencia social necesaria para organizar las invitaciones?

¿Y qué esperaban lograr? En el fondo, él sabía lo que quería: volver a ser el heredero de un ducado, seguro de sí mismo, y el amante enamorado de Lady Daisy Hawkins. Pero era peligroso siquiera considerar tales esperanzas y sueños. Llevaba más de un año sufriendo con un corazón y un cuerpo destrozados. El progreso había sido lento, pero por fin había aceptado sus limitaciones, en lo que se refería al ducado. Casarse con Daisy presentaba un conjunto de desafíos completamente diferente. Ya no era el chico guapo y físicamente apto que solía ser. ¿Cómo no iba ella a sentir repulsión por el cuerpo mutilado, que él mismo despreciaba?

* * *

Al conocer a Daisy, antes de la guerra, Willow sintió una antipatía instantánea por la prometida de Rowan. Esto fue antes de la desaparición de Niven y de conocer el inmenso dolor de estar separada del hombre, que amaba. Su hermano podría intentar negar que todavía amaba a Daisy, pero Willow sabía que esto era una mentira. Rowan necesitaba una esposa amorosa y comprensiva, que lo ayudara a sobrellevar sus limitaciones físicas. Más aún, vivir sin Daisy lo estaba volviendo miserable.

Ahora que Willow era una mujer casada, comprendía la reticencia de su hermano, a embarcarse en una relación íntima. No había secretos en el dormitorio. Rowan odiaba su propio cuerpo, por lo que aparentemente supuso que Daisy también estaría disgustada por esa pierna amputada.

Aunque Willow estaba segura que Daisy era la mujer adecuada para Rowan. Era evidente que todavía lo amaba, aunque habían estado separados durante más de un año. Willow reconoció lo difícil que debía haber sido la vida para Daisy. También sospechaba que Daisy era la que

había conseguido de alguna manera las invitaciones para Rowan y Niven. Como hermana de un duque, tenía la posición social y, al parecer, pasaba mucho tiempo ayudando a los amputados de la guerra, que no tenían hogar ni suficientes recursos. Probablemente, ella se había encontrado con casos peores que Rowan, quien, a pesar de todos sus lamentos, tenía riqueza y un título para amortiguar su pérdida. Niven le había contado el viaje que Rowan y él habían hecho desde Flandes con el entonces conde de Uxbridge, que no tuvo problemas en decirle a Rowan, que se animara, y dejara de compadecerse de sí mismo.

Teniendo en cuenta todos estos factores y desesperada de no encontrar a Ash, en casa, el tiempo suficiente para acompañarla, Willow le pidió al chofer de la familia, que la llevara a Ramsay House, en uno de los broughams de su padre.

* * *

Daisy estaba contenta porque Willow vino a visitarla. Siempre había tenido la sensación que a la esposa de Niven no le importaba ella, pero parecía que Willow ahora se veía a sí misma, como una aliada en la campaña para convencer a Rowan para que estuvieran juntos.

—Espero no ser demasiado atrevida —dijo Willow, mientras ellas disfrutaban del té y las galletas—. Sospecho que fuiste tú quien organizó las invitaciones, a la ceremonia de Anglesey.

—Confieso que le escribí al marqués —respondió Daisy, sin tener un motivo para negarlo—. Pero, puede que no haya sido mi carta la que dio lugar a las invitaciones. Tal vez Anglesey se acordó de Rowan y Niven, en su viaje a casa.

—No creerás realmente que él esperaba que viajaran hasta Gales solo por los viejos tiempos. —Willow sonrió.

Daisy le devolvió la sonrisa.

—Bueno, me gusta pensar que mi petición tuvo alguna influencia en el asunto.

Ambas se rieron, avivando la esperanza en el corazón, que Daisy y la esposa de Niven pudieran convertirse en amigas.

—Admiro tu coraje —manifestó Willow.

—Haría cualquier cosa por recuperar a Rowan —ratificó Daisy—. Siento que he emprendido un largo viaje sin destino.

—Sentí lo mismo cuando Niven desapareció. Esperemos que Anglesey haga entrar en razón a mi hermano —asintió Willow.

El monólogo del marqués

Rowan se quedó boquiabierto, incapaz de ocultar su sorpresa, cuando Anglesey salió a grandes zancadas de la mansión para saludarlos. Sin muletas, solo cojeando levemente.

—Bienvenidos a mi retiro campestre, muchachos —dijo con entusiasmo, estrechando las manos de ambos invitados—. Veo que estás impresionado con mi pierna artificial, joven Halstead.

Niven intervino en la conversación, ya que Rowan no pudo encontrar su voz:

—¡Esto es una maravilla, milord! ¿Cómo funciona?

—¡King! —exclamó el marqués—. Me alegra verte sano y salvo. He oído que estás felizmente casado con la chica de Withenshawe.

Rowan se preguntó cómo su anfitrión lo sabía, pero le intrigaba más la pierna mecánica de Anglesey.

—Lord —dijo—. Nos sentimos honrados que nos hayan invitado y nos complace verlo tan bien.

Anglesey sonrió ampliamente y se dirigió hacia Niven:

—Lo que quiere decir tu cuñado es que no sabe cómo puede poner sus manos sobre una pierna como la mía.

—Lo admito —afirmó Rowan tímidamente, uniéndose a las risas afables.

—Todo a su debido tiempo —expresó el marqués, señalando a una mujer alta y delgada, que se encontraba detrás de él—. Ahora, permítanme presentarles a mi ama de llaves... La señora Grant les mostrará sus habitaciones.

Mordiéndose el labio inferior, Rowan observó con cierta inquietud los pisos superiores de la magnífica mansión. Una cosa era que lo ayudaran a subir y bajar las escaleras, en posadas remotas, y otra muy distinta, que lo hicieran, en una casa tan grandiosa llena de huéspedes importantes.

—No te preocupes, mayor —expresó Anglesey—. Puedes quedarte en la planta baja.

* * *

El marqués ofreció una cena para los invitados, que habían llegado uno o dos días antes de la ceremonia. Como yerno de un duque, Niven estaba acostumbrado a cenar con la nobleza, pero admitió que se sintió intimidado por hombres, que reconoció como comandantes de élite del ejército aliado, que había luchado contra Napoleón. Como suelen hacer los hombres de ideas afines, cuando se reúnen socialmente, repasaron las batallas de Quatre Bras y Waterloo. El anfitrión fue particularmente expresivo y obviamente disfrutó de tener la palabra:

—A eso de las dos de la tarde —declaró—. En un momento crítico de la batalla, encabecé una marcha de los dos mil soldados de caballería pesada de las brigadas de la Casa Real y de la Unión para hacer retroceder las columnas del Cuerpo Francés de D'Erlon. Amenazaban con hacer retroceder a la Quinta División de Picton, que estaba muy superada en número, con unos quince mil soldados de Infantería francesa que avanzaban contra tres mil soldados británicos y holandeses.

—Esa marcha logró barrer en desorden a la Infantería francesa —opinó uno de los invitados.

—Pero no pude volver a reunir a las tropas, que corrieron en persecución, y fueron destrozadas por la Caballería francesa, que contraatacaba.

Como miembro de la Quinta División, Niven recordaba muy bien la oleada de optimismo, que había experimentado cuando los Royal Scots Greys atacaron, soltando su grito de batalla de *Scotland Forever*. Pero sus esperanzas de un rápido fin a la carnicería murieron, cuando vio a los franceses abatir a los jinetes.

—Ya saben que hablé con Kenneth McKay del setenta y nueve —expresó Niven, esperando no estar diciendo algo fuera de lugar—. McKay pensaba que parte del problema era la falta de experiencia en batalla por parte de los Greys.

Se sintió aliviado, cuando un momento de silencio dio paso a un sincero acuerdo sobre la opinión de McKay.

Anglesey se aclaró la garganta para atraer de nuevo la atención de todos.

—Pasé el resto de la batalla, liderando una serie de cargas de formaciones de caballería ligera, pero, ocho o nueve caballos fueron alcanzados por disparos.

—Entonces, cuando la victoria estaba a nuestro alcance, mi pierna estalló en pedazos.

—¿Mala suerte? —Esta fue la reacción generalizada de los invitados.

—¿Pero quién no perdería una pierna por una victoria así? —declaró Anglesey.

—¡Escúchenlo, escúchenlo! —repetía el coro.

* * *

Rowan se apretó la mandíbula. No podía soportar más esa tontería, pero levantarse de la mesa sería considerado una grosería, sobre todo porque no podía hacerlo sin que la gente se diera cuenta. No era apropiado tomarse a la ligera el hecho que los hombres perdieran sus extremidades. Desde luego, no estaba de acuerdo en que la victoria hiciera que la pérdida de una pierna fuera menos horrenda. Sin embargo, el marqués marcó la pauta, y él sabía todo sobre esa agonía, cuando le cortaron la pierna, destrozada en condiciones poco ideales.

Rowan se preparó para sentirse más incomodo, ya que el marqués continuó su monólogo:

—Justo después que el cirujano me amputó la pierna, Sir Hussey Vivian entró en la cabaña. “¡Vivian!” le dije. “Quiero que me hagas un favor. Algunos de mis amigos aquí parecen pensar que debería haberme dejado la pierna. Ve y mírala, y dime qué piensas”. Fue y descubrió que una metralla oxidada había atravesado los huesos, destrozándolos en pedazos. Volvió para decirme que podía quedarme tranquilo, ya que, en su opinión: “la pierna está mejor quitada que puesta”.

Rowan se encogió de hombros, cuando se oyó una risa cordial.

—Saben que me ofrecieron una pensión anual de mil doscientos libras, como compensación por la pérdida de mi pierna, que rechacé.

Varios invitados dieron puñetazos sobre la mesa, en señal de aprobación de aquel gesto honorable. Rowan estaba furioso. A él no le habían ofrecido nada. No es que necesitara dinero, pero...

—Cinco días después de la batalla, el Príncipe Regente me convirtió en el marqués de Anglesey, y me nombró Caballero Gran Cruz de la Orden del Baño.

Durante meses, Rowan solo había sentido un dolor sordo en el muñón. De repente, percibió como la sierra volvió a clavarse en su carne y hueso.

* * *

Niven estaba preocupado por Rowan. No era de extrañar que su cuñado, con la cara enrojecida, se sintiera cada vez más incómodo con el monólogo de Anglesey. No se podía culpar al marqués. Era el héroe, que estaba a punto de ser reconocido con la dedicación de un monumento, el cual aparentemente ofrecería vistas incomparables del Estrecho de Menai. Sin duda, estaba siendo un anfitrión entretenido y la mayoría de los invitados disfrutaban claramente de sus anécdotas. Pero claro, casi todos tenían sus extremidades intactas.

—Después de ser herido —continuó el marqués, que evidentemente no había terminado con sus recuerdos—, me llevaron a mi cuartel general en el pueblo de Waterloo, una casa propiedad de Monsieur Hyacinthe Paris, que todavía vivía en su residencia del doscientos catorce de Chaussée de Bruxelles. Allí, el doctor John Hume, con la ayuda de los cirujanos, James Powell del departamento médico de la artillería, y James Callander del Séptimo Regimiento de los Húsares, me amputó la pierna herida.

Niven se estremeció, preguntándose si Rowan sabía que Callander era el cirujano que le había amputado la pierna, pero Anglesey no había terminado la historia.

—Monsieur Paris me pidió permiso para enterrar mi pierna, en su jardín, y ahora ha convertido el lugar en una especie de santuario. Lo primero que hacen los visitantes es ver la mesa ensangrentada sobre la que yací durante la amputación.

—Por supuesto, acepté. La cocina del pobre tipo se había convertido en un quirófano. —En ese momento, el sonriente marqués sacó un trozo de papel—. Mi pierna tiene su propia lápida en el jardín con la siguiente inscripción:

“Aquí yace la pierna del ilustre y valiente conde Uxbridge, teniente general de Su Majestad Británica, comandante en jefe de la Caballería inglesa, belga y holandesa, herido el 18 de junio de 1815, en la memorable batalla de Waterloo, quien, por su heroísmo, ayudó al triunfo de la causa de la humanidad, decidido gloriosamente por la resonante victoria de dicho día”.

Se produjeron estallidos de risas y fuertes aplausos. Niven no pudo evitar sumarse a ellos, y se sintió aliviado, al ver que una leve sonrisa se dibujaba en las comisuras de los labios de Rowan.

Llanfairpwllgwyngyll

Al día siguiente del banquete, Rowan se despertó con la determinación de dejar de compadecerse a sí mismo. Cuando se conocieron, el marqués había demostrado agallas y coraje, ante una pérdida terrible. Inmediatamente, después de su amputación, pudo tomar a la ligera la catástrofe, que le había sobrevenido, mientras que Rowan apenas podía hablar de su terrible experiencia.

Por supuesto, él razonó, Anglesey era mucho mayor que él y su pierna artificial le permitía hacer cosas que Rowan no podía. Un completo desconocido tal vez ni siquiera se daría cuenta que el marqués tenía una pierna, que no era natural.

Rowan tenía sed de estar a solas con el marqués y sonsacarle información sobre la pierna. Sin embargo, el programa del día ya estaba decidido. En primer lugar, esa mañana, había una excursión a Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwl'llantysiliogogogoch, el pueblo con el topónimo más largo del mundo y el lugar donde se construiría el monumento.

Las expectativas de Rowan eran bajas. Habría condolencias bien intencionadas por su lesión, seguidas de muchas palmadas en la espalda y elogios por su sacrificio. Anglesey hablaría hasta la saciedad sobre la gloriosa victoria. Rowan casi deseaba no haber venido, pero tenía que averiguar más sobre la pierna mecánica. Además, todavía no sabía cómo Niven y él habían terminado en la lista de invitados. La mayoría de los demás eran políticos conocidos y peces gordos militares. Como un humilde mayor, que había asistido a las celebraciones con un gaitero, que ni siquiera era un soldado, se sentía claramente fuera de lugar. Esto contrastaba marcadamente con la estatura que alguna vez tuvo como hijo y heredero de un duque.

* * *

El tiempo era inusualmente frío, como lo había sido durante todo el verano, pero Niven disfrutó mucho de la excursión a Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwl'llantysiliogogogoch, aunque intentó pronunciar el nombre del lugar sin éxito. Incluso el nombre abreviado de Llanfairpwllgwyngyll se le escapó de las manos, a pesar que un dignatario local se lo anotó para que le fuera más fácil pronunciarlo.

—Supongo que algunos nombres de las Highlands son difíciles para la gente que es escocesa —dijo, sin querer admitir que apenas entendía a los galeses, que recibieron la fiesta del marqués con gran fanfarria.

La vista del Estrecho de Menai era magnífica. Desde lo alto de la columna, que construirían, la misma sería espectacular.

Le sorprendió que muchos de los otros invitados supieran del rol que el propio Niven había desempeñado en Waterloo, como gaitero con los Cameron Highlanders, aunque sospechaba que ninguno sabía que había terminado en Flandes, contra su voluntad, gracias a Rowan y sus hermanos.

Le complacía ver alguna sonrisa ocasional, en el rostro de su cuñado, un contraste que era bienvenido con el ceño cada vez más profundo, que Rowan había lucido durante el banquete del día anterior.

Niven pensaba, sin éxito, en una forma de conseguir que Rowan estuviera a solas con el marqués para charlar sobre la pierna artificial. También podría ser una oportunidad para

averiguar cómo habían llegado a ser invitados, cuando claramente eran los extraños, en una multitud de hombres influyentes.

Sus esperanzas se reavivaron, cuando el marqués lo llamó aparte, mientras todos subían a los carruajes de regreso a Plas Newydd y le susurró:

—Trae a Halstead, a mi estudio, antes de la cena de esta noche.

* * *

Aunque Anglesey se había sentido irrazonablemente irritado, la invitación había sido dirigida primero a Niven, pero las frágiles esperanzas de Rowan cobraron fuerza, cuando entró en el espacioso estudio. Niven y él se sentaron en las sillas bien tapizadas, que les indicó el marqués.

—¿Sabían que varios de mi familia cercana, al servicio del Reino Unido durante las guerras napoleónicas, perdieron miembros? —preguntó Anglesey, mientras ofrecía puros—. Mi hermano, el mayor general Sir Edward Paget, perdió su brazo derecho al cruzar el Duero, durante la segunda batalla de Oporto, en mil ochocientos nueve.

—No lo sabía —confesó Rowan, rechazando la oferta de un cigarro.

—Mi hija perdió una mano, mientras cuidaba a su marido, en un campo de batalla en España, así que yo no era ajeno a la amputación, cuando esto me ocurrió.

—La gente piensa que soy indiferente, y que no me preocupo por la amputación. De hecho, perder la pierna fue casi el fin de mi vida. No necesito describirte, Halstead, las condiciones en las que me operaron nuestros cirujanos. No había medicamentos para aliviar el dolor. Mi cirugía se llevó a cabo, en una mesa de cocina, con hombres sujetándome, en el lugar, por si no podía soportar el dolor... Y a ti te amputaron la pierna, en el campo de batalla... A pesar que la operación fue declarada un éxito, yo sufrí largos ataques de dolor, en el muñón, que tardaron meses en sanar por completo.

Rowan se tragó el nudo, que tenía en la garganta, y asintió con la cabeza. Anglesey había sufrido el mismo tormento que él, pero lo había soportado mucho mejor. Niven y él se quedaron boquiabiertos, cuando el marqués inesperadamente se arremangó el pantalón para revelar la pernera mecánica.

—Inventado por un hombre llamado James Potts de Chelsea. Yo les daré su dirección.

—Se lo agradecería —replicó Rowan con voz ronca. El genio, que había creado esa extremidad tan parecida a la de un ser vivo, vivía en Londres, a tiro de piedra de su propia casa, ¡por el amor a la bondad!

—Mi pierna es una auténtica proeza de ingeniería. Está hecha de madera de frutal, y las piezas individuales fueron talladas con cuidado para que coincidan exactamente con mis funciones vitales.

—Parece una pierna real —declaró Niven.

—Sí, pero lo que la hace realmente especial es que se puede mover, no como las patas de palo, que tienen algunos soldados. Tiene una bisagra en la rodilla y tendones, que le permiten doblarse y flexionarse.

Rowan observó con una fascinante envidia, cómo el marqués hacía la demostración.

—También se flexiona en el tobillo para evitar que el pie se enganche en calles empedradas y ásperas.

—Tú y yo tenemos la fortuna de permitirnos comprar un artefacto como este, Halstead. Hay cientos de amputados de guerra, mendigando en las calles de nuestro gran país, pero seguro que Lady Daisy te ha contado todo sobre la difícil situación de ellos.

* * *

Niven se rió para sus adentros. La intuición de su esposa había sido correcta. Daisy era la responsable de la presencia de ambos, en Gales. Sin embargo, a juzgar por la expresión de asombro en el rostro de Rowan, obviamente nunca había considerado que pudiera ser la mano de Daisy la que estuviera detrás de la invitación.

Anglesey habló sobre el estribo especial, que había diseñado, y que le permitía fijar su nueva extremidad en su lugar, permitiéndole así montar.

Rowan, que parecía un volcán a punto de entrar en erupción, finalmente interrumpió a su anfitrión.

—¿Lady Daisy Hawkins? —preguntó con voz ronca.

—Sí —respondió el marqués, claramente molesto por la interrupción—. ¿Sabes que ella trabaja como voluntaria en un refugio para amputados sin hogar?

Rowan se quedó boquiabierto.

—Tengo entendido que alguna vez estuviste comprometido con ella —dijo Anglesey—. Eres un tonto, al dejar ir a una mujer tan compasiva.

La cara de Rowan se sonrojó.

—Yo... eh...

—Lo entiendo —declaró el marqués—. Estás preocupada por el dormitorio. No hay necesidad. Si Lady Daisy se parece en algo a mi esposa, estará más interesada en otra parte de tu anatomía. Supongo que tu vara todavía funciona adecuadamente.

El rostro de Rowan se puso tan rojo, que Niven no pudo evitar reírse a carcajadas.

Luchando con demonios

—Es la primera vez que veo a Lord Liverpool en persona —reflexionó Niven, mientras el carruaje se alejaba de Plas Newydd.

—Yo también —respondió Rowan sin mucho entusiasmo.

No fue mucho, pero esas dos palabras fueron las primeras que Rowan pronunció, desde la ceremonia de dedicación del día anterior.

—El primer ministro tiene fama de ser un tirano —comentó Niven con la esperanza de mantener viva la conversación. Se acercaban cuatro días, encerrado en un carruaje, con un silencioso compañero de viaje. Rowan nunca había sido un conversador fácil, especialmente desde la guerra, pero Niven esperaba que las revelaciones del marqués pudieran haberle soltado la lengua a su cuñado.

Rowan se encogió de hombros.

—Supongo que está haciendo lo mejor que puede, dadas las dificultades económicas que atraviesa el país —replicó, aparentemente entusiasmado con el tema—. Desempleo, malas cosechas, precios altos.

—¡Qué bueno que Wellington decidió venir! —dijo Niven, cuando su cuñado volvió a quedarse en silencio.

—Sí.

Parecía que Rowan no estaba dispuesto a opinar sobre la mala relación entre Wellington y Anglesey.

Niven lo intentó de nuevo:

—Dos héroes célebres se enfrentaron por el romance que tuvo Anglesey con la cuñada de Wellington hace años.

—Al menos el marqués tuvo el buen tino de casarse con la mujer que amaba —replicó Rowan.

Niven tenía la sensación que estaban hablando de dos cosas diferentes, pero era mejor que no se metiera en el asunto. Solo Rowan podía resolver el problema que había creado con Daisy.

* * *

Rowan apreció el silencio de Niven. El astuto escocés sabía lo suficiente, como para guardar silencio, mientras Rowan pasaba horas luchando con sus demonios. Su corazón reconoció que tenía que recuperar a Daisy, pero su cerebro le decía lo contrario, al menos hasta que tuviera en sus manos una de las piernas artificiales de Potts. Es cierto que no podía usar el artificio para dormir, pero...

—¡Tranquilízate! —exclamó, sacando a Niven de su letargo.

—¿Ya lo resolviste? —preguntó su cuñado, bostezando.

—Debes pensar que soy un idiota —respondió Rowan, desesperado por el empeoramiento del estado de sus uñas.

—No importa lo que yo piense —replicó Niven.

—¿Sabías que Daisy está ayudando a los veteranos de Waterloo sin hogar?

—Escuché algo por el estilo —confesó Niven.

—¿Sabías que estaba comprometida con un conde?

—Sí, pero no se casó... No estaba de buen humor para eso.
—Apuesto a que su prometido estaba furioso. ¿Quién era?
—Reginald Fernsby... Kenneth todavía están tratando de persuadirlo para que no presente una demanda.
—Es un hombre apuesto y además rico. Tiene todas sus extremidades.
—A Daisy no le importa eso. Ella te ama, ¡idiota!
—¿Crees que ella me aceptará de vuelta?
—¿Por qué crees que consiguió que nos invitaran a Gales?
Rowan se rió entre dientes, cuando su cerebro exhausto finalmente vio la luz.
—Anglesey me confesó que ella lo reprendió por el patético apoyo que el país brinda a los veteranos sin hogar, que perdieron miembros durante la guerra.
—Ella tiene razón... ¡Esto es espantoso!
—He estado tan absorto en mi propio dolor, que nunca pensé en la difícil situación de los hombres, que no tienen los medios para afrontar la situación. Podría ayudar a Daisy con su trabajo de caridad.
—Ella te amaría aún más por eso.
La esperanza, que había muerto hacía tiempo, floreció en el corazón de Rowan.
—Pero, primero, la nueva pierna.

* * *

Después de cuatro días de viaje, Niven estaba profundamente emocionado por la nueva oportunidad de vida, que había encontrado su cuñado. Rowan no había parado de hablar desde la tarde de su partida de Plas Newydd. Si no estaba alabando a Daisy, estaba ensalzando la sabiduría de Anglesey o el milagro de la pierna artificial flexible.

Niven había extrañado a su esposa y ansiaba estar nuevamente dentro del cálido y acogedor abrigo de Willow. Sin embargo, no podía oponerse a la insistencia de Rowan, en que se dirigieran directamente al establecimiento de James Potts, una vez que llegaran a las afueras de Londres. Willow comprendería la demora.

Por casualidad, Potts no estaba, pero su asistente, de edad avanzada y con gafas, le explicó el funcionamiento de la pierna de Anglesey.

—Está hecha de una caña y un encaje de madera, una articulación de rodilla de acero y un pie articulado, que se controla mediante tendones de catgut, desde la rodilla hasta el tobillo.

Rowan intentó ocultar visiblemente su decepción y asintió pensativamente.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Puedo concertar una cita para consultar con el señor Potts?

—Por supuesto. ¿Le vendría bien el próximo martes? El señor Potts prefiere consultarlo en su lugar de residencia.

Se marcharon, después que Rowan dio las instrucciones para llegar a su casa.

—¡Bien! —exclamó, una vez que se instalaron en el carruaje—. Creo que prefiero que venga a verme.

Niven asintió con la cabeza. Si él fuera la persona, a la que le medirían partes del cuerpo, preferiría que lo hicieran en la comodidad y privacidad de su hogar.

* * *

Niven y Rowan llegaron a casa, a media tarde, pero Willow no podía esperar hasta la noche para hacer el amor con su marido. Él estaba tan ansioso como ella por reunir sus cuerpos, por lo

que no fue difícil convencerla, que lo llevara a la cama.

—Extrañaba esto —murmuró ella, mientras él succionaba esos labios inferiores.

—Mmm —concordó él, pasando la lengua sobre esa sensible protuberancia.

La liberación llegó de inmediato. Ella gritaba de euforia, cuando Niven la penetró y el éxtasis se prolongó.

Después permanecieron saciados, mientras las sombras se alargaban.

—Deberíamos vestirnos para la cena pronto —dijo—. Rowan y tu padre se preguntarán qué nos ha pasado.

—Creo que probablemente puedan adivinarlo —sugirió ella—. De todos modos, cuéntame todo sobre el viaje. Rowan parece más feliz. ¿Anglesey habló con él?

—¡Ay, mujer atrevida! —bromeó—. No te importa un bledo cómo le fue a tu marido en Gales.

—Por supuesto que sí —replicó ella.

—Pruébalo. —Él la desafió.

Y ella lo hizo.

* * *

Rowan esperaba a un hombre mayor, el martes siguiente de su regreso a casa, pero James Potts no debía de haber salido del aula hacía mucho tiempo. Que el joven genio lo midiera no era muy diferente de las visitas de Rowan, a la sastrería, antes de la guerra, excepto cuando se trataba de exponer su muñón. No obstante, el profesionalismo de Potts hizo que esto fuera soportable y terminara rápidamente. Cosmo siguió con cautela todo el proceso.

Su ayuda de cámara frunció el ceño, cuando Potts le dijo que el precio de la pierna artificial era muy alto. Rowan no pestañeó, pero se mostró reacio, cuando le informaron que su fabricación llevaría seis semanas.

—¡Seis semanas! —exclamó.

—Milord, ya usted lo verá, se necesita tiempo para tallar la madera, según las especificaciones exactas, conseguir la tripa para los tendones y las bisagras para... —vaciló Potts.

Rowan no podía esperar tanto para ver a Daisy, caminando erguido sin muletas.

—Le doblaré el precio, si usted puede hacerla, en tres semanas —dijo.

Cosmo jadeó.

—Mayor, milord —comenzó, pero Rowan desestimó su objeción con un gesto.

Los ojos de Potts se abrieron de par en par.

—Bueno, supongo que podríamos hacer algunos ajustes, en este tiempo...

—Entonces, tenemos un trato —declaró Rowan, extendiendo una mano.

Potts aceptó el gesto.

—Tal vez tenga que volver para tomar más medidas, pero sí, estoy de acuerdo en fabricar su pierna, en tres semanas.

Después que el joven se fue, Rowan toleró la desaprobación flagrante de Cosmo, mientras su ayuda de cámara lo arreglaba. Luego decidió tomar la pluma y el papel, y redactar una misiva para Daisy, la cual estaba dando vueltas, en su cabeza.

La carta de Rowan

Daisy y su cuñada estaban tomando el té de la tarde con Willow. Todavía lo llamaban té de la tarde, aunque las tres preferían tomar café, gracias a que Cat las había convencido de la superioridad del café sobre el té. Cuando se oyó el sonido de la llegada de un mensajero, en el vestíbulo, el corazón de Daisy se agitó. Ya estaba muy emocionada después de la noticia, que la hermana de Rowan trajo sobre el viaje de su hermano a Gales. Según Niven, el marqués de Anglesey le habló con severidad, a Rowan, sobre seguir adelante con su vida, y le proporcionó información valiosa de la pierna mecánica. Le había dicho sin rodeos a Rowan, que era un tonto por dejar ir a Daisy. Su influencia parecía haber tenido efecto, dada la queja de Niven, que el taciturno Rowan había hablado, sin parar, durante todo el camino desde Gales hasta Londres.

Al parecer, el inventor llegó, este mismo día, tomando medidas para que Rowan pudiera colocarse su propia pierna artificial. Su ayuda de cámara comentó que Rowan había ofrecido pagar el doble del precio, si la pierna se podía fabricar en la mitad del tiempo habitual. Esto solo podía significar una cosa: él estaba ansioso por que le colocaran la pierna, antes de ir a verla... Y Willow compartía esa opinión.

Lo mejor de todo era que Rowan ya sabía que Daisy había organizado las invitaciones, por lo que debía comprender plenamente que ella todavía lo amaba. Tal vez las cosas estaban saliendo mejor de lo que ella hubiera esperado.

Daisy dejó de respirar, cuando Harrison entró en el salón con una misiva, en la bandeja de plata.

—Para usted, milady —entonó, al hacer una reverencia.

Ella tomó el sobre con dedos torpes y miró el sello de Rowan. Había tanto en juego, en esa carta, que no sabía si tendría el coraje de abrirla. Tal vez a él le molestara su interferencia. Su contenido podría ser el último clavo en el ataúd, o una esperanza para el futuro.

—¿No vas a abrirlo? —preguntó Cat, mientras que Willow asintió, ya que sus ojos brillaban con ánimo.

Temblando, Daisy cortó el sello y miró fijamente la breve misiva:

“Mi querida Daisy,

Perdóname.

Con el mayor cariño, Rowan”.

A ella se le saltaron las lágrimas. La carta no decía nada sobre el futuro, pero de todas formas lo expresaba todo.

* * *

No hacía falta que Willow supiera el contenido de la misiva de su hermano. Las lágrimas de felicidad de Daisy eran la prueba de lo que necesitaba saber. Rowan había recobrado el sentido común, dando el primer paso para reparar lo que rompió. Se arrepintió de las dudas que albergó sobre Daisy, cuando se conocieron. Rowan tenía muchísima suerte de haber encontrado a una mujer, que todavía lo amaba, a pesar de su continuo rechazo, comprendiendo el tormento de

Daisy, quien había perseverado. Incluso esto provocó la censura sobre la cabeza de ella, al dejar plantado a otro miembro de la nobleza, en el altar.

Nadie más que Rowan podría ser la pareja de Daisy, al igual que nadie más que Niven podría ser el esposo de Willow. Parecía que dos de los “árboles” de la difunta duquesa de Withenshawe estaban destinados a encontrar una pareja que los amara. Willow no tenía ninguna duda que Niven la amaba profundamente, y pocas hijas de duques podían jactarse de estar tan apasionadamente enamoradas de sus parejas, como Daisy.

En cuanto a Ash y Thorne, Ash pasaba la mayor parte de su tiempo de juerga y era un mujeriego empedernido, mientras que nadie sabía cuándo Thorne podría resurgir de sus andanzas. Incluso el padre había amenazado con cortar su asignación a Ash, si continuaba bebiendo sin ningún control. Aunque lo que importaba ahora era la felicidad de Rowan. Había sufrido una terrible experiencia y merecía ser feliz. Ver al heredero de su ducado establecido y contento le quitaría un gran peso de encima a su padre.

—Buenas noticias, ¿espero? —le preguntó a Daisy, tragándose el nudo, que todavía tenía en la garganta.

—¡Oh, sí! Querida hermana —respondió Daisy.

* * *

Daisy no tenía ninguna hermana. Ella y la esposa de su hermano se habían vuelto más cercanas desde el nacimiento de los dos sobrinos de Daisy, pero Kenneth siempre fue la prioridad número uno de Cat. Mientras Daisy y Willow se despedían entre risitas y *petits baisers*, Daisy esperaba haber encontrado por fin una amiga y una cuñada, si alguna vez Rowan y ella se casaban. Willow juró guardar el secreto sobre ese encuentro y se fue a la casa, obviamente disfrutando de su rol de cómplice.

Daisy, con la carta de Rowan en el corazón, regresó al salón, justo cuando Kenneth entraba. Anhelaba el día en que Rowan la saludara con el mismo ardor, que Kenneth le mostraba a su esposa, cuando se besaban.

—¿Qué tienes ahí, hermana mía? —preguntó.

—Es una carta de Rowan Halstead —respondió Cat, adelantándose a la respuesta de Daisy.

Kenneth entrecerró los ojos.

—Supongo que eso explica la sonrisa. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Daisy amaba a su hermano, pero el contenido de la carta era precioso y privado.

—No tienes que decírmelo —dijo Kenneth, desistiendo de su ceño fruncido—. Pero, ¿debería prepararme para los gastos de otra boda?

Daisy dudó. ¿Era demasiado pronto para decir que sí?

Una pierna o tres

La semana pasó lentamente. Rowan temía morirse de impaciencia, si las dos semanas siguientes también transcurrían tan despacio. No sabía si Daisy respondería a su carta. En realidad, no había necesidad de una respuesta, supuso. Se sentía mejor por haberle escrito para pedirle perdón. Willow le aseguró repetidamente que la misiva debía haber significado mucho para Daisy. Tenía la sensación que ella sabía más de lo que dejaba ver, pero, ¿qué más podía esperar un hombre de una hermana menor, que se creía experta en todas esas cosas, ahora que estaba casada?

Su ánimo mejoró mucho. Tenía objetivos: caminar con la pierna de Potts y recuperar a Daisy. Tenía más energía. Su apetito mejoró.

Willow y su padre le dijeron que se veía mejor, que en meses anteriores. Ash no estuvo en casa el tiempo suficiente como para saber qué estaba sucediendo. Volvía a casa después de medianoche, dormía casi todo el día y salía, antes de la cena. Aún no había noticias de Thorne.

El optimismo recién adquirido de Rowan se tambaleó un poco, cuando Kenneth, duque de Ramsay, llegó de manera inesperada. Como amigo íntimo del padre de Rowan y primo de Niven King, Ramsay no era un extraño en la casa de los Withenshawe, pero cuando entró en el salón, la expresión severa de su mandíbula no auguraba nada bueno.

—Bracknell —gruñó el duque.

—Ramsay —respondió Rowan, sorprendido por el uso de su título formal—. Me alegro de verte.

—Puede que no lo pienses así, después de decir lo que vine a decirte.

El ánimo de Rowan se desplomó. Intuyó que su visitante había venido a transmitirle que Daisy estaba arrepentida, ya no lo amaba y nunca lo perdonaría.

—Toma asiento y sigue hablando —respondió con voz ronca, señalando el sofá.

—Me quedaré aquí hasta que esté seguro que no estás jugando con el corazón de mi hermana.

El deseo de golpear a Ramsay con su muleta era muy fuerte, pero luego casi que cayó de bruces. No se podía culpar a Kenneth de estar preocupado por su hermana.

—Reconozco haber tratado mal a Daisy —confesó—. Realmente, creía que estaría mejor con un marido que no fuera lisiado.

—Entonces, cuando recibes esta pierna artificial, esperas que ella no note que te falta la tuya.

Solo había una persona que pudo haberle transmitido la información sobre la pierna de Potts.

—Empiezo a sospechar que hay una espía en esta casa... Willow. ¿Estoy en lo correcto?

El rostro de Ramsay se sonrojó.

—Supongo que he delatado a tu hermana.

—No importa. Siéntate, mientras intento explicarte. La pierna mecánica es para mi beneficio, no necesariamente para el de Daisy. Cuando le pida que sea mi esposa, quiero estar erguido sin depender de esta maldita muleta. ¿Seguro que lo entiendes?

Kenneth se rió entre dientes, mientras se sentaba.

—¿Quieres decir que no tienes intención de arrodillarte?

Ahora fue el turno de Rowan de sonrojarse.

—¡Nunca pensé en eso!

Kenneth se levantó para servirles a cada uno un vaso de *Uachdaran*, mientras los dos compartían el humor.

—Me he portado como un idiota —confesó Rowan—. ¿Me perdonará?

Kenneth tocó su copa con la de Rowan.

—Ella nunca te criticó.

* * *

Cuando Willow se enteró que Kenneth Hawkins había venido a visitarlos, temió que su subterfugio pudiera ser descubierto. Rowan se enojaría, si supiera que había interferido. Al oír risas masculinas, provenientes del salón, se armó de valor y entró. Lamentó la decisión, cuando las risas cesaron de repente. Kenneth se puso de pie, pero su rostro rojo y su negativa a mirarla, a los ojos, sugirieron que había dejado salir al gato de la bolsa.

Sin embargo, si Rowan sabía que había estado en contacto con Daisy, no mostró signos de enojo. De hecho, estaba sonriendo.

—Entonces, ¿Daisy sabe todo sobre la pierna artificial? —le preguntó.

—Sí —lo confesó.

—¿Y estabas en Ramsay House, cuando llegó mi carta?

—Estaba... —respondió tímidamente, recordando muy bien que el viejo Rowan, siempre había sido algo autoritario y que intimidaba a sus hermanos menores.

—¡Ja! —exclamó, dándose una palmada en el muslo sano—. Debería haber sabido que querías entrometerte.

Ese comentario fue demasiado hiriente. Ya no era la hermana pequeña intimidada por un hermano mayor autoritario.

—Espera un momento... Quiero que Daisy y tú sean felices. ¿No ves que esa es la única razón por la que me entrometí?

Rowan se levantó del sofá con la facilidad que le daba la práctica.

—Ven aquí —dijo.

Ella se arrojó a sus brazos, consciente, como él sin duda lo estaba, que era la primera vez en sus vidas que compartían un abrazo amoroso. Se le hizo un nudo en la garganta, cuando se dio cuenta que él se apoyaba en ella para mantenerse erguido. El orgulloso y testarudo Rowan nunca habría hecho algo así.

Ella se arriesgó:

—¿Por qué no vas a ver a Daisy ahora? —preguntó—. ¿Qué estás esperando? ¿No has esperado ya lo suficiente?

Él se apartó.

—Pero tendré la pierna de Potts en dos semanas.

—La pierna artificial te hará la vida más fácil —resaltó Kenneth—. Pero a Daisy no le importa, si tienes una pierna o tres.

* * *

Rowan tuvo que sentarse. Había ensayado la escena, una y otra vez, en su cabeza. Con su nueva pierna preparada, llamaría a Daisy. Ella correría a sus brazos. Él le propondría matrimonio. Y todo quedaría perdonado.

El problema con la fantasía era que ella ya lo había perdonado, o más bien, aparentemente

nunca había censurado sus acciones. Incluso Daisy había comprendido su tormento, tal vez mejor que él.

¿Tendría el valor de enfrentarse a ella, mientras todavía dependía de una muleta?

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué? —preguntó Kenneth—. ¿Acaso mi hermana no te ha demostrado que te ama, seas inválido o no?

—La pregunta es —dijo Willow—. ¿Confías lo suficiente en ella como para ir ahora?

De rodillas

A pesar del clima frío y nublado, Daisy y su madre habían adoptado la costumbre de pasear del brazo por los jardines de Ramsay House. Lady Maureen había sido un pilar de fortaleza, siempre apoyando la campaña para recuperar a Rowan. Nunca había censurado la decisión de su hija de abandonar Fernsby, en el altar. La madre de Daisy hubiera preferido regresar a su nuevo hogar en Escocia, pero había insistido en quedarse en Londres, y Daisy agradecía el sacrificio.

—Rezo para tener paciencia y poder esperar dos semanas más —confesó.

—Simplemente, agradece que Rowan haya superado la negación —le aconsejó su madre.

El sonido de las ruedas de un carruaje, al detenerse en el camino de grava, les llamó la atención. El corazón de Daisy latía con fuerza, en sus oídos, cuando vio el escudo de Withenshawe, en el costado del carruaje. ¿Habían enviado un mensajero con malas noticias? La urgencia de huir en la dirección opuesta era poderosa, pero su madre la contuvo.

—Espera —la amonestó—. No nos pueden ver desde aquí.

Aferrada al brazo de su madre, Daisy contuvo la respiración, cuando un lacayo abrió la puerta del carruaje y ofreció una mano al ocupante. Temió desmayarse, cuando él le hizo un gesto para que se fuera, por lo que el sirviente hizo una reverencia y dio un paso atrás.

Rowan, tan alto y apuesto, como ella lo recordaba, apareció y bajó hábilmente del carruaje con la ayuda de su muleta. No había esperado hasta tener su nueva pierna. Daisy nunca lo había amado tanto.

* * *

Cuando Harrison escuchó el golpe de un lacayo y abrió la puerta, Rowan no estaba seguro si el mayordomo, que estaba boquiabierto, se alegraba de verlo o no. La mirada del sirviente parecía estar fija en algo que estaba sucediendo en los jardines de la mansión. Rowan dio la vuelta con cuidado para no caerse por las escaleras. Daisy se apresuraba hacia él con el rostro mojado por las lágrimas.

Su corazón se alegró al verla, pero se le hizo un nudo en el estómago. El escalón de entrada no era el lugar en el que había imaginado, que se produciría su reencuentro. Todavía llevaba su abrigo grueso, sus guantes y su sombrero de copa. Arrodillarse en el cemento, solo con una rodilla, bajo la atenta mirada del mayordomo sería complicado.

Todas las preocupaciones sobre las dificultades se esfumaron, cuando Daisy se arrojó a sus brazos. Su muleta cayó al suelo, mientras él envolvía con sus brazos a la mujer que amaba y la estrechaba contra su cuerpo. No necesitaba otro apoyo que el sabor de sus lágrimas de amor, al besarse apasionadamente.

* * *

Los sentidos de Daisy se tambalearon, cuando el beso de Rowan se hizo más profundo. Ella succionó su lengua, inhaló su aroma masculino, saboreó la suavidad de su barba, que nunca había visto antes. Él se apoyó en ella para mantener el equilibrio y ella dependía de él para respirar.

La tos educada de Harrison la sacó del torbellino, aunque a regañadientes. Rowan agarró la muleta, que el mayordomo había recuperado de la escalera. Ella miró a los ojos de su amado,

viendo el amor y el anhelo, que tanto había echado de menos. Pero también había un destello de picardía.

Daisy observó con asombro y perplejidad, cómo él le entregaba el sombrero y los guantes a Harrison. Cuando empezó a desabrocharse los botones del abrigo, el mayordomo se apresuró a ayudarlo, a quitarse la pesada prenda.

Lo que sucedió a continuación quedaría grabado en su corazón por toda la eternidad. Rowan le pasó la muleta a Harrison, tomó su mano y la usó como ancla, mientras se arrodillaba lentamente sobre su rodilla sana.

—Lady Daisy Hawkins —dijo—. ¿Me harías el gran honor de aceptar ser mi esposa? Sé que...

—Sí, sí, mil veces sí —respondió ella, cayendo de rodillas a su lado.

Se abrazaron durante varios minutos, hasta que Rowan susurró:

—Entremos. Hace un poco de frío aquí.

Ella asintió, en señal de acuerdo, sabiendo que el orgullo de él no le permitiría admitir la dificultad de arrodillarse sobre una rodilla, en la fría piedra.

Sonriendo ampliamente, Harrison lo ayudó a levantarse y le devolvió la muleta.

De pie nuevamente, Rowan le ofreció su mano, y la ayudó a ponerse de pie.

Ella estaba en su brazo. Entraron en la casa, por fin reconciliados.

* * *

Aunque era maravilloso sentarse junto a Daisy, en el salón de su casa, y tomarle la mano, la presencia de Kenneth y Cat hacía que la situación fuera incómoda. Rowan comprendía la necesidad de su presencia como acompañantes, pero igualmente le molestaba. Ya era muy difícil exponer su movilidad limitada a Daisy por primera vez.

—Te amo —murmuró su prometida, percibiendo claramente la incomodidad de él.

—No merezco tu amor —replicó Rowan, entrelazando sus dedos con los de ella.

—Eso no es cierto —dijo ella, poniendo la mano sobre ese muslo mutilado.

Daisy retiró la mano, cuando él se tensó.

—¿Te lastimé? —preguntó.

Él no podía mentirle.

—No, de hecho, esto fue maravilloso.

Kenneth tosió, cuando se inclinaron el uno hacia la otra para compartir un beso.

—Entonces, ¿podemos fijar una fecha para la boda?

Rowan anhelaba enterrarse dentro de Daisy, convertirla en su esposa, en todos los sentidos, pero temía la intimidad de su primera noche, juntos. No podría ocultar su deformidad ni siquiera con una pierna fabricada. Sin embargo, estaba decidido a acompañarla de regreso al altar, después de la ceremonia, sin depender de una muleta.

—Tres semanas a partir de hoy... Eso estará bien —declaró—. Ya es hora que publiquen las amonestaciones y todo eso...

Fácilmente, él podría haber obtenido una licencia especial y casarse con ella mañana. La decepción en esos ojos le dijo a él, que eso era lo que ella esperaba, pero asintió con la cabeza, actuando pacientemente, como siempre, y enfrentando sus inseguridades.

Un nuevo capítulo

“Mi querida Lady Daisy,

Perdone mi respuesta tardía a su carta. Tenía la intención de asegurarme que el marqués de Bracknell y el señor Niven King fueran invitados a la ceremonia de inauguración, pero su mensaje de bienvenida me recordó que el tiempo era esencial.

Me alegré de tener la oportunidad de reunirme con los dos hombres valientes, que me acompañaron, cuando escapé de los horrores de Waterloo.

El señor Potts me está fabricando una segunda pierna de Anglesey (imagínese tener una prótesis con el nombre propio), así que estaré en Londres, cuando Lord Rowan reciba su dispositivo mecánico. Tengo toda la intención de estar presente, en esa ocasión, para poder asesorarlo sobre los pros y los contras de una pierna artificial. Cogerle el tranquillo no es tan fácil como parece.

También lo reprenderé a él, si aún no ha recobrado la cordura, y no le ha rogado a usted, que sea su esposa.

Estoy totalmente de acuerdo con sus comentarios sobre la situación desesperada de muchos de nuestros veteranos heridos, y ya he puesto en marcha varias iniciativas, que espero que remedien la situación. Lamentablemente, las ruedas del cambio gubernamental avanzan lentamente, pero solo podemos intentar hacer lo que esté en nuestras manos.

*A su servicio,
Suyo sinceramente,
Henry Paget, marqués de Anglesey”.*

Daisy volvió a leer la carta que había recibido, varios días antes. Hoy era el día en que Rowan comenzaría un nuevo capítulo en su vida. Ella hubiera querido estar allí para apoyarlo, pero supuso que un compañero amputado sería una mejor opción.

* * *

Rowan, incapaz de dormir, se levantó al amanecer del día, en que Potts debía llevar su nueva pierna. Aunque él llegaría a las once de la mañana. Rara vez tenía energía para levantarse de la cama, antes de las diez de la mañana, pero no recordaba haber esperado algo con tanta ilusión antes. Daisy había expresado su deseo de estar presente, cuando probara por primera vez la prótesis, pero él la había disuadido, siendo tan cobarde como siempre.

Cuando Cosmo llegó, era evidente que su convocatoria había sacado al desaliñado ayuda de cámara de su cama.

—A sus órdenes, milord —dijo Cosmo, arrastrando las palabras, y haciendo todo lo posible por reprimir un bostezo.

—¿Cree que debería vestirme? —preguntó Rowan, sintiéndose inmediatamente tonto por

hacer una pregunta tan ridícula.

—Creo que sería conveniente que Su Gracia recibiera al señor Potts, completamente vestido —respondió su ayuda de cámara.

—Por supuesto.

Perdió todo el tiempo que pudo, insistiendo en que Cosmo le trajera una pastilla de jabón diferente para su baño, y luego rechazando una prenda tras otra hasta que incluso el siempre paciente sirviente apretó la mandíbula.

Rowan se alegró de haberse tomado el tiempo para lucir presentable, cuando inesperadamente el marqués de Anglesey llegó con Potts.

Se quedó mirando la pierna de madera que Anglesey le puso en las manos. Aún no comprendía del todo el motivo de la presencia del marqués, aunque su mentor murmuró algo sobre una visita a Londres para conversar con el Príncipe Regente sobre su nombramiento como Lord Teniente de Irlanda.

La decisión de Rowan de acceder a la petición de su padre de asistir a la prueba para recibir apoyo moral había sido acertada. Él y el marqués se conocían desde hacía años. Su padre no toleraría ningún tipo de intimidación por parte del marqués.

—Te lo advierto ahora, Halstead, no será fácil acostumbrarse al artilugio, que tienes en tus manos —declaró Anglesey.

Ansioso por continuar con la prueba, Rowan solo pudo asentir.

—Sí, te hará la vida más fácil, en algunos aspectos, pero seguirás siendo un hombre con una sola pierna.

Irritado por el tono condescendiente de Anglesey, Rowan abrió la boca para replicar que era plenamente consciente que la pierna artificial nunca podría sustituir a la suya. La mandíbula apretada de su padre delataba su propio enfado. No obstante, el marqués no les dio a ninguno de los dos la oportunidad de responder.

—Entonces, quítate los pantalones —ordenó.

Potts recuperó su invento, mientras Cosmo entraba en acción, y ayudaba a Rowan a quitarse las pantuflas y los pantalones.

—Si pudiera sentarse en la cama, milord —dijo Potts, suavemente—. Y recostarse un poco.

Apoyado por los codos y sintiéndose muy expuesto, Rowan contuvo la respiración, mientras su muñón era introducido lentamente, en la parte superior de la pierna.

—Descubrirás que el roce es el peor tormento —le advirtió Anglesey, mientras Potts tomaba las manos de Rowan con un agarre sorprendentemente fuerte.

Rowan había sido ingenuo, al pensar que la pierna le permitiría caminar erguido casi de inmediato. En cambio, se sintió extrañamente desequilibrado y enfermo por los nervios, al ponerse de pie con la ayuda de Potts. ¿Había pasado demasiado tiempo, desde la amputación, para que volviera a aprender a caminar correctamente? Tal vez sería mejor que se quedara con la muleta.

—Puedes hacerlo, hijo mío —manifestó su padre, suavemente, devolviéndolo a la tarea en cuestión.

Por supuesto que podía. Él era Rowan Halstead, héroe de Waterloo, heredero de un rico ducado, y futuro esposo de la mujer más hermosa del mundo. Dio un paso hacia adelante, perdió el equilibrio y cayó en los brazos de Cosmo.

Ya es suficiente

Durante más de un año, Daisy no había perdido la paciencia con Rowan. Su negativa a aceptar que debían estar juntos era dolorosa, pero comprensible, dada la terrible experiencia que lo había atravesado.

Ahora, la boda estaba a menos de una semana de distancia, y ella no lo había visto, desde su emocionante propuesta en la entrada de Ramsay House.

Según Willow, él estaba teniendo dificultades para dominar la nueva pierna, pero, ¿por qué no vio que ella tenía derecho a ayudarlo a aprender a caminar de nuevo?

Su paciencia estaba llegando a su fin.

—La felicidad está a tu alcance —le recordó su madre—. No pierdas la fe, ahora.

—Es fácil para ti decirlo —replicó ella, arrepintiéndose inmediatamente de sus duras palabras—. Te pido disculpas, mamá... Supongo que son nervios por la boda.

—Has sido un pilar de fuerza y perseverancia —replicó su madre, dándole una palmadita en la mano—. Para ser honesta, no pensé que tuvieras lo necesario para ser tan fuerte.

—Yo era una persona diferente, antes que llegara Rowan... Esto es difícil de explicar.

—No a mí... ¡No seas tonta! Recuerda que yo fui la muchacha que se fugó de Glengeárr con tu difunto padre hace tantos años. ¿Quién iba a saber que Freddie heredaría inesperadamente un ducado?

Decidida a reprimir su impaciencia, Daisy abrazó a su madre, mientras compartían el gracioso recordatorio. Era de esperar que Rowan y ella estuvieran destinados a tener la misma vida de matrimonio feliz, que habían disfrutado sus padres.

* * *

—No hay ninguna buena razón para pasar por esto —dijo Willow, cuando su hermano la agarró del hombro, después de unos pocos pasos, a través del estudio de su padre.

Aunque Rowan apreció la ayuda de su hermana para dominar su nueva pierna, ella claramente no entendía su ardiente deseo de entrar y salir de la iglesia, en dos piernas, aunque una de ellas fuera de madera.

—Como todo lo nuevo, la práctica hace al maestro —insistió, decidido a ignorar el hecho que la práctica le había provocado dolorosas rozaduras. Su muñón estaba más rojo y feo que nunca.

—Tal vez, si te sientas y flexionas el tobillo, como sugirió Potts —propuso ella—. Entonces, aprenderás a controlar el pie.

—Pero el objetivo final es aprender a caminar —replicó, consciente que estaba quejándose. Anglesey le había advertido que sería difícil, pero él había desdenado la idea. Siempre había dominado cualquier nueva habilidad rápidamente—. Lo peor es que Daisy probablemente piensa que la estoy evitando —suspiró.

—¡Y lo estás haciendo! —exclamó Willow—. Me alegra que me hayas pedido ayuda, pero a Daisy le encantaría ocupar mi lugar.

—No puedo pedirle que...

—Por supuesto que puedes. Ella haría cualquier cosa por ti. No la dejes afuera.

—¿Cómo llegaste a ser tan sabia? —preguntó, reconociendo que no había querido que

Daisy presenciara sus dificultades—. Dile que necesito ayuda.

* * *

Tan pronto como Willow explicó el motivo de su visita, Daisy llamó a Harrison para que fuera a buscar los abrigos, sombreros y guantes. En cinco minutos, ambas estaban en el carruaje de Withenshaw, rumbo a la casa de Rowan. A medida que pasaban las millas, Daisy se dio cuenta que había sido una anfitriona terrible.

—Debería haberte ofrecido café, después que viniste a buscarme desde tan lejos.

—¡Tonterías! —replicó Willow—. Comprendo tu prisa, ahora que Rowan se dio cuenta que te necesita tanto, como te ama.

—¿No se está acostumbrando a la nueva pierna?

—Es demasiado intenso al respecto. Si se relajara, podría tener más éxito.

—Para él es importante poder pasar la ceremonia y acompañarme hasta el altar sin su muleta... Puedo entenderlo... Pensaré en una manera de hacer que el aprendizaje sea más divertido para él.

* * *

Decidido a aparentar que dominaba la pierna, cuando Daisy llegara, Rowan se paró junto al escritorio de su padre, agarrándose con fuerza del borde de un mueble muy usado.

Su corazón se aceleró, cuando escuchó la voz de ella, en el vestíbulo. Entonces, entró en el estudio. El deseo de abrazarla era poderoso, pero no se atrevió a soltar el escritorio.

Si él esperaba lo suficiente, tal vez ella se lanzaría a abrazarlo, como antes en Ramsay House, pero en lugar de eso, Daisy se detuvo a unos pies de distancia, lo miró con curiosidad y le tendió ambas manos.

—Ven a mí, Rowan —suspiró, frunciendo los labios—. ¡Quiero besarte!

“¡Qué astuta!” pensó, reconociendo su juego.

—Artimañas femeninas —bromeó.

El problema era que las artimañas incluían empujar esos pechos y lamer esos labios. Había pasado tanto tiempo desde que había chupado esos pezones fruncidos y mordisqueado esos labios tentadores. Su hombría estuvo de acuerdo, ¡demasiado tiempo!

Él enderezó los hombros y dio un paso vacilante. Luego otro. Hasta ahí todo iba bien, aunque era como caminar sobre la cuerda floja.

—Acércate —le suplicó, temiendo que él estuviera a punto de ponerse a sudar, algo poco propio de un caballero.

En lugar de eso, ella dio un paso atrás y se levantó la falda hasta la mitad del muslo.

—¡Ay, mujer atrevida! —exclamó, sorprendido, pero encantado por ese lado hasta entonces desconocido de Daisy. Su pene saludó el brillo juguetón en esos ojos. Ella lo estaba provocando. El viejo y esnob Rowan simplemente se habría alejado con disgusto. Pero el nuevo Rowan quería a esta bruja provocadora.

Sin tener en cuenta la pierna artificial, se lanzó a atrapar a Daisy, antes que ella pudiera moverse nuevamente.

Riéndose, ella cayó en sus brazos. Él no tuvo problemas para mantener el equilibrio, mientras hundía su lengua, en esa boca tan tentadora.

* * *

Aliviada que evidentemente no había presionado demasiado a Rowan, Daisy se derritió por esa fuerza, mientras él profundizaba cada beso. Él había perdido una pierna, pero su cuerpo masculino seguía siendo tan fuerte y receptivo, como ella lo recordaba. Esto le dio una idea audaz. Cuando se separaron para respirar, ella retrocedió cinco pasos.

—Estoy tan orgullosa de ti —dijo, mirando el bulto en sus pantalones—. Ven a mí y aliviaré tu dolor.

—¡Qué tentadora! —gruñó, pero sonreía mientras caminaba hacia ella. Cuando se detuvo a pulgadas de distancia, ella extendió la mano, y acunó la parte más íntima de su cuerpo, que permanecía cálida bajo la tela de sus pantalones.

Inhalando profundamente, él miró al techo, mientras ella masajeaba suavemente esa necesidad.

—Será mejor que pares —dijo con voz áspera, después de un minuto o dos—. Antes que me avergüence.

Ella obedeció, aunque de mala gana.

Él la abrazó y le susurró:

—Eres lo mejor que me ha pasado, Daisy.

Las lágrimas de felicidad brotaron de esos ojos, ya que ella no pudo resistirse.

—¡Era hora que lo reconocieras, hombre tonto!

La boda

Mientras caminaba sin ayuda hacia la iglesia abarrotada, Rowan no podía entender qué le había resultado tan difícil para dominar la pierna artificial. Vestido con el atuendo típico de las Highlands, Niven se sentó junto a él, en el primer banco. Ash estaba molesto porque Rowan eligió a su cuñado, como su padrino, pero Ash no entendía lo que Rowan y Niven soportaron juntos. Tenían un vínculo que Rowan nunca había desarrollado con sus hermanos, por mucho que los quisiera.

A juzgar por el murmullo de la conversación, la congregación definitivamente había notado que Rowan parecía tener dos piernas. Niven y él intercambiaron un guiño petulante.

Mientras esperaba a su novia, la incomodidad, en el muñón, le recordó que entrar con paso seguro, a la iglesia, tal vez no hubiera sido una buena idea. Su orgullo se lo había exigido, pero el gesto no había ayudado a aliviar el dolor. Aunque el sufrimiento no le preocupaba. Estaba erguido, sin muletas, y a punto de casarse con la única mujer que había amado.

Dio la vuelta, en el momento oportuno, para ver a su sonriente novia caminando hacia el altar del brazo de su hermano. De pronto se le ocurrió que perder su pierna tenía sus ventajas. Se casaba con una mujer que lo amaba, a pesar de sus limitaciones físicas. Incluso a ella no le importaba el título nobiliario que él ostentaba ni la riqueza que disfrutaba.

Cuando Kenneth le pasó la mano a Daisy, Rowan se consideró el hombre más afortunado del mundo.

* * *

—Algo tiene que salir mal —le susurró Daisy a su hermano, mientras se preparaban para caminar hacia el altar.

—¡Tonterías! —replicó—. ¿Qué podría salir mal?

Para un hombre cuya hermana había abandonado a su último prometido en el altar, Kenneth podía ser obtuso.

—No lo sé. Quizá se derrumbe el techo, o nos arrastre a todos una inundación, o Rowan decida cancelar todo el proyecto.

—¿Una inundación? —repitió él, en voz alta, provocando miradas curiosas con los ojos muy abiertos de muchos de los congregados.

A medida que se acercaban al altar, Daisy notó el tartán de Lockie, que cubría el hombro de Rowan. Era el mismo ancestral, que ella usaba como faja sobre su vestido. La adoración en esos ojos le aseguró que todos sus estúpidos temores eran infundados.

—Él me ama —murmuró.

—Por supuesto que sí —respondió su hermano, mientras la entregaba al hombre, que ella amaba.

A medida que avanzaba la ceremonia, Rowan y ella se hacían promesas, el uno a la otra, y ella estaba más segura que nunca que ese hombre era su destino. Se escucharon fuertes aplausos, cuando el ministro le dio permiso a Rowan para besar a su novia, y él aprovechó al máximo la oportunidad. Sus lenguas se unieron. Ese ardor hablaba de compromiso, y el sabor era una promesa.

—Salgan como marido y mujer —declaró el ministro.

Sonriendo ampliamente, Rowan le ofreció su brazo, y salieron lentamente de la iglesia, asintiendo en reconocimiento a los muchos buenos deseos.

* * *

—Estoy muy orgullosa de ti —dijo Daisy, acurrucándose junto a él, durante el viaje en carruaje hacia la casa.

—Hasta donde yo sé, en mi árbol genealógico no hay ni una gota de sangre escocesa —respondió él, pensando que ella hablaba de tartanes—. Pero me sentí orgulloso de llevar el tartán de tus antepasados, en la ceremonia. Afirmas que no te entusiasma demasiado tu herencia escocesa, pero tú también llevas el tartán de Lockie.

—Para complacer a mi madre —confesó—. Pero me refería a la forma en que caminamos de regreso al altar. Me sentí como una reina del brazo de mi rey.

En los oscuros días que siguieron a su amputación, Rowan había deseado morir. Gracias al Cielo que su deseo no se había cumplido, de lo contrario nunca habría conocido la euforia de acompañar a su novia fuera de la iglesia. Y oírla referirse a él como un rey...

—No soy un monarca, mi amor, solo un simple marqués —respondió, tragándose el nudo de alegría, que tenía en la garganta.

—Hablando de Escocia —expresó ella—. No sé si sabías que Niven, Kenneth y mi padrastro han planeado una ceremonia tradicional de unión de manos, cuando regresemos a tu casa.

Él no lo sabía, aunque esto no le sorprendió.

—Me parece recordar que Kenneth hizo algo parecido en la boda de Niven. Me pareció muy significativo.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo con motivo de la boda de mi primo con tu hermana —confesó ella—. Pero desapareciste, antes que tuviera la oportunidad.

—Perdóname —respondió él, llevándose la mano a los labios—. Tenía miedo.

—Ya no tienes por qué tener miedo —declaró ella.

Rowan se guardó para sí el único temor que le quedaba: Daisy aún no había visto su muñón, en todo su espantoso esplendor.

Un sonriente Rapp y los lacayos los recibieron en la casa con copas de champán. Se unieron al resto de la familia en el salón. El padre de Rowan le estrechó la mano y le dio un beso cortés, en los nudillos, a Daisy.

—Bienvenida a casa, querida —dijo.

La madre de Daisy, entre lágrimas, abrazó a su hija y luego a su nuevo yerno.

Se produjo una animada charla y felicitaciones hasta que las entusiastas notas de un alegre reel perforaron el aire. Las gaitas de Niven anunciaron el comienzo de la ceremonia de unión de manos.

—Nuestro tío Gregor no puede venir —explicó Kenneth—. Pero le gustaría que se ofreciera esta bendición tradicional para ambos... Únanse de las manos, por favor.

* * *

Cuando Kenneth ató su manta, alrededor de las manos unidas de los esposos, Cat les explicó a los invitados:

—En Escocia es tradición hacer el nudo, por favor.

—Invoco a los espíritus del aire —entonó Kenneth, cuando se hizo un silencio expectante

—. Su energía genera comunicación entre el corazón, la mente y el cuerpo. Que el amor entre los dos sea como el aire, el compartir sueños, pensamientos y emociones, siempre sea despreocupado, encontrándose en el aliento de un susurro o un beso.

Rowan tenía razón, cuando dijo que Daisy no estaba demasiado entusiasmada con su herencia escocesa, pero las solemnes palabras de su hermano tuvieron un impacto más profundo en su corazón, que los votos repetidos en la iglesia.

—Pido a los espíritus del fuego que traigan el calor de la pasión y una promesa de luz en la oscuridad. Que vuestro amor sea como el fuego, apasionado, intenso y enérgico, una llama que nunca se apaga, tan radiante como el sol de la mañana, y tan cálido como un abrazo al atardecer.

La promesa de pasión con Rowan hizo temblar a Daisy. Había esperado tanto tiempo para que él uniera su hermoso cuerpo al de ella.

—Invoco a los espíritus del agua para que el amor sea profundo, vivificante, emocionante y apasionado. Que su amor sea como el agua, en movimiento, en constante cambio, nunca quieta, nunca estancada, tan vasta como el océano y tan fresca como la lluvia de primavera.

Los ojos de Rowan no se apartaron de los de ella, durante toda la ceremonia. En esas profundidades verdes, ella vio que él también se conmovía con las invocaciones.

—Pido a los espíritus de la tierra que traigan bendiciones de firmeza y estabilidad, y la promesa de un hogar próspero. Que su amor sea como la tierra, rica, natural y profundamente arraigada, fuerte como una roca, pero suave como la arena, siempre en crecimiento y siempre paciente.

—Que ese amor sea como los cuatro elementos, entrelazados para crear el equilibrio perfecto y crear el vínculo perfecto para unir sus dos corazones en uno solo.

Mientras todos aplaudían y Niven volvía a tocar la gaita, Daisy se sintió finalmente casada. Rowan y ella solo tenían que consumir su unión, y Daisy sabía lo nervioso que él estaba él por este matrimonio.

La victoria del amor

El banquete de bodas fue un evento jovial, interrumpido por un brindis, tras otro, por la felicidad de los novios. Rowan había dispuesto a propósito que los sirvientes comenzaran a servir la comida, después de las cinco en punto. A medida que las sombras se alargaban y llegaba la hora de los discursos, uno elogioso y divagante de su padre fue bien recibido. Comenzó a preocuparse cuando los comentarios de Niven fueron ingeniosos, pero breves. ¿Su padrino no se dio cuenta que él contaba con que estuviera oscuro, cuando llevara a Daisy, a su dormitorio?

Se mordió el labio inferior, ante el dilema. Su dolorido pene lo instaba a llevar a Daisy, escaleras arriba, una vez que terminaran las bromas y la comida, pero el miedo lo tenía dominado.

Cuando Niven se acercó a su oído, apretó los dientes, sabiendo lo que el astuto escocés estaba a punto de decirle.

—La mayoría de los hombres recién casados no pueden esperar para llevar a sus novias a la cama. La gente está sintiendo curiosidad por la demora.

—¿No habrá baile? —preguntó Rowan—. Estaba esperando a que empezaras a tocar el violín —mintió.

—Tranquilízate, hombre —respondió Niven—. No tienes intención de bailar. Daisy se está impacientando. ¡Estás avergonzando a tu novia! Recuerda lo que dijo Anglesey.

Una mirada de decepción, en el pálido rostro de Daisy, demostró que Niven tenía razón. Los invitados pensarían que no quería acostarse con su esposa cuando, de hecho, ansiaba estar dentro de ella.

—Ven, mi amor —dijo, tomándole la mano—. Es hora de irnos.

* * *

Más convencida que nunca de la renuencia de Rowan a dejarle ver lo que quedaba de su pierna amputada, Daisy decidió tomar la iniciativa, una vez que llegaron a su dormitorio. El movimiento audaz requeriría coraje. Había coqueteado abiertamente con hombres en el pasado, pero no sabía nada sobre cómo complacer a un hombre, en la cama. Sin embargo, deseaba a Rowan físicamente, algo que nunca antes había experimentado. Lo importante era hacérselo comprender.

La vela solitaria, que titilaba sobre la repisa de la chimenea, no contribuía a aliviar la penumbra. La luz de la luna se filtraba por la ventana del dormitorio. A ella le pareció romántico, pero sus esperanzas se vieron frustradas, cuando Rowan llegó cojeando y cerró las pesadas cortinas, hundiéndolos en una oscuridad casi total.

—Le dejé claro a Rapp que quería las cortinas cerradas —dijo con irritación.

Esta situación exigía medidas desesperadas.

—¿Podemos encender más velas? —preguntó, alegrándose que él no pudiera ver el calor en su rostro—. Has dicho que querías verme desnuda.

—No —respondió él—. Es decir... tienes razón. Quiero verte desnuda.

—Entonces podrás entender mi deseo de verte desnudo también.

—No es lo mismo —suspiró—. Tú eres hermosa y yo no.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Ella se dirigió a la ventana, descorrió las cortinas, y se

enfrentó a su marido boquiabierto con las manos en las caderas.

—Escúchame, Rowan Halstead. En mi trabajo voluntario con los veteranos sin hogar de Waterloo, he ayudado a hombres con ropa tan andrajosa... A menudo, era el sucio uniforme que llevaban durante la batalla... La tela apenas les cubría lo que quedaba de brazos y piernas. Tú y yo vamos a estar casados, durante mucho tiempo. Tarde o temprano te veré desnudo. Ya sea ahora o más tarde, no me sorprenderá, así que más vale que sea ahora.

El miedo que hubiera ido demasiado lejos desapareció, cuando él le dedicó esa sonrisa torcida, que siempre le hacía cosquillear los pezones.

—Entonces, ayúdame a desvestirme —dijo él, en voz baja, desabrochando los botones de su abrigo.

Envalentonada, cuando él se quitó el abrigo, ella dio un paso adelante, le aflojó la corbata y la arrojó lejos. Los tirantes se deslizaron fácilmente de sus hombros, luego él la sujetó, mientras ella desabrochaba los botones de su chaleco y camisa. Ella lo ayudó a mantener el equilibrio, mientras liberaba un brazo y luego el otro. Impresionada por la belleza masculina de su torso, ella pasó los dedos por la ligera capa de vello dorado sobre su pecho cincelado, curiosa por la ancha banda, que se extendía, a través de su cuerpo.

—Se coloca en la parte superior de la pierna —explicó él—. Ayuda a mantenerla en su lugar.

El humor en su voz hizo desaparecer lo que quedaba de su modestia.

—Ahora los pantalones —exigió ella.

* * *

Mareado por emociones encontradas, Rowan asintió. Sus torpes manos jugaron con los pantalones, pero su polla lo incitaba. Sin embargo, su fogosa esposa, aparentemente, no estaba dispuesta a esperar. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ella lo empujó suavemente para que se sentara en el borde de la cama, y le bajó los pantalones hasta los tobillos.

De pronto, dos cosas le parecieron graciosas. En primer lugar, el ceño fruncido de la mujer indicaba que se había dado cuenta que él tenía un problema. Si ella no le quitaba los zapatos, él no lo haría. El problema era que el zapato izquierdo estaba fijado de forma permanente a su pierna artificial.

En segundo lugar, ¿podía un novio parecer más ridículo? Estaba vestido únicamente con unos calzoncillos de seda y una pierna mecánica, con los pantalones, a la altura de los tobillos. No era precisamente impresionante.

La risa le subió a la garganta, pero de repente se dio cuenta que la mirada de Daisy estaba fija en el bulto de su ingle, no en su pierna. Se le habían soltado algunos mechones de su sofisticado peinado. Nunca la había visto tan despeinada ni jamás la había deseado tanto. Su miedo se esfumó como un pájaro asustado.

—Tendrás que desabrochar la correa —le dijo—. Entonces, podrás quitarme la pierna.

* * *

A pesar de todas esas palabras valientes, Daisy temía lo que vería, cuando le amputara la pierna a Rowan, como le sucedió a Anglesey. A toda costa, no debía mostrar ningún signo del horror, que había experimentado, a menudo, en su trabajo voluntario con amputados. ¿Cómo podía una mujer no conmoverse, ante semejante sufrimiento?

—Enciende más velas —susurró Rowan.

El ánimo de ella mejoró. Él estaba dispuesto a dejarle ver su muñón.

Con manos temblorosas, Daisy tomó una vela de la repisa de la chimenea, y acercó la llama a las mechas del candelabro, que estaba sobre el tocador.

El resplandor iluminó el rostro de Rowan. El deseo hambriento había reemplazado al miedo nervioso.

—Quita la pierna, lentamente —le dijo suavemente, mientras ella se arrodillaba a sus pies—. Tiende a irritarse.

El aire de broma en su voz y la risa en sus ojos solo podían significar que por fin confiaba en ella, y se había dado cuenta que esa mujer lo deseaba tanto como él a ella.

Con el corazón acelerado, ella le quitó el zapato del pie derecho, agarró la pierna de madera y tiró suavemente. Agarrando la colcha, él se recostó en la cama, mientras la pierna artificial y los pantalones se deslizaban de su cuerpo.

Lo que quedaba de su muslo sobresalía de sus calzoncillos. Ella había visto suficientes amputaciones apresuradas, en el campo de batalla, como para saber la profundidad del sufrimiento de Rowan. Las rozaduras eran la menor de las agonías que él había soportado.

Sin pensarlo dos veces, ella se puso de rodillas, presionó sus pechos contra ese muñón y besó las cicatrices irritadas.

* * *

Un hombre adulto no debería llorar, en su noche de bodas, pero las lágrimas brotaron de los ojos de Rowan. El persistente miedo que lo había mantenido a él y a Daisy, separados durante meses y meses, había sido infundado. Esos besos tan maravillosos y el calor de esos pechos desterraron cualquier dolor, que pudiera quedar en su muñón. No obstante, el roce de esa cabeza contra su polla desenfrenada era una tortura.

—Daisy —dijo con voz áspera, mientras se incorporaba—. Necesito estar desnudo y dentro de ti.

Cuando ella se recostó, él rápidamente se quitó los interiores y los arrojó al suelo.

Ella miró con avidez ese miembro viril hinchado. Tal vez Anglesey tenía razón sobre lo que más interesaba a las mujeres. Sin embargo, la Madre Naturaleza había sido generosa con ese equipo masculino, y Daisy debía estar nerviosa y preocupada. Antes que él pudiera tranquilizarla, ella se levantó las faldas, se subió encima de él y se acomodó sobre su polla.

—¡Oh! Rowan —gimió ella.

—¡Oh, cierto! —dijo él con voz áspera, mientras la agonía de su rodilla destrozada se desvanecía, y el éxtasis se apoderaba de su cuerpo.

Sus miradas se cruzaron, cuando ella sintió que su virginidad se desgarraba.

Podría haberle dicho a ella que el dolor sería fugaz, explicarle que sabía de formas de prepararla, pero la sensación de sumergirse dentro de ese glorioso y húmedo centro era demasiado... demasiado...

Mientras su semilla bañaba ese vientre, él abandonó el pensamiento racional y se entregó al éxtasis.

Ash

El repuesto

—Esto no se siente bien —susurró Hatty, mientras Ash Halstead tomaba su mano y la guiaba por las escaleras hacia su dormitorio.

—Deja de preocuparte —replicó Ash, irritado por la necesidad de murmurar, en su propia casa. Puede que fuera el hijo del medio de tres hermanos, pero tenía derechos, ¡maldita sea!—. Te dije que mi hermano mayor se fue a Gales de luna de miel.

—¿Por qué eligieron Gales? —preguntó ella, cuando llegaron al embarcadero.

—Baja la voz —le instó—. Si quieres saberlo, los invitaron a quedarse con el marqués de Anglesey.

—Eso suena elegante.

Ash puso los ojos en blanco, aunque no era culpa de Hatty, que no tuviera educación. ¿Qué esperaba de una chica, que ejercía su oficio en la calle? Aún así, tal vez no le haría daño a él encontrar una amante de mejor clase, ya que realmente él no estaba apegado a Hatty.

—¿Por qué tengo que hablar, en voz baja, si no hay nadie aquí? —preguntó petulantemente, mientras él abría la puerta de su habitación.

—Mi padre se retiró a recuperarse a la Abadía de Rochevaux, en Berkshire, pero mi hermana y su marido ocupan una suite aquí, en un piso superior.

—¿Recuperarse? ¿Qué le pasa?

Ash no estaba seguro de cómo responderle.

—Tenía neumonía.

—¡Ay! —exclamó ella.

Si bien era cierto que el duque de Withenshaw había sufrido neumonía, eso sucedió meses atrás, y él se recuperó de esa enfermedad, una vez que su preciado heredero había decidido seguir adelante con su vida, en lugar de lamentarse por su pierna amputada. Pero el pomposo Rowan insistió en que el comportamiento derrochador de Ash fue lo que le provocó una recaída a su padre, aunque Rowan siempre decía la verdad.

—¿Qué más se supone que debe hacer el hermano de repuesto, además de divertirse, y ser mujeriego? —preguntó, ahuecando los copiosos pechos de Hatty.

—¿Repuesto? —preguntó ella, lamiéndose los labios.

Cansado de tener que explicarle siempre su rol no esencial como segundo hijo, le desgarró el corpiño del vestido barato. Ella se rió como la prostituta que era, cuando él procedió a probar las mercancías por las que estaba pagando generosamente.

* * *

—¿Qué es ese olor horrible que hay en las escaleras, desde esta mañana? —le preguntó Niven a Willow, mientras se reunía con ella, en la mesa del desayuno.

—Perfume barato —respondió su esposa—. Aplicado generosamente sobre un cuerpo sin lavar.

—¿Ash? —Niven puso los ojos en blanco.

—Sí, pero tengo la sensación que esta vez no se trata solo de su ropa. Creo que anoche trajo a una mujerzuela a casa.

—Mientras el gato no está... —respondió.

—No es solo Rowan el que se pondría furioso si se enterara. Mi padre ya ha amenazado muchas veces con cortar la asignación a Ash. Esta sería la gota que colmaría el vaso. —Willow hizo una mueca.

—Sin duda ha cambiado desde la guerra —asintió Niven.

—Con Thorne todavía desaparecido, y Rowan y yo, casados, supongo que Ash se siente como el bicho raro.

—Creo que hay algo más que eso —le dijo su esposo—. Cuando Rowan estaba a punto de morir, en el hospital, después de su amputación, Ash afirmó que temía heredar el ducado.

—Y con razón —replicó ella—. Sabía que sería un duque incompetente, incluso antes de descarrilarse.

—Sí, pero debe ser irritante, cuando todos los demás expresan la opinión que no tiene lo que se necesita para ser duque. Tu padre, Rowan, incluso tú, en alguna ocasión, todos le hicieron saber que no estaba a la altura.

Willow jadeó.

—Tienes razón. No es de extrañar que sienta que no tiene ningún rol que desempeñar en esta familia. Rowan heredará el título... Tú estás haciendo que Withenshawe Shipping sea más rentable que nunca... Pero, es posible que nunca volvamos a ver a Thorne.

—Sí. Y me preocupa que las cosas solo empeoren cuando tu padre muera. Rowan no es tan paciente como tu padre.

* * *

Un fuerte dolor de cabeza despertó a Ash. No tenía ni idea de qué hora era ni le importaba. La débil luz del sol se filtraba por la ventana. ¿Tenía que recordarle a las criadas, que cerraran las cortinas todas las noches? Se movió de lado, decidido a volver a dormirse, gimiendo, cuando se dio cuenta que no estaba solo en la cama. Los mordiscos, que destacaban en los pechos desnudos de la roncadora Hatty, le servían como un triste recordatorio de su salvaje posesión de ella, durante la noche anterior. En medio de su deseo de liberación sexual, no le había prestado mucha atención a su abrumador perfume. Ahora, su incapacidad para enmascarar el desagradable olor de su cuerpo solo empeoraba su dolor de cabeza.

Por muy tentador que fuera echarla de la cama y volver a dormir, se dio cuenta, a regañadientes, que no podía hacer tal cosa. Ya le resultaría muy difícil sacarla de la casa sin que nadie la viera. Dejar que se alejara sola probablemente acabaría en un desastre.

—Levántate —la instó, empujándole la pierna con el dedo del pie. La ironía lo golpeó con toda su fuerza. La noche anterior no podía apartar las manos de ella. Pero, ahora, a la luz del día, ni siquiera quería tocarla.

Ella soltó un último ronquido, parpadeó, y abrió los ojos, sonriendo.

¿Cómo él no se había dado cuenta que le faltaban dientes?

—Buenos días, patito —dijo con voz áspera, mientras buscaba esa polla—. ¿Quieres un trago, antes que me vaya?

—¡No! —declaró él, disgustado con su miembro traicionero por responder al agarre de ella, en sus órganos vitales.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Los hombres siempre se despiertan por la mañana con la polla tiesa.

Temeroso de vomitar, si no se deshacía de ella pronto, apretó la mandíbula y la sacó de la cama a la fuerza. Sugerirle que se bañara obligaría a llamar a los sirvientes, a sus aposentos. Esa verdad subrayaba lo patéticamente inútil que él era. Ni siquiera sabía preparar su propio baño.

—¡Te dejé mi marca! —gritó ella, mirándolo fijamente—. Eso significa que ahora me perteneces.

De repente, consciente de su desnudez, él siguió su mirada hasta las marcas de dientes en sus muslos y su pecho. Un hombre lujurioso debería estar encantado con la perspectiva de acostarse con una mujer, más que dispuesta a hacer todo esto, pero el vientre de Ash se rebeló.

—Vístete —le ordenó, lamentando haberla traído a casa. Podría resultar caro deshacerse de ella, ahora que sabía quién era y dónde vivía.

El último suspiro

En el largo viaje de regreso a casa desde Gales, Daisy dormitaba a menudo, lo que le daba a Rowan la oportunidad de examinarla. La alta sociedad no la consideraría una mujer hermosa, pero era atractiva de una manera que a Rowan le resultaba muy excitante. Había tenido mucho miedo de dejarle ver el feo muñón, que le había dejado la amputación. Ahora, casados, apenas por tres semanas, no podía esperar a desnudarse, todas las noches, para que ella pudiera besar sus heridas para aliviarlas.

Ella se había vuelto experta en ayudarlo a colocarse la pierna artificial, aunque a menudo se distraían en el proceso.

Anglesey fue un anfitrión maravilloso, quien se ruborizó de forma poco habitual, cuando Rowan le dijo que lo consideraba como un segundo padre. Si no hubiera sido por el marqués, Rowan podría haber cumplido su deseo, muriendo en Flandes, o haberse mantenido firme en su obstinación, viviendo como un soltero solitario.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Daisy, cuando el viaje se acercaba a su fin.

Sorprendido, de repente, se dio cuenta de lo que debían hacer, antes de regresar a la casa de Londres.

—¿Por qué no vamos a la Abadía de Rochevaux por un día o dos? Papá estará encantado de vernos.

—¡Qué buena idea! —respondió ella—. Supongo que debería conocer el lugar.

Ella se sonrojó profusamente.

—Lo siento, no quise decir...

Él entrelazó sus dedos con los de ella.

—Lo sé, pero tenemos que afrontar el hecho que papá no vivirá para siempre.

—Nuestra visita lo animará.

—Sí, la preocupación por Ash lo ha agotado. Y, por supuesto, la incertidumbre sobre lo que ha sido de Thorne lo atormenta.

—Debo admitir que no tengo ningún problema en vivir en la misma casa que Willow y Niven, pero Ash...

Él no tenía respuesta al problema de la conducta autodestructiva de Ash.

—No sé qué hacer —confesó—. Papá ha amenazado con cortar la asignación, pero...

—¿Por qué no le preguntas a Niven su opinión? —sugirió ella.

* * *

El rostro pálido y los ojos legañosos de su suegro, que estaba postrado en cama, hicieron que Daisy perdiera el equilibrio. El día que Rowan y ella se casaron, él había mejorado. Miró rápidamente a su marido, que parecía tan sorprendido como ella.

—Papá —dijo Rowan, colocando las manos, a ambos lados de las de su padre, mientras se inclinaba para besarle la mejilla.

—¿Rowan? —preguntó el duque con voz áspera—. Creí que te ibas de luna de miel.

—Daisy y yo estábamos de regreso, cuando decidimos pasar por aquí para quedarnos unos días contigo.

Los ojos entrecerrados del duque se dirigieron hacia donde se encontraba Daisy.

—¡Tonterías! —replicó—. Una novia joven no quiere pasar su luna de miel con un anciano enfermo.

—Siempre serás una buena compañía, Su Gracia —replicó Daisy.

—Puede que eso haya sido cierto en algún momento —expresó—. Y, por favor, llámame William. Eres la hija de un duque y la esposa de un futuro duque. No hay necesidad de formalidades.

—William parece demasiado informal —argumentó ella—. Tal vez te llame padre, ya que mi propio padre ha fallecido.

—Me siento honrado. Freddie era un tipo excelente —dijo entre dientes—. Entonces, padre.

—Te estamos cansando —manifestó Rowan—. Descansa un poco y te llamaremos nuevamente, cuando estemos instalados.

La enfermera, que esperaba en el pasillo, volvió a entrar en la habitación del enfermo, cuando ellos salieron.

—¡Bien hecho! Le gustas —le dijo Rowan, mientras se dirigían a la habitación, en la que él había dormido desde la infancia.

—A mí también me gusta —confirmó ella—. Esperemos que se recupere.

* * *

Rowan y Daisy llevaban solo un día en la Abadía de Rochevaux, cuando la salud del padre empeoró. La enfermera Grange aconsejó llamar al médico, quien a su vez declaró que no se podía hacer nada por los pulmones de Su Gracia. En su opinión, el duque de Withenshawe no duraría más de dos días.

—Llámenme, cuando llegue el momento —insistió, mientras se marchaba.

Rowan sabía desde que era muy joven, que ese día llegaría, inevitablemente, pero se le hizo un nudo en el estómago. Solo la mano tranquilizadora de Daisy sobre su hombro lo mantuvo en pie. En silencio, agradeció a al Cielo haber entrado en razón y haberse casado con ella. Sin Daisy, no tendría la fuerza para hacerse cargo de la gestión del ducado, mientras lidiaba con su dolor.

—Debemos ponernos en contacto con Niven y Willow —dijo él con voz áspera.

—Yo me encargaré de informarles —respondió Daisy—. Y a Ash.

A él se le ocurrió una respuesta sarcástica, pero la desechó. No era el momento de criticar el comportamiento de su hermano.

—Asegúrate que entiendan la urgencia —dijo, dándose cuenta que esta instrucción era innecesaria. Seguramente, ella también enviaría un mensaje a su familia sin mencionárselo a él. Su hermano es un amigo cercano del padre, y agradecería estar informado de los acontecimientos.

Ella tomó ese comentario con calma y se limitó a asentir, mientras lo dejaba solo con su padre moribundo.

* * *

Los brazos reconfortantes de Niven evitaron que Willow se echara a llorar, mientras el carruaje viajaba a toda velocidad hacia Berkshire. Era imposible concebir un mundo sin su padre, pero el mensaje había sido claro: *“William Halstead se está muriendo”*.

—Espero que Ash vea la nota que le dejé —dijo ella por enésima vez.

—Vendrá —le aseguró su marido.

Era tentador replicar que su padre probablemente estaría muerto, cuando Ash volviera a casa. Tal vez ni siquiera encontraría la nota, si estaba ocupado metiendo, a escondidas, a cualquier mujerzuela, en la casa.

—Rapp se asegurará que lo sepa —destacó Niven, aliviando los frenéticos temores de ella. El leal mayordomo se quedaría despierto toda la noche, si fuera necesario para darle la terrible noticia.

Daisy los recibió, en el vestíbulo, cuando llegaron.

—Rowan está con él —explicó—. El médico no cree que mi suegro dure mucho más.

—Gracias al Cielo que mi hermano te tiene a ti para ayudarlo a afrontar esto —expresó Willow, mientras ella y su nueva cuñada compartían un abrazo reconfortante.

Entraron de puntillas en la silenciosa habitación del enfermo. El alivio y la angustia en el rostro de Rowan, cuando vio a su hermana, le partieron el corazón. Las lágrimas fluyeron, mientras hermano y hermana se abrazaban, ninguno de los dos era capaz de expresar su dolor. Cuando se separaron, Niven estrechó la mano de Rowan, lo atrajo hacia sus brazos y le frotó la espalda. A Willow nunca dejaba de sorprenderle, que esos dos hombres, que por derecho deberían ser enemigos acérrimos, se hubieran convertido en amigos íntimos.

Con el corazón acelerado, ella se acercó a la cama donde yacía su padre.

—Papá —susurró, oyendo solo el ruido en su pecho, como respuesta.

Ella buscó esperanza en los ojos del médico, quien se limitó a sacudir la cabeza y se negó a mirarla a los ojos.

Se sobresaltó, cuando su padre de repente le agarró la mano.

—¿Willow? —le preguntó con voz entrecortada.

—Papá —graznó, más que aliviada que él supiera que había venido—. Niven está conmigo.

—Por supuesto que lo está —expresó, mientras Niven ponía su mano sobre la de ellos—. Sé que cuidarás de mi pequeña.

—Puede contar con ello, Su Gracia.

—¿Están Ash y Thorne aquí?

Afortunadamente, una tos fuerte se apoderó de él, ahorrándole a Willow la necesidad de poner excusas por la ausencia de sus hermanos.

Con la ayuda de la enfermera, el médico administró una cucharada de líquido oscuro, que calmó rápidamente la agitación del paciente.

Él se sumió en un sueño profundo del que nunca despertó. En medio de la larga noche, Willow sollozó incontrolablemente, cuando el traqueteo cesó.

La solución de Niven

Rowan miró fijamente al hombre que le había dado la vida y mucho más.

—No te decepcionaré, papá —susurró, mientras besaba la frente de su padre.

—Él te amaba —dijo Daisy, mientras rodeaba la cintura de él con sus brazos, y apoyaba su cabeza en esa espalda.

—Hasta cuando estaba en mi punto más bajo, él nunca perdió la fe en mí —destacó, tragándose el nudo, que tenía en la garganta—. Él y Niven, juntos, me sacaron de mi pesadilla. Estaría muerto si no fuera por ustedes, papá y Niven.

Miró a su hermana, que sollozaba en brazos de su marido.

—Es una suerte que tengas a Niven para consolarte, porque estoy demasiado conmocionado como para ser de utilidad para alguien. —Incluso mientras pronunciaba esas palabras, supo que Daisy lo ayudaría a sobrellevar su dolor, y asumir su nuevo rol como duque de Withenshawe.

El médico le estrechó la mano y dijo:

—Permítame ofrecerle mis más sinceras condolencias, Su Gracia.

El desafío al que se enfrentaba Rowan de repente se volvió demasiado real. Apretó la mandíbula, cuando una conmoción, en el pasillo, rompió el silencio. La ira le oprimió la garganta, al ver a Ash, desaliñado, quien entró tambaleándose, en la habitación, y se inclinó sobre el cuerpo de su padre.

—Despierta, papá —instó—. Soy yo... Ash.

* * *

En su estado de ebriedad, Ash se dio cuenta, rápidamente, que su padre no podía reconocer su presencia. Con el rostro mojado por las lágrimas, Willow lo miraba como si tuviera dos cabezas. Niven sacudía la cabeza. Rowan tenía los puños apretados. Se avecinaban problemas y Ash no estaba en condiciones de lidiar con las recriminaciones. No se había dado cuenta que su padre estaba a las puertas de la muerte. ¿Era culpa suya haber llegado demasiado tarde?

Rowan era ahora el duque. El hermano de Ash no era un hombre paciente. La ira que deformaba su rostro no presagiaba nada bueno. Sería inútil ofrecer su ayuda para gestionar el ducado. Rowan siempre había dejado muy claro lo que pensaba de las capacidades de Ash. A veces, él tenía la sensación que Rowan finalmente había decidido no sucumbir a sus graves heridas solo para evitar que Ash heredara el título. Aunque él tampoco lo quería.

—¿Por qué no me mandaste el mensaje a mi club? —preguntó, cediendo a la agitación, que se agitaba en su estómago—. ¡Qué suerte que estuvieras aquí cuando falleció papá! Creí que estabas de luna de miel.

Daisy jadeó.

Ash lamentó haber molestado a su nueva cuñada, pero, ¿qué estaban haciendo los recién casados en la Abadía de Rochevaux?

—¡Ash! —exclamó Willow.

Para decepción de Ash, Rowan abrió los puños. Una buena pelea era quizás justo lo que necesitaba para aclarar las cosas, pero, al parecer, el nuevo duque había decidido recurrir a su sarcasmo habitual.

—A diferencia de ti, Daisy y yo estábamos preocupados por papá, así que paramos aquí de

camino a casa. Pensamos que nuestra visita podría animarlo.

—Obviamente te equivocaste —replicó Ash, señalando el cuerpo de su padre.

Dio un paso atrás, ridículamente complacido, cuando Rowan gruñó y levantó los puños.

Niven intervino:

—Detén esto. ¡Muestra algo de respeto!

Rowan se echó hacia atrás.

—Tienes razón. Tenemos un funeral que planear.

De repente, el dolor golpeó a Ash en el estómago. Su amado padre estaba muerto. Huyó de la casa y finalmente cayó de rodillas en el suelo, donde lloró hasta que no pudo llorar más.

* * *

—No sé qué hacer con Ash —admitió Rowan, mientras se dirigían al salón, y dejaban al médico y a la enfermera a cargo del cuerpo de su padre—. Se va a morir, poco a poco, bebiendo y prostituyéndose.

—Willow no te lo dirá —dijo Niven—. Ha empezado a traer mujeres a casa.

—¿A la casa adosada? —exclamó Rowan, ignorando la mirada severa que Willow le lanzó a su marido—. Entonces, las amenazas de papá de cortarle la asignación no surtieron efecto.

—Espero que no pienses que soy presuntuoso, pero las amenazas no le harán entrar en razón. Es necesario un cambio drástico.

—¿Qué sugieres? —preguntó Willow.

—Envíalo con mis hermanos en Escocia. Ellos se encargarán de él.

—¿Y qué hará allí? —preguntó Rowan—. Además de volverlos locos, igual que me está volviendo loco a mí.

—Tavish lo pondrá a trabajar en la destilería. Al final del día estará demasiado agotado, como para hacer otra cosa que no sea dormir.

Rowan tenía sus dudas, pero Daisy le había aconsejado que buscara la ayuda de Niven. Su cuñado tenía un don para ver la solución obvia a problemas complejos.

—¿Qué opinas, Willow?

—No creo que vaya por su propia voluntad —respondió ella.

—Lo hará si es la única manera de conservar su asignación —sugirió Niven.

El plan tenía sentido.

—¿Tus hermanos estarán de acuerdo?

—Escribiré una misiva mañana —respondió Niven.

* * *

Ash se despertó sobresaltado, llevándose la mano al cuello, que le dolía. Al principio, él no estaba seguro de dónde estaba, pero luego lo recordó. No estaba seguro de cuánto tiempo había dormido, pero la hierba sobre la que yacía estaba húmeda de rocío. El dolor y la conmoción lo habían agotado.

Las luces parpadeaban en la casa, lo que significaba que sus hermanos y sirvientes probablemente todavía estaban despiertos. Volver adentro significaría sermones y recriminaciones interminables. No podía culpar a Rowan y Willow. Ellos también estaban de duelo. Pero tenía que limpiarse y cambiarse la ropa húmeda, antes de enfrentarlos. En la luz gris del amanecer se dirigió a los establos, despertó a su cochero, y subió a su carruaje de regreso a Londres.

A pesar de estar acurrucado, en la manta de viaje, seguía temblando, al llegar a la casa. Nunca se había sentido tan solo, y maldijo a Thorne por abandonarlo, justo cuando más lo necesitaba.

* * *

Aliviado que Willow finalmente se hubiera quedado dormida en sus brazos, Niven recordó su larga relación con el duque de Withenshawe, un hombre al que debería resentir por el rol, que había desempeñado en su secuestro, junto con los tres árboles. Sin embargo, desde que su primo Kenneth le presentó al duque, Niven se había dado cuenta que William Halstead habría sido un mejor padre para él, que su difunto y poco lamentado padre.

Pero las lágrimas no derramadas le obstruyeron la garganta, por lo que giró de un lado, en la cama, para no despertar a Willow.

Cuando los hermanos King llegaron por primera vez a Londres, Kenneth les presentó a su colega duque, como un posible inversionista en su destilería, pero resultó ser mucho más que eso. Si bien era cierto que la familia Halstead se había beneficiado de la inversión en el whisky *Uachdaran*, más bien el transporte gratuito desde Dundee, proporcionado por Withenshawe Shipping, había contribuido, en gran medida, a las crecientes ganancias de la destilería.

El padre de Willow terminó comprendiendo que el secuestro había sido un intento tonto y desacertado de mantener separados a Niven y a su hija. Pero fue más allá de la aprobación de su matrimonio, y nombró a Niven copropietario de la compañía naviera. Había visto en él un potencial que ni siquiera el propio padre de Niven hubiera detectado. Él llegó a Londres, siendo un muchacho novato, que tendía a dejarse llevar por la estela de sus hermanos mayores. El hecho que le confiaron la gestión de los barcos de Halstead lo convirtió en un hombre.

—Gracias, Su Gracia —susurró él, en la oscuridad—. Te extrañaré.

Sin elección

Glengéarr, Escocia

Makenna Guthrie percibió la creciente irritación de su jefe, mientras él leía una carta de su hermano menor.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Se espera que mime a un Sassenach —respondió Tavish King.

Makenna se había hecho cargo de la contabilidad de la destilería de los hermanos King, cuando su prima se fue a Inglaterra y posteriormente se casó con un duque inglés. Catriona escribía cartas de chismes con regularidad, por lo que Makenna tenía una idea de las dificultades y tribulaciones, que habían acosado a los amigos y parientes ingleses de Cat. Su cuñada, Daisy, se había casado recientemente con un veterano de guerra herido, que tenía un hermano desobediente. Se preguntó si este réprobo Sassenach era el hombre sobre el que Cat había escrito.

—Un señorito, ¿puedes creerlo? —exclamó Tavish.

—¿Señorito? —preguntó Payton King, al entrar en la pequeña oficina, donde Makenna trabajaba en sus tareas.

Ella sentía un gran respeto y admiración por los hermanos King, al igual que todo Glengéarr y sus alrededores. Habían creado un próspero negocio de destilación del wiski de pura malta, incluso el más importante de toda Escocia. Los rumores confirmaban que el *Uachdaran* era la bebida favorita del Príncipe Regente, y además, él había otorgado un sello real de aprobación a la Destilería del Reino.

No era solo eso, las esposas de los King eran queridas y respetadas por los habitantes del pueblo, a pesar que una era inglesa y la otra española. Piper y Alba King se aseguraban que los trabajadores de la destilería y sus familias estuvieran bien cuidados, en caso de enfermedad o tragedia. Eran madres maravillosas y amorosas para la prole de pequeños King, que habían traído al mundo.

Tavish blandió la carta.

—Niven quiere que contratemos a uno de sus cuñados... Parece que Ash Halstead se ha vuelto loco y una temporada, en las Highlands, aparentemente lo hará entrar en razón.

—Es uno de los hijos del duque de Withenshawe, si no recuerdo mal —aclaró Payton.

—Sí... Lamentablemente, el duque falleció recientemente.

—Lamento oír eso —expresó Payton—. Era un buen amigo para nosotros y su gran inversión nos ayudó a mantener la destilería a flote, en un momento en el que necesitábamos efectivo.

—Sí. ¡Debemos nuestro éxito a su generosidad! Que descansa en paz. Rowan Halstead es ahora el duque, pero Niven es copropietario de la compañía naviera, lo que es un buen augurio para nosotros.

—Sí —convino Payton—. Withenshawe Shipping es la forma más fiable de transportar nuestro wiski hacia el sur.

—Confiable y libre —le recordó Tavish con una sonrisa.

Makenna recordaba a Niven King como un muchacho sin igual en lo que a gaitas y violín se refiere. Hacía mucho que se mudó a Inglaterra, y más tarde se casó con la hija del duque. Se

volvió famoso por tocar la gaita para mantener alta la moral en Waterloo, algo que era difícil de entender, ya que no era un soldado.

—Entonces, ¿dices que Ash Halstead es el cuñado de Niven? —preguntó ella.

—Sí —respondió Tavish—. Uno de los tres descarriados que lo secuestraron y lo llevaron a Flandes. Pero, no tenemos elección... Cuando la familia nos pide un favor...

Este aspecto de la vida de Niven era una novedad para Makenna. ¿Por qué le importaría un malhechor, que lo había expuesto a los peligros de la guerra?

Ella decidió mantenerse alejada del réprobo, cuando él llegara.

* * *

—Lo último que necesitamos, en Glengeárr, es un inglés censurado —le dijo Tavish a su esposa, después de explicarle el contenido de la carta de Niven.

—Tu hermano debe pensar que es una buena idea —expuso Piper—. De lo contrario, no lo habría pedido.

—Justo cuando buscamos expandirnos —dijo él—. El comercio se está abriendo, ahora que Napoleón ya no es una amenaza para la paz.

—Una razón más para contratar un par de manos extra —replicó ella.

—Sí, pero necesitamos trabajadores voluntariosos, no, un inglés mujeriego, que bebe demasiado... Queremos montañeses que necesiten el trabajo y aprecien el salario.

—¿Es un mujeriego? —exclamó ella.

—Niven lo insinúa, pero será mejor que Halstead mantenga sus manos y ojos, en secreto, cuando llegue aquí.

—Entonces, será mejor que lo mantengas alejado de la encantadora Makenna Guthrie.

Ese pensamiento preocupó a Tavish. Makenna era muy buena en su trabajo. No podía permitirse perderla ni tampoco quería verla lastimada.

—Sí —replicó, suavemente.

—¿Dónde se quedará? Aquí no tenemos espacio.

—Ya está todo arreglado —respondió él—. La tía Maureen y Jock van a volver a las Highlands. Ella confirmó que él puede quedarse en Lockie House.

—Bien. Tu tía es una persona maravillosa para tener como vecina. La he extrañado. Y no puedo imaginarme a Payton, aceptando que él esté cerca de Alba. Es probable que mate a cualquier hombre, que mire a su esposa con lujuria en los ojos.

Un escalofrío recorrió la columna de Tavish.

—Sí, y será mejor que él no abrigue esos pensamientos sobre mi esposa.

* * *

—Absolutamente, ¡no! —exclamó Ash, bebiendo de un trago todo el vaso de *Uachdaran*, que le había dado el lacayo.

—Aceptar ir a Escocia es la única manera de conservar tu asignación —respondió Rowan.

Todavía atormentado por la visión del ataúd de su padre, bajado a la tierra, ese mismo día. Ash señaló la opulenta decoración del salón de la Abadía de Rochevaux, mientras hablaba:

—Simplemente, quieres deshacerte de mí para poder tener todo esto para ti.

—En realidad, todo esto es mío —replicó Rowan—. El testamento de papá lo ratificó. Pero, sabes muy bien que nunca negaría a mis hermanos lo que les corresponde por derecho.

—Me estás negando mi asignación.

—No —resaltó Niven—. Te garantizo que tendrás el dinero, esperándote, cuando regreses de Glengeárr.

—¿Y cómo voy a vivir, mientras tanto?

—Tavish te pagará un buen salario.

—¿Salario? ¿Esperas que trabaje como... como...?

—¿Como yo? —preguntó Niven.

Ash estaba furioso. Se encontraba enojado con Rowan, pero la discusión se había convertido en un enfrentamiento con el esposo de Willow, un hombre que le agradaba y respetaba.

—¿No ves que Rowan solo quiere deshacerse de mí? Con Thorne todavía desaparecido, no hay nadie más que yo para vigilarlo.

—¿Crees que Niven, Willow y Daisy son incapaces de aconsejarme en mi nuevo rol? —preguntó Rowan.

—Es una oportunidad para que conozcas más sobre una de las inversiones más importantes de la familia —agregó Willow—, estamos haciendo esto para tu beneficio.

—Ya lo veo —replicó Ash, sarcásticamente.

La discusión se perdió. No le quedó otra opción que irse a Escocia. Nunca sobreviviría en Londres sin su asignación.

—Iré —concedió—. Pero no esperen que trabaje como un plebeyo.

—Te desafío a que le digas eso a Tavish, cuando llegues —destacó Niven.

Adiós Inglaterra

La mañana de la partida de Ash, Willow y Niven lo acompañaron hasta el carruaje, que lo llevaría a los muelles de Londres.

—Que el Señor te acompañe —dijo Willow, mientras lo abrazaba, claramente luchando por no llorar.

—Sí, buen viaje —añadió Niven, estrechándole la mano—, transmítele mis recuerdos a mi familia. Diles que los extraño. Espero que le des una oportunidad a las Highlands.

Ash no pudo responder. El resentimiento le ahogaba la garganta, mientras subía al vehículo. Lo iban a enviar al exilio, lejos de todo y de todos los que conocía. Se irritó cuando Rowan y Daisy subieron a bordo, después de él.

—¿Vienes para asegurarte que suba a la nave? —preguntó con sarcasmo.

Rowan sacudió la cabeza, y puso los ojos en blanco de esa manera tan molesta que tenía.

—En realidad, querido hermano, la madre y el padrastro de Daisy van a tomar el mismo barco a Dundee. Ella quiere despedirlos.

Acurrucado en un rincón del carruaje, Ash decidió no perdonar jamás a Rowan por esta farsa. No solo lo iban a enviar a un lugar remoto, sino que la anciana madre de Daisy y su marido escocés iban a ser sus perros guardianes. Maureen Graham podía ser la duquesa viuda de Ramsay, pero Ash era hijo de un duque, y él se aseguraría de no olvidar esto.

El carruaje de Ramsay los estaba esperando en el muelle. Recordaba vagamente haber conocido a los padres de Daisy, en la boda con su hermano, pero estaba tan molesto por la elección de Rowan, al nombrar a Niven como su padrino de boda, que apenas había prestado atención, a lo que estaba sucediendo. Un hombre debería nombrar a su hermano como su padrino de boda, no a su cuñado. Rowan afirmó que Niven y él habían forjado un vínculo especial durante la guerra, como si Ash y Thorne no hubieran soportado los horrores de Quatre Bras y Waterloo.

—Halstead —declaró una voz resonante, mientras Ash descendía del carruaje—. He oído que seremos compañeros de viaje.

Temiendo que el carnosos apretón de manos de Jock Graham pudiera romperle los dedos, Ash retiró la mano.

—Señor —dijo a falta de algo mejor que decir.

—Y él vivirá con nosotros en Lockie House —declaró su esposa, envolviendo a Ash en un abrazo—. Estoy deseando que seas nuestro invitado.

Temeroso que ese copioso pecho pudiera asfixiarlo, Ash levantó la cabeza.

—Su Gra-acia —tartamudeó.

—Tendrás que perdonar a mi esposa —dijo Jock Graham—. Cuanto más se acerca a Escocia, más habla como una escocesa.

—No es cierto —replicó ella, uniendo su brazo con el de Ash—. ¿Me acompañarás a bordo?

—Con mucho gusto, Su Gracia —se escuchó decir, mientras le ofrecía el brazo, perplejo, al darse cuenta que ya le había tomado cariño a la vieja.

* * *

Daisy nunca había disfrutado de una relación muy estrecha con su madre, hasta que comenzó la campaña para conquistar a Rowan.

—Te extrañaré —le dijo a su madre, mientras se abrazaban—. Pero, entiendo por qué quieres regresar a Escocia.

—Sí, debo confesar que el lugar de mi nacimiento me atrae.

Hubo un tiempo en el que Daisy no habría comprendido ese sentimiento. Después de pasar un tiempo en las Highlands, poco a poco, había empezado a apreciar a Escocia, y a su gente. Podría haberle transmitido lo mismo a Ash, si no hubiera sido por su determinación de enfurruñarse, durante la media hora que pasaron todos juntos despidiéndose. Su resentimiento hacia Rowan y ella era comprensible. Solo podía esperar que finalmente se diera cuenta que era mejor alejarse de las tentaciones de Londres.

Jock y su madre acompañaron a Daisy y Rowan, a la terraza, para una última despedida.

—No te preocupes por Ash —le dijo Jock a Rowan, mientras se estrechaban la mano.

—Sí —convino la madre de Daisy—. Lo vigilaré, aunque espero que Tavish y Payton pronto lo pondrán en el buen camino.

—Gracias a los dos —replicó Rowan—. Ojalá no se hubiera negado a estrecharme la mano. Solíamos ser muy cercanos, ¿lo sabían?

Daisy y su madre intercambiaron una mirada de complicidad. Ambas se dieron cuenta que la pierna amputada de Rowan no era la única herida que había sufrido.

—Haré lo que pueda para arreglar las cosas —le susurró su madre.

* * *

Mientras el *Knotty Pine* se alejaba del muelle, Ash apretó la mandíbula. No se le había escapado de la mente, que se trataba de la misma goleta que lo había llevado a él, a sus hermanos y a un cautivo, Niven, a Flandes. En ese entonces, poco sabían de lo que les deparaba la vida.

Thorne, Rowan y él habían dejado Inglaterra como compañeros de armas. Ahora, Thorne había desaparecido y Ash ni siquiera se atrevía a estrecharle la mano a Rowan, cuando se despidieron. Waterloo le quitó la pierna a Rowan, obligó a Thorne a huir a los confines del mundo, y enfermó a Ash hasta el punto que había perdido el interés en todo, excepto en los licores y los juegos, en la cama. Ver a su familia desmoronarse sin duda había contribuido al deterioro de la salud de su padre.

Jock se acercó a Ash, en la barandilla.

—No te preocupes. Es solo por un ratito —dijo, poniendo su fornido brazo sobre los hombros de Ash.

—El viento —mintió Ash, secándose las lágrimas.

—Vaya, qué brisa más ligera. Espera a que experimentes los gélidos vientos, que soplan desde los Cairngorms.

—No puedo esperar —respondió él con el corazón cargado de temor.

Un sombrero de copa

—No —insistió Payton—. No puedo ir a Dundee ahora. Nuestro bebé podría llegar en cualquier momento. Mi esposa me necesitará.

—Sobre todo porque fuiste de gran ayuda con los dos primeros niños —respondió Tavish sarcásticamente.

Makenna observó ese intercambio, sonriendo. En Glengeárr era bien sabido que Payton se había desmayado, cuando Alba empezó a sufrir dolores de parto y que solo recuperó la consciencia, después que los bebés nacieron sanos y salvos.

—Desafortunadamente —le recordó ella a Payton—. Tu hermano está en la misma situación, aunque creo que a las dos esposas les faltan semanas para dar a luz.

—Sí —suspiró—. Pero...

—Pero no me desmayaré cuando llegue el momento de Piper —replicó Tavish.

—Muy gracioso. —Payton hizo una mueca.

—¿Podrías enviar a Donal y Liam a buscar a tu tía y a Lord Ash? —sugirió Makenna.

—No puedo prescindir de dos hombres de la cosecha —respondió Tavish—. Les prometí que podrían trabajar en los campos de Dalwhinnie.

Makenna sabía muy bien que era una época importante del año para la destilería. La cosecha de cebada no sería abundante este año, gracias al clima más fresco del verano, por lo que cada grano sería necesario para satisfacer la creciente demanda de *Uachdaran*.

Un escalofrío le recorrió la espalda, cuando los hermanos dirigieron su atención hacia ella.

—No, no puedo ir.

—¿Por qué no? —preguntó Tavish—. Ya has ido antes, a entregar cargamentos en los muelles de Dundee.

—Sí, pero...

—Y eres más que capaz de manejar el equipo que tira del carro —dijo Payton.

—Pero...

—Está decidido —declaró Tavish—. La tía Maureen estará encantada de verte.

—¿Y qué pasa con el inglés mujeriego? —preguntó ella.

—¡Oh! Con nuestra tía estarás muy segura —respondió Payton.

Makenna no podía responder que no podría estar lo suficientemente segura. Al final tendría que encontrarse con el señor inglés, pero pasar dos días en el camino con él era como una roca contra la que podría hundirse.

* * *

Ash podría haber sabido que llovería a cántaros, cuando el *Knotty Pine* atracó en Dundee. Había estado mareado, durante gran parte del viaje desde Londres. El agitado Mar del Norte no se parecía en nada al Canal de la Mancha, en el día que había navegado hacia Flandes. Se habría sentido completamente miserable, si no fuera por los cuidados que le había brindado la duquesa viuda. Le preparó un té suave, vació su cuenco para vomitar y le secó la frente con paños fríos. Insistió en que la llamara tía Maureen. Al principio, él se mostró reacio, pero luego decidió que no había nada de malo en complacer a la mujer, en cuya casa se alojaría. Nunca había tenido una tía, y era agradable tener a alguien que lo cuidara.

Él permaneció bajo la cubierta, tanto tiempo como pudo, pero se vio obligado a salir, cuando Jock llamó a la puerta de su camarote.

—¡Ánimo, Ash! —gritó—. Makenna está aquí para llevarnos a casa.

Irritado por no haberle dado permiso al escocés para usar su nombre de pila, siguió a Jock hasta la cubierta, mirando a través de las láminas de agua para ver a ese tipo MaKenna y el carruaje que los esperaba.

La tía Maureen saludaba frenéticamente a una figura desaliñada, que se encontraba de pie, junto a un grupo de caballos de tiro, enganchados a un carro. Envuelto en impermeables húmedos, podía ser tan viejo como las montañas o un joven.

—¿A quién saluda la tía Maureen? —le preguntó a Jock.

—Te lo dije, Makenna vino a nuestro encuentro.

A Ash se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Ha venido en un carro? —susurró—. Nos vamos a mojar.

—No. Habrá traído una lona para protegernos del frío.

Ash temía estar volviéndose loco. ¿De verdad esperaban que viajara durante dos días, bajo una lona, en un carro destartado? Pero, entonces se dio cuenta de lo que realmente había dicho Jock.

—¿Ella?

* * *

Empapada tras esperar más de una hora en el muelle, Makenna no estaba de humor para tener paciencia con los malos modales del inglés. Tan pronto como desembarcó, e incluso antes, que los presentaran, él se quejaba del carro.

—Escocia no es el lugar para estar, si no quieres mojarte —declaró ella, en respuesta.

Probablemente, la capa de aspecto costoso de Ash era lo suficientemente resistente como para mantenerlo seco, en su mayor parte, pero el ridículo sombrero de copa no resistiría mucho bajo la lluvia torrencial.

Lady Maureen, que evidentemente percibía su irritación, intervino:

—Lord Ash Halstead, te presento a Makenna Guthrie, prima de mi nuera, Catriona, y contadora de la Destilería del Reino.

—Encantada de conocerte —susurró ella, moleestamente consciente, que debía parecer una rata ahogada, ante él, y sin estar segura por qué eso le importaba—. Ahora, ¿podemos subir a bordo?

—¡De ninguna manera! —exclamó Halstead—. Mi equipaje aún no ha sido descargado y deberías dirigirte a mí como milord.

Sintió la tentación de responder con el sarcástico ingenio, que la había hecho famosa, pero decidió dejar que Tavish y Payton se ocuparan de su sentido de la justicia.

—Ve a buscarlo, entonces —dijo, satisfecha, cuando él gruñó, antes de regresar al muelle, donde los hombres estaban descargando la mercancía.

Ella reprimió las ganas de reírse, cuando los trabajadores del muelle se burlaron de ese sombrero de copa, y se negaron a llevar su equipaje al carro. Jock Graham lo ayudó a cargar media docena de baúles pesados. Ella disfrutó mucho diciéndole que tendría que dejar atrás, al menos un baúl, ya que ahora no había espacio para los pasajeros.

* * *

Ash, furioso, se dio cuenta que no ganaría una discusión con esa mujer testaruda, en su propio terreno. Era evidente que los escoceses no respetaban el rango. Su ayuda de cámara había preparado sus maletas, así que: ¿cómo iba a decidir qué dejar en los muelles? Además, ¿qué clase de mujer conducía un carro y trabajaba en el puesto de un hombre? ¿Una empleada doméstica? Nunca había oído hablar de algo así.

Apostaría a que una rápida lectura de los libros de contabilidad revelaría múltiples errores. Era de conocimiento público que el sexo débil no podía manejar números.

Tampoco era su tuviera intención degradarse, haciendo trabajos de oficina, aunque la inversión de su familia en la destilería podría justificarlo.

¡Qué tontería! Llevaba menos de una hora en Escocia, y las cosas ya parecían ir mucho peor de lo que había imaginado.

Bienvenido a las Highlands

En lo que a Makenna respecta, lo único bueno de los dos días, que pasó viajando hasta Glengeárr, fue que dejó de llover después de las primeras tres horas. No obstante, este tiempo fue suficiente para que el sombrero de copa de Lord Ash se empapara. Y él lo arrojó a la basura, en un ataque de ira.

Eso era típico de la nobleza. El sombrero nunca recuperaría su forma original, pero podría salvarse. Aunque él no estaba seguro por qué, sabía que ningún montañés usaría algo tan poco práctico. Halstead no dudó en tirarlo.

—Lo que viene fácil, se va fácil —le comentó a Jock.

—Sí —replicó él—. Ya aprenderás.

—Tengo mis dudas —expresó ella—. Te llevó media hora decidir qué baúl dejar atrás.

—Podríamos haber hecho espacio, ¿sabes? —dijo él con un guiño.

Ella podría haberle dicho que estaba consciente de esto, pero...

Había traído una tienda de campaña lo suficientemente grande para acomodarlos a todos, cuando acamparon cerca de Dunkeld, en la primera noche. Halstead se negó a creer que no había ninguna posada, donde pudieran quedarse, y se fue a buscar una. Cuando regresó sigilosamente al campamento, Jock y ella ya habían armado la tienda, encendido un fuego, y preparado los conejos, en el asador.

Ash pasó la noche, acurrucado en su capa, junto al fuego, mientras todos los demás dormían en lechos de brezos secos.

Cuando llegaron al patio de Lockie House, la tarde siguiente, él había caído en un trance hosco, lo que confirmó su opinión que él era su peor enemigo, y que no valía la pena el tiempo y el esfuerzo, que Tavish y Payton se verían obligados a dedicarle.

* * *

Ash no durmió bien en el barco y tampoco pudo hacerlo, durante la noche anterior, en el bosque. Cuando el carro se detuvo, a última hora de la tarde, Ash salió de su estupor y miró con incredulidad la casa de la tía Maureen.

Él asumió que la duquesa viuda viviría en una mansión similar a la Abadía de Rochevaux. En cambio, aparentemente, iba a alojarse en lo que solo podría describirse como una antigua casa de campo.

—Aquí estamos, por fin en casa —proclamó ella, mientras su marido la bajaba.

—Sí —respondió él con igual entusiasmo—. Bienvenido, milord —dijo, extendiendo una mano hacia Ash, cuando su esposa se apresuró a abrazar a los trabajadores que aparecieron en la puerta. Al menos, Ash supuso que el hombre y la mujer mal vestidos eran sirvientes. ¿Los escoceses no proporcionaban a los criados una librea decente?

—¿Esta es Lockie House? —preguntó Ash, ofendido, cuando la mujer Guthrie resopló.

Al menos, pronto se librarían de aquella molesta moza, aunque reconocía que había controlado bien a los caballos, en algunas partes difíciles del viaje. Pocas mujeres, que conocía, podían montar un campamento en poco tiempo. De hecho, no podía pensar en una sola mujer noble, que no se desmayara, ante la mera sugerencia que debía encargarse de transportar pasajeros y equipaje, a través de millas de terreno accidentado. Hasta la formidable Hatty se

opondría a hacer todo esto.

Era extraño que no hubiera pensado en Hatty hasta ahora. Comparada con la robusta y hábil Makenna, Hatty era una...

Un fuerte estruendo lo sacó de su ensoñación. La mujer Guthrie estaba sacando sus pechos del carro. Aunque estaba furioso porque aparentemente a ella no le importaba que sus pertenencias resultaran dañadas, se dio cuenta que esa mujer era más fuerte de lo que parecía. De hecho, una vez que dejó de llover, el primer día, él se sorprendió cuando esos cabellos empapados se secaron hasta adquirir un tentador tono rojizo. ¿Quién habría sospechado que una mujer, hermosamente formada, acechaba debajo del sudario de hule, o que esa arpía despertaría el interés de su polla? ¿Un día, quizás lo haría con ella?

Se sacudió esa idea absurda de la cabeza, cuando el último cofre se estrelló contra el suelo, y la exasperante pelirroja animó al carro, a ponerse en movimiento.

* * *

—Esto es un gran error —le dijo Makenna a Tavish, cuando él apareció en los establos, detrás de la destilería.

—Cuando los vi regresar con el carro, vine a ver cómo les fue en el viaje, pero...

—¡Imposible! —declaró ella—. No durará ni una semana aquí.

—Entonces, ¿cómo están mi tía y Jock? —preguntó, evidentemente sin querer escuchar sobre las experiencias con Ash Halstead.

—Están bien. Fue genial volver a verlos, pero...

—Bien, bien, gracias de nuevo por ir a recogerlos. Estamos avanzando a buen ritmo con la cosecha.

—Y sin duda estarás agradecido que haya llevado un cargamento de barriles a los muelles de Dundee —le recordó.

—Sí. Gracias por eso también.

—Es obvio que no quieres oír hablar del señorito.

Él se encogió de hombros.

—Lo conoceré pronto —replicó—. Debemos hacer concesiones por el momento. Él no quería venir aquí y no lo culpo... Yo me enojaría si me obligaran a dejar repentinamente las Highlands para mudarme a Londres.

—Supongo —convino ella, sintiendo de repente remordimiento. No había hecho nada para que Halstead se sintiera bienvenido—. Pero tengo la intención de mantenerme lo más lejos posible de él.

* * *

—¡Tonterías! —se maldijo Ash por enésima vez, mientras luchaba con su corbata sin la ayuda de un espejo. Llevar sus baúles hasta el dormitorio del ático había agotado lo que le quedaba de energía. Se arruinó las uñas, tratando de abrir las tapas de dos baúles, que se atascaron, gracias a que cierta persona Guthrie los lanzó bruscamente del carro. Finalmente, encontró el atuendo apropiado para la cena, a la que Lady Maureen insistió que asistiera. Pero, como estaba acostumbrado a que lo vistiera un ayuda de cámara, finalmente, perdió la poca paciencia, que le quedaba, y casi se echó a llorar.

Esa fue la gota que colmó el vaso. ¡Maldita sea! No le daría a esos escoceses la satisfacción de saber que había lloriqueado como un niño.

Con la esperanza que la corbata estuviera razonablemente atada, miró con nostalgia el catre, que ocupaba la mayor parte de la llamada alcoba. Excepto durante la guerra, nunca había dormido en una cama tan pobre, pero el sueño lo llamaba. Cuadrando los hombros, se dispuso a buscar el comedor, esperando que Jock tuviera un sótano decente. No había bebido desde que tomó un trago de ruina azul, en la miserable posada, que encontró en Dunkeld.

Se detuvo a mitad de las escaleras, que crujían, cuando vio a Jock, esperándolo en el pasillo. El escocés se había cambiado de ropa de viaje, pero su atuendo de tweed parecía más adecuado para un paseo por el campo. El rostro de su anfitrión se ensombreció, cuando vio el traje formal de Ash.

—Debería haberte mencionado que no nos vestimos para la cena. Encontrarás una vida más informal aquí, en las Highlands.

Ash casi se echó a reír a carcajadas, pero su mal humor regresó, cuando Jock lo condujo a una espaciosa cocina, y lo invitó a sentarse por la antigua mesa, que ocupaba la mayor parte de la habitación. Lady Maureen hizo un gesto hacia un viejo, que podría desplomarse en cualquier momento.

—Mi hermano, Gregor —dijo.

—Señor —respondió Ash con un gesto cortés, recibiendo solo un gruñido como respuesta.

Después de sonreírle con sorna, los dos sirvientes, que él había visto antes, dejaron varias sopas de comida sobre la mesa. Los aromas eran tentadores, pero Ash apretó los puños, cuando los criados se sentaron en las dos sillas vacías. La petición de Jock que todos inclinaran la cabeza, en oración, cortó la objeción que estaba a punto de expresar. Jock pronunció una oración de agradecimiento por el regreso a casa, sanos y salvos. Y Ash rezó por su liberación del infierno, en el que había sido arrojado.

Día uno

Tavish sabía que no debía esperar que Ash Halstead apareciera en la destilería dispuesto a trabajar.

—Si el lord cree que se va a quedar sentado, sin hacer nada, está muy equivocado —le dijo a Piper, mientras la familia desayunaba—. No disfruto de la tarea, pero Niven espera que convierta a un holgazán infeliz en un ser humano decente y agradable.

—Payton te ayudará, por supuesto —replicó ella—. Tu hermano sabe lo que significa trabajar duro, y tiene poca tolerancia con los que saltan las reglas.

—Tú y Alba están muy involucradas, en la vida del pueblo, y son una buena influencia. Pero, nunca aceptan un “no” por respuesta.

—Solo podemos intentar hacer lo mejor que podamos —afirmó.

—Hagamos nuestro mejor esfuerzo —dijo el pequeño Munro.

Tavish y Piper sonrieron. Su hijo mayor repetía a menudo las sabias palabras de su madre.

—Me preocupa Makenna —susurró.

Ella asintió con la cabeza.

—Parece que Halstead y ella empezaron con el pie izquierdo.

—Sí. Es una lástima.

—¿Quién es Halstead? —preguntó Munro.

—Un amigo del tío Niven, que se queda con la tía Maureen —explicó Tavish.

—¿Por qué es una lástima? —susurró Piper—. Seguramente no querrás que ella caiga presa de ninguna treta, que un *floundering* Halstead pueda tener en mente.

—¿Qué es *floundering*?

Tavish puso los ojos en blanco. Su hijo tenía orejas grandes, pero ya había perdido el interés en la conversación, y se puso a regañar a su hermana.

—No, pero, Makenna es una chica inteligente, que sería una buena esposa para cualquier hombre.

Piper le entregó la cesta de huevos duros, pan casero y queso para su comida del mediodía.

—Ella nunca ha mostrado mucho interés por ninguno de los pretendientes locales.

—Estoy esperando a que aparezca el hombre adecuado —sugirió él—. De dónde no sé.

—Dudo que Ash Halstead sea ese hombre —negó ella con la cabeza.

—Sí —suspiró él, mientras besaba a su amada esposa y a sus hijos para despedirse, antes de partir para enfrentarse a Halstead, en Lockie House.

* * *

Contrariamente a lo esperado, Ash durmió bien. Estaba profundamente dormido, cuando Jock tocó su puerta.

—Despierta, despierta. Levántate y brilla. Tavish te estará esperando temprano.

Ash abrió un ojo con cautela, sin poder creer que todavía estuviera oscuro. Nunca en su vida se había levantado, antes del amanecer, salvo cuando estaba en el ejército. Aquel lugar primitivo y apartado estaba muy lejos de la vida militar. La gente allí comía con sirvientes. Nadie parecía saber cuál era su lugar.

Dio la vuelta y se estaba quedando dormido, cuando alguien abrió la puerta de golpe con

tanta fuerza, que retumbó contra la pared. Listo para darle una lección a quienquiera que hubiera entrado, se sentó. El gesto se apagó en sus labios. No había duda de la impaciencia en el rostro de Tavish King. El escocés mandaba allí. Incluso el difunto padre de Ash había admitido que se sentía intimidado por él.

—Perdóneme, Su Señoría —dijo King con las manos en las caderas—. Tenía la impresión que vendrías con nosotros a la destilería, esta mañana.

—Pero...

—Estoy seguro que deseas aprender todo lo que puedas sobre el negocio, que le genera a tu familia una buena cantidad de dinero.

—Sí, pero...

—¿Dormiste bien?

—Sí, supongo que por el cansancio, después del largo viaje —respondió, sorprendido por esa inesperada y cortés pregunta.

—¡No! —exclamó Tavish—. Es el aire fresco de las Highlands lo que proporciona a un hombre una buena noche de sueño. Ahora, ¿puedo pedirte que salgas de la cama y me acompañes a la destilería?

Tavish cruzó los brazos sobre el pecho con la clara intención de quedarse, en la habitación, hasta que su víctima se levantara. Mientras salía a regañadientes del cálido capullo de sábanas y mantas con olor fresco, Ash se preguntó, si alguna vez ganaría una discusión con un escocés.

* * *

Después del largo y exasperante viaje a Dundee y de regreso, Makenna se despertó, deseando poder quedarse en la cama, especialmente porque el inglés vendría a la destilería ese día.

En realidad, esto no importaba. Ella trabajaba en los libros de contabilidad, en su propio pequeño dominio. Halstead estaría ayudando a Tavish, Payton y los demás empleados en la parte principal de la destilería. Al menos, esa era la teoría. Quedaba por ver si ese lord, realmente hacía algún trabajo. Hasta donde ella sabía, él fue un oficial del ejército británico, lo que probablemente significaba que estaba acostumbrado a dar órdenes, mientras otros las cumplían.

—¿Tavish aún no está aquí? —le preguntó a Payton, cuando llegó a la destilería, después de comer apresuradamente un plato de avena.

—Fue a buscar a Halstead —respondió.

—¿Qué planeas que haga hoy?

—Vamos a estar trabajando en la cebada malteada. Eso debería mantenerlo ocupado por un día o dos. En unos días, lo tendremos en el pantano, recolectando turba.

Ella levantó la vista bruscamente. Seguramente, él estaba bromeando.

—¿Están cavando turba? —exclamó, casi decepcionada cuando él le guiñó el ojo. Ash Halstead se lo merecía, si lo sujetaban hasta las axilas, en esa porquería.

* * *

Siguiendo los pasos de Tavish, Ash entró en la Destilería del Reino. Había oído hablar mucho de ese lugar histórico de boca de su padre. El recuerdo le apuñaló el corazón, pero le sirvió de consuelo saber que su padre se alegraría de verlo allí.

Hizo una pausa e inhaló los distintos aromas.

—Sí, muchacho, llénate los pulmones —le aconsejó Tavish—. Es el olor del mejor whisky

del mundo.

El escocés tenía derecho a estar orgulloso de su producto, destilado aquí, en una zona remota de Escocia.

—Debe haber llevado años de trabajo duro convertir a *Uachdaran* en el wiski de pura malta tan valorado que es hoy.

—Sí. —Tavish lo miró con curiosidad, evidentemente tan sorprendido por su comentario como él—. Destilar wiski no es para los débiles de corazón.

—Es cierto —convino un recién llegado, entregándole una pala a Ash—. También puedes quitarte el abrigo.

—Payton, mi hermano —explicó Tavish—. Te ayudará a convertir la cebada en malta.

—No lo entiendo —respondió Ash—. ¿Hay que revolver la cebada?

—Sí —respondió Payton—. La revolvemos con palas, mientras se está malteando. Es solo uno de nuestros pequeños secretos.

—Entonces, ¿debo usar esta pala para hacer eso?

—Ahora lo entiendes —respondió Tavish—. Lástima por tus botas.

Ash miró el reflejo de su propio rostro, mientras estaba vestido con sus mejores arpilleras.

—¿Mis botas?

Con las palas en la mano, los hermanos King se alejaron entre risas sin responderle. Pensaron que no estaría dispuesto o no sería capaz de hacer el trabajo.

—Les mostraré —gruñó él, mientras se quitaba el abrigo y los seguía.

La primera prueba

Payton y Tavish hicieron una pausa en sus labores, por primera vez en horas, y se quitaron las camisas. Sudando profusamente y muerto de sed, Ash aceptó con gusto el odre de agua, que le ofreció Tavish. Después de beber unos cuantos tragos, se quitó su propia camisa empapada, consciente que debía parecer un debilucho, en comparación con los musculosos escoceses. Se había quitado las botas arruinadas, después de la primera hora. Ahora, brotes de cebada asomaban entre sus dedos de los pies, pero los mismos habían adquirido un extraño tono marrón.

Nunca había hecho tanto trabajo manual en su vida. Todos los músculos de su cuerpo gritaban su objeción a la repetición de agacharse, palear y tirar la tierra, pero se sentía extrañamente satisfecho. Había seguido el ritmo de los expertos, aunque los tres habían trabajado, en menos de la mitad de la extensa planta de malteado.

—Es hora de comer —declaró Tavish.

Él y su hermano se dirigieron a sentarse en un muro, bajo al costado del cavernoso salón, y gritaron algo, en una lengua extranjera, que Ash pensó que podría ser gaélico. Se sentó junto a ellos, en el muro, suponiendo que aparecería un trabajador con comida.

Apretó la mandíbula, cuando la problemática pelirroja entró en el pasillo, con tres pequeñas cestas, colgando de sus antebrazos.

Le entregó una canasta a Tavish y luego otra a Payton. Cuando llegó el turno de Ash, le arrojó la tercera cesta, diciéndole:

—Lady Maureen te envió esto.

Ella estaba de mal humor y lo miraba con enojo, pero era evidente que no le gustaba estar esperándolo. No se dio cuenta que sus labios fruncidos, sus ojos brillantes y el profundo rubor hicieron que la polla de Ash se pusiera en pie. Él no había pasado por alto su observación anterior de imaginarse ese pecho desnudo. El dolor de él se intensificó, cuando ella giró sobre sus talones y se fue con la nariz en el aire, balanceando las caderas.

Ash se dio cuenta que Tavish lo miraba con los ojos entrecerrados.

—Ni se te ocurra pensar en eso —le advirtió el escocés.

* * *

Makenna se enfrió la cara con las manos, dejándose caer en la silla de su pequeña oficina.

—Debo estar enferma de algo —murmuró—. Me contagié de una enfermedad nociva, durante el viaje.

Ella se rió entre dientes. La única cosa nociva que había traído a Glengeárr era Ash Halstead. Pero, ¡ay! Él tenía un cuerpo hermoso. No era tan ancho ni tan musculoso, como Tavish y Payton, pero no había ni una pizca de grasa, en su delgada figura. Ella entendía que había llevado una vida de excesos, pero su torso no mostraba ningún signo de ello. La disciplina del ejército debía haberlo mantenido en forma.

Con los puños apretados, volvió a centrar su atención en los libros de contabilidad, pero las cifras flotaban, ante sus ojos. Todo lo que podía ver era el sudor, que cubría el cuerpo de Ash Halstead y la cebada que brotaba de sus largos dedos de los pies. Era ridículo estar preocupada por un hombre que ni siquiera le gustaba.

Pero evidentemente él había trabajado duro, algo que ella dudaba que normalmente se

dignaba a hacer.

* * *

Las sombras se estaban alargando, cuando ellos terminaron de dar vuelta, a toda la cebada esparcida en el suelo de malteado. Ash obtuvo una gran satisfacción por la evidente sorpresa en las caras de los hermanos King. Él también estaba asombrado. A medida que avanzaba la larga tarde, hubo momentos en que se sintió tentado de darse por vencido, pero se mantuvo firme. No se había cuidado desde que regresó de Francia, pero la vida en el ejército debió haberlo endurecido.

—Lo hiciste bien —declaró Tavish, extendiéndole una mano.

Ash sospechaba que este escocés rara vez hacía cumplidos, así que aceptó el apretón de manos.

—Gracias —dijo—. ¿Mañana a la misma hora?

—Sí, la misma tarea —respondió Payton.

El ánimo de Ash se desplomó, pero estaba decidido a no mostrar su consternación.

—Nos vemos mañana, entonces.

* * *

—Creo que casi lo matamos —dijo Tavish, después que Halstead se fue.

—Casi nos matamos en el proceso —concluyó Payton—. No creo que nunca hayamos realizado una maltería entera, en un solo día.

—Él no tiene por qué saber eso —expresó Tavish con una sonrisa pícaro—. Haremos que algunos de los muchachos colaboren mañana.

—Bueno, voy a casa, a tomarme un baño caliente.

Makenna, lista para irse, se rió entre dientes. Dudaba que Tavish y Payton se dieran cuenta que sus voces llegaban hasta donde ella estaba. Aparentemente, Ash Halstead había aprobado la primera prueba.

Apagó la vela de su despacho y salió al exterior, deseando haberse quedado adentro, cuando se dio cuenta que Halstead estaba afuera, mirando la luna.

—Buenas noches, señorita Guthrie —dijo cortésmente.

Sin estar segura si le estaban tomando el pelo, replicó:

—Buenas noches, milord.

—Me puedes llamar Ash.

Reprimiendo una ridícula sensación de decepción porque él se había vuelto a poner la camisa, ella frunció el ceño.

—No creo que sea buena idea usar nombres de pila —dijo, sonando mojigata para sus propios oídos. Aunque él había aprobado la primera prueba de los King, así que: ¿por qué no podía darle el beneficio de la duda?

—Como lo desees, señorita Guthrie.

Esta vez, el inconfundible sarcasmo la dejó con una sensación de estupidez. Él le había ofrecido una rama de olivo, y ella se la había arrojado a la cara. Pero una muchacha nunca puede ser demasiado cuidadosa con un mujeriego.

Ella se puso el chal de lana sobre los hombros, y se apresuró a ir hacia su cabaña.

* * *

Ash observó a la petulante pelirroja desapareciendo en la penumbra. No estaba seguro de por qué le había permitido decir su nombre de pila. Cualquiera que fuera la razón, ella se lo había echado en cara. Debería mantenerse alejado de ella. Tavish no había tenido reparos en decirlo. Sin embargo, había algo en ella que lo atraía.

—Es como una polilla a la llama, idiota —susurró.

No tendría sentido seguir persiguiéndola, salvo que tal vez pudiera terminar en su cama.

—Lo dudo —murmuró—. Ella es del tipo que solo se entrega a un marido, en su noche de bodas. Apuesto a que la gente de este pueblo no ve con buenos ojos a las muchachas, que se quedan embarazadas sin el beneficio del matrimonio.

Ash nunca había pensado mucho en el matrimonio, y ciertamente no podía casarse con una plebeya tan enredada, y además, ella era una escocesa.

Esa verdad lo dejó extrañamente desanimado, mientras emprendía el camino hacia Lockie House.

La atracción

Makenna se repetía, una y otra vez, que esto era una tontería, pero aún así entró de puntillas en el salón donde los hermanos King, Halstead y cuatro muchachos estaban revolviendo la cebada para maltear por segundo día. El clima más cálido los había obligado a quitarse las camisas, después de solo una hora.

Tavish y Payton eran dos hombres muy atractivos, anchos de hombros y pecho, y estrechos de caderas. Entendía perfectamente por qué sus esposas los amaban, pero no se sentía atraída por ellos de esa manera. Los muchachos eran chicos de la zona con caras llenas de granos, hijos de empleados de toda la vida. Los conocía desde que eran unos niños y no estaba ni remotamente interesada en ellos. Por otro lado, cuando observó a Ash Halstead, sintió un hormigueo en los pezones, y un dolor peculiar le floreció en un lugar innombrable. Se había equivocado al pensar que él no era fuerte. No tenía músculos abultados como los hermanos King, pero había poder en su torso delgado y fibroso.

Desde su posición privilegiada, detrás de una columna, solo le veía la espalda. Sintió una necesidad insana de recorrer su columna con un dedo, y luego lamer ese sudor. Apostaría a que tendría un sabor salado.

Si se quitaba los pantalones, estaba segura que vería músculos en los muslos, que protestaban por el confinamiento de la tela, cada vez que se agachaba para recoger otra palada de cebada. En cuanto a su atractivo trasero y lo que pudiera esconderse debajo de los pliegues de sus pantalones...

—¡Cielos! —murmuró, mientras el calor inundaba su cuerpo—. ¿Qué me pasa?

Para su consternación, el estallido atrajo la atención de los hombres.

—¿Hay algo que necesites, muchacha? —preguntó Tavish.

Sorprendida y sintiéndose un poco mareada, intentó frenéticamente organizar sus pensamientos.

—No. Solo me preguntaba si están listos para comer.

Payton frunció el ceño.

—Seguro que todavía no es mediodía, ¿no?

—Eh... no... lo sie-ento —tartamudeó, mientras huía de regreso a su santuario.

* * *

Ash estaba seguro que Makenna Guthrie no solía colarse en el salón de malteado para observar subrepticamente a Tavish y Payton. No era del tipo de mujer, que deseaba a los hombres casados ni los jóvenes le interesarían. De ahí que quisiera observarlo a él.

En su experiencia, solo había una razón por la que las mujeres miraban a hombres semidesnudos: Makenna lo deseaba. Al menos, quería volver a ver su cuerpo.

Tal vez no era la mujer casta, que él había pensado, aunque esa posibilidad no le parecía bien. Tavish la protegía, y los hombres no protegían a las mujeres de moral relajada.

Probablemente, ella tenía miedo. Sin duda, cuidaba su reputación. Tal vez, si llegaba a conocer al verdadero Ash, que no era un borracho mujeriego, al menos podría verlo como a un amigo.

Continuó trabajando con la pala, albergando la esperanza que el trabajo alejara la realidad

de su mente y, por ende de su pene. Quería algo más que amistad de Makenna, así que no sería prudente perseguirla... Pero no podía evitar hacer esto.

—¿Crees que la señorita Guthrie se opondría, si echo un vistazo a los libros de contabilidad? —le preguntó a Tavish, cuando se sentaron a disfrutar del almuerzo.

Tavish entrecerró los ojos.

—No lo apreciará.

—Bueno, es solo para tener una idea de cómo funciona el negocio: ingresos, gastos, y todo lo demás... Después de todo, soy un inversionista.

Si bien esto no era estrictamente cierto, Tavish no sabía que Ash no había invertido personalmente ni un penique en la Destilería del Reino.

—Tendrás que preguntárselo —dijo Payton—. Pero dudo que esté de acuerdo.

Cuando Ash vio que la Caballería francesa cargaba contra él en Waterloo, se le revolvió el estómago. Esa misma sensación de fatalidad inminente le hizo un nudo en las entrañas. El gran mujeriego temía que Makenna Guthrie le negara la oportunidad de pasar tiempo con ella.

* * *

—¿Leer los libros? —exclamó Makenna—. ¿Con qué propósito?

Ella se enfureció por dentro. ¿Quién se creía que era ese inglés advenedizo?

—Tavish nunca cuestiona mi trabajo.

—No estoy insinuando que haya algo extraño en tu trabajo —replicó Halstead—. Solo quiero familiarizarme con el funcionamiento de la empresa: fuentes de ingresos, gastos... Después de todo, soy un inversionista.

—Según los libros de contabilidad, fue tu padre quien invirtió el capital.

Ella apostaría a que él no había contado con su conocimiento de la historia de la destilería.

—Tienes razón, pero mi padre falleció, y, en cualquier caso, es dinero de la familia, y yo soy parte de la familia Halstead.

Ella lamentó haber mencionado a su difunto padre, pero a él le produjo cierta satisfacción ver que esa irritación crecía.

—Mi más sentido pésame —expresó—. Puedo resumirte los ingresos y los gastos. Sería más fácil que revisar los libros contables.

—¿Por qué tengo la sensación que eres reacia a dejarme ver tu trabajo?

—Está bien —respondió ella con la sangre hirviendo, mientras abría la tapa de su escritorio, sacaba el libro de contabilidad y el diario del año, en curso, y se los arrojaba a los brazos—. Los necesitare de vuelta por la mañana. Aquí están los registros del año pasado, mientras estás en eso.

—Mira, Makenna, mi intención no era irritarte —dijo, mirando por encima de la pila de pesados tomos, que tenía en los brazos—. No me importan los libros. Simplemente, quería tener la oportunidad de hablar contigo. ¿Podemos ser amigos?

Había sinceridad en esos ojos azules suplicantes, pero, ¿podía confiar en él o la estaba engañando?

—No te di permiso para usar mi nombre de pila, pero puedo explicarte las entradas en los libros contables, si lo deseas —respondió ella, esperando haber dejado en claro, que estaban en una situación profesional, y que no se estaría metiendo en un montón de problemas.

—Lo agradecería.

Ella le quitó los libros, colocó los de cuentas corrientes sobre la tapa inclinada de su escritorio, y los abrió.

—Solo hay una silla —explicó ella.

—Siéntate —se lo pidió—. Yo miraré por encima de tu hombro.

* * *

La silla de Makenna era lo suficientemente alta como para que Ash pudiera mirar por encima de su hombro sin agacharse. En cuanto percibió el aroma de su perfume de lavanda, supo que estaba en problemas. El sutil aroma no era tan fuerte como el de las fragancias, que usaban la mayoría de las mujeres, que conocía, pero solo aumentaba su atractivo. Se agarró al respaldo de la silla y se preguntó qué tenía esa escocesa, que lo ponía tan nervioso.

—Como puedes suponer —empezó, mientras se colocaba un mechón suelto de gloria roja, detrás de la oreja—, los ingresos se generan a partir de las ventas de *Uachdaran*, como he demostrado aquí, en la entrada del diario.

En comparación con la letra de Ash, la de ella era impresionante, las cifras estaban perfectamente alineadas, en lo que solo se podía suponer que eran las columnas correctas, pero él quería preguntarle, si podía jugar con los cabos sueltos de su cabello. Las mujeres nobles, que él conocía, nunca tenían un pelo fuera de su lugar. Makenna había recogido sus pulidas trenzas, en un moño informal con mechones rebeldes, que le acariciaban la nuca. Esto era suficiente para volver loco a un hombre.

—Luego, como ves, esas cifras se transfieren a la página del libro mayor, destinada a los ingresos.

Embriagado por el perfume, la voz sensual, el subir y bajar de sus pechos, los delgados dedos que señalaban las entradas, el cerebro masculino de Ash no fue capaz de formular una respuesta sensata.

—Mmm, ya veo. —Esto fue todo lo que pudo decir, seguro que ella lo abofetearía si le lamía el cuello, y luego pasaba a mordisquearle el lóbulo de la oreja. Podría valer la pena, aunque sin duda ella se equivocaría sobre su motivo.

Sin previo aviso, ella giró la cabeza y lo miró a los ojos. Sus rostros estaban a escasas pulgadas de distancia. La presión en esa ingle se intensificó. ¡Esos ojos eran del color de las violetas! Ella abrió la boca ligeramente y se lamió los labios. A él se le aceleró el corazón. ¿Debería besarla, o estaba ella a punto de besarla a él?

—¡No has oído ni una palabra de lo que te he dicho! —exclamó ella, destrozando sus esperanzas.

Logrando conocerla

A menudo, Makenna pensaba que algo andaba mal con ella. Una vez rechazó las atenciones de un hombre, sin embargo, esta vez deseaba el beso de Ash, ansiando besar esos labios carnosos. En lugar de eso, ella lo había regañado.

—Te pido disculpas —dijo él, dando un paso atrás—. Tienes razón. No te estaba escuchando.

—Pero manifestaste tu deseo de examinar los libros —insistió ella, sin saber qué hacer con la decepción en esos ojos azules.

—Era un pretexto, señorita Guthrie. Simplemente, quería acercarme a ti.

¿Era el mujeriego el que hablaba, o un hombre que la encontraba realmente atractiva?

—¿Por qué?

—No puedo explicarlo —respondió él con un suspiro—. Ni siquiera te gusto, y admito que no me agradabas mucho, cuando nos conocimos. No estaba en un buen lugar con el viaje y la lluvia. Resulta que no soy un buen marinero, y debes saber que me obligaron a venir a Escocia contra mi voluntad.

Makenna tenía una opción. Él le había dado lo que ella sospechaba que era un raro atisbo de vulnerabilidad. Podía correr el riesgo y ser honesta, o negar sus sentimientos.

—No me desagradas, Ash —susurró.

Su ceño se desvaneció. Él se le acercó tanto que ella inhaló el aroma de un hombre, que había trabajado duro, durante un día honesto.

—Me siento atraído por ti —confesó.

—Y yo por ti —murmuró ella.

—¿Puedo besarte?

En la cabeza de ella sonaron las alarmas. Ansiaba ese beso, pero, ¿estaba cediendo fácilmente a los sutiles encantos de un libertino?

—Primero, tendría que conocerte mejor —dijo de mala gana.

—Por supuesto —respondió él con una sonrisa forzada—. ¿Y si Lady Maureen te invita a cenar?

Parecía una propuesta muy segura.

—Si ella está de acuerdo.

—No, me refiero a otra noche. Ven a casa conmigo, ahora.

Aunque estuvo tentada de aceptar, tuvo que objetar:

—No puedo aparecer sin que me inviten.

—Estamos en las Highlands —bromeó—. Me han dicho que aquí no hay formalidades. De todos modos, la cocinera de Lady Maureen parece preparar demasiada comida.

Era astuto. Lo que decía era cierto, pero, ¿ella estaba siendo manipulada? Si era así, no le importaba. ¿Qué daño había en aceptar?

—Tienes razón. A Lady Maureen no le importará que me presente.

* * *

Mientras Makenna y él caminaban hacia Lockie House, Ash recordó lo que le había dicho: “*Ven a casa conmigo*”. Lo extraño era que lo expresó sin pensarlo. ¿Cómo podía sentirse, como

en casa, en una casa vieja y destartalada, en la que había vivido durante dos días?

La cita improvisada con una mujer jamás habría podido ocurrir en Londres. Al menos no con una mujer decente. Y Makenna Guthrie era una mujer decente, un cambio bienvenido con respecto a las fulanas con las que se había juntado, desde su regreso del frente de batalla. La alta sociedad y su familia lo consideraban un libertino, pero se sentía como un joven novato, que acompañaba a una chica por primera vez. Su cuerpo y su corazón experimentaban anhelos, que nunca antes había sentido.

La tarde de otoño se había vuelto fría.

—El invierno está a punto de llegar —dijo, mientras se frotaba los brazos.

Acalorado por su cercanía, se quitó el abrigo, y se lo puso a ella sobre los hombros.

—Ya falta poco.

—Sí —confirmó ella—. Gracias. Eres muy amable.

Sus palabras le dieron un puñetazo en el estómago. Solía ser un hombre amable y bien educado. Pero, los horrores de Waterloo habían acabado con su bondad. La guerra había mutilado a Rowan y expulsado a Thorne de sus vidas.

—Hace mucho tiempo que no me acusan de eso —dijo sin convicción—. Tú sacas lo mejor de mí.

* * *

Como Makenna podría haber esperado, Lady Maureen Graham la recibió calurosamente, y descartó cualquier sugerencia que no era apropiado simplemente aparecer sin invitación.

—Me alegro mucho de verte —insistió, aunque arqueó una ceja, cuando Ash se disculpó para ir a limpiarse—. Pensé que no te agradaba nuestro invitado.

—Al principio, no... —admitió Makenna—. Pero nadie debería apresurarse a juzgar, que fue lo que hice.

—Sí. Me alegra que hayas visto que Ash Halstead es mucho más que un libertino. Debes recordar que luchó contra Napoleón en Waterloo, y en varias otras batallas.

Su marido asintió con la cabeza.

—No podemos saber qué horrores presencié, y la guerra puede tener un efecto terrible en los hombres.

—Sí —asintió Lady Maureen—. La guerra sin duda lo cambió. No siempre fue un réprobo.

—Sabía que estaba en el ejército —replicó Makenna, estremeciéndose—. Pero, nunca se me ocurrió que pudiera haber estado en Waterloo.

—Será mejor que no lo menciones —le aconsejó Jock—. Sin embargo, creo que necesita un amigo que lo ayude a adaptarse aquí.

—Puedo ser su amiga, si así lo desea —dijo Makenna—. Pero, él es hijo de un duque.

Lady Maureen se rió entre dientes.

—Recuérdalo. Soy la muchacha de las Highlands, que se fugó con un noble inglés. En ese momento, ninguno de los dos sabía que él heredaría un ducado. Mi hijo es ahora el duque de Ramsay, pero Kenneth se casó con una chica de aquí. Tal vez Ash encuentre a la muchacha adecuada, aquí, en las Highlands.

Makenna no tuvo oportunidad de pensar más en esa idea, cuando Ash regresó a la cocina y le sonrió, con su largo cabello todavía húmedo. En ese momento supo que se estaba enamorando de él, y que sería una locura pensar, que él podría interesarse por ella.

* * *

A Ash le habría encantado sumergirse en un baño caliente para aliviar los dolores y molestias de dos días de trabajo duro. No obstante, pedir que le prepararan un baño haría que la cascarrabias señora Simon se pusiera a hablar de los Sassenachs. También retrasaría su regreso a la cocina y ver a Makenna. Por lo tanto, optó por quitarse la camisa y hundir rápidamente su cabeza y torso, bajo el agua helada de la bomba del patio trasero. Temblando, corrió escaleras arriba, y se cambió de ropa, decidiendo que las mangas de la camisa serían suficientes para la ocasión. Sintiéndose renovado y libre de la atadura de una corbata bien atada, corrió hacia la cocina.

Como esperaba, Makenna estaba charlando, a gusto, con sus anfitriones. Esa sonrisa sincera confirmó su sospecha que se estaba enamorando de ella. Pero tenía que proceder con cautela. No podía cortejarla con la misma soltura con la que había convencido a las fulanas para que se metieran en su cama. No era que ella necesitara mucha persuasión, pero Makenna era diferente, y era imperativo no lastimarla. Por primera vez, en su vida, le importaban los sentimientos de una mujer. La dificultad residía en la ineludible realidad que él era de noble cuna y ella una plebeya. Sin embargo, su hermana se había casado con un plebeyo. Si Willow pudo casarse con Niven King, ¿por qué Ash Halstead no podía casarse con Makenna Guthrie?

Su corazón se aceleró. ¡Dos días en las Highlands y estaba pensando en casarse!

El primer beso

A medida que avanzaba la sabrosa comida de cordero asado y verduras frescas, Makenna observó a Ash. Era un conversador animado, y su educación se evidenciaba en la forma, en que hablaba de lugares y acontecimientos. A ella le encantó escuchar sus historias sobre cómo había crecido con dos hermanos en Berkshire, y como solían desenvolverse los chicos, que se habían entregado a todo tipo de travesuras. Supuso que su comportamiento no era muy diferente al de los muchachos de las Highlands, excepto que Ash no se parecía a ningún chico local, que hubiera conocido. Incluso la forma en que comía era refinada. Su risa genuina era culta y no era estridente. Sus dientes eran perfectos.

A ella le fascinaban todas esas cosas de él. Pero las mismas la hacían comprender con mucha fuerza que una relación entre ellos nunca podría funcionar. Un noble refinado jamás se comprometería con una muchacha de las Highlands, que llevaba las cuentas en una destilería. Y su orgullo no le permitía nada que no fuera un compromiso. Si Ash no podía entregarse por completo a ella, sería mejor que se mantuviera alejada de él.

A pesar de su determinación de permanecer distanciada de sus encantos, cuando la velada llegó a su fin, ella aceptó de inmediato, cuando él se ofreció a acompañarla a su casa de campo.

* * *

—Es una tarde agradable —le comentó Ash a Makenna, mientras caminaban del brazo.

—Sí, pero pronto estaremos hasta las rodillas, en la nieve.

Él fingió un escalofrío.

—No sé si estoy preparado para eso.

—Te adaptarás —replicó ella, encogiéndose de hombros.

—No tengo elección, supongo.

Caminaron en silencio por un rato, hasta que ella dijo:

—Esta noche tuviste la opción de beber mucho wiski, pero no lo hiciste.

Él se rió entre dientes, emocionado que ella hubiera tomado nota de su educado rechazo a varios vasos grandes de *Uachdaran*.

—Un comportamiento inusual para un libertino empapado en alcohol, ¿no lo crees?

—No sé qué pensar de ti, Ash —confesó.

—Una respuesta muy sincera —respondió él—. A veces no sé qué pensar de mí mismo. Ya no soy el hombre que solía ser, Makenna, pero tú me haces querer ser mejor.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —preguntó—. Es evidente que creciste en una familia feliz. Amabas a tus hermanos.

—Lo hice y lo sigo haciendo —respondió—. Pero la guerra cambió las cosas.

—Dime —expresó ella, señalando el banco que había fuera de la puerta principal de su cabaña.

Él ansiaba tomarla dentro y hacerle el amor, pero su orgullo nunca permitiría que eso sucediera, así que aceptó la invitación, se sentó a su lado, y compartió cosas, que nunca antes había dicho.

* * *

Makenna recordó vívidamente el alegre alivio que invadió la destilería, cuando llegó la noticia que Niven King estaba vivo y había sido aclamado como un héroe de Waterloo. Ella recordaba vagamente la mención que uno de los hermanos Halstead había resultado gravemente herido durante la batalla. Había un sentimiento tácito que tal vez lo merecía por su participación en el secuestro de Niven. La evidente angustia de Ash, cuando le contó las dificultades de Rowan para superar la pérdida de su pierna, le rompió el corazón. Y la desaparición de Thorne fue una pérdida inimaginablemente trágica que claramente le preocupaba.

Pero ella sintió que había más en la historia, así que esperó.

—Después de Waterloo, Rowan deseó la muerte —confesó él, tras largos minutos de silencio—. Lo único que podía pensar era que podría convertirme en duque, algo para lo que no estoy preparado, y que nunca quise.

—Es comprensible, en estas horribles circunstancias.

—Bueno, esa es la parte que no entiendo —manifestó—. Cuando Rowan se recuperó, me harté que la gente me dijera que había tenido suerte porque no tengo madera de duque.

—Así que decidiste estar a la altura de sus expectativas. Te volviste borracho y mujeriego.

Tal vez ella se excedió en su razonamiento, pero cuando él giró la cabeza para mirarla a los ojos, le pareció natural permitirle que le pusiera un brazo sobre los hombros. Queriendo ofrecerle consuelo, se inclinó hacia su calor.

—Eres muy sabia, Makenna —dijo con voz áspera, dándole un beso en la parte superior de la cabeza.

Ella levantó la vista y vio que las lágrimas brotaban de sus ojos azules. Instintivamente, trazó el camino de una lágrima con la punta de su dedo, exultante, cuando su boca se encontró con la de él.

Se había preguntado cómo sería el beso de un hombre, pero nada la había preparado para los deseos lascivos, que la suave presión de los labios de Ash provocó. Cuando él profundizó el beso, convenciéndola para que abriera la boca y le diera la lengua, ella se sintió perdida, por lo que le habría permitido cualquier libertad.

* * *

La respuesta de Makenna a ese beso encendió a Ash. Probó el jerez que ella había aceptado beber a regañadientes, después de la comida. Ella le chupó la lengua, como un bebé hambriento. Mientras que a él le costó un esfuerzo supremo limitarse a acariciar suavemente un pecho. Si él acariciaba el pezón con el pulgar, ella se perdería, y le concedería todo lo que pidiera. El aroma de la excitación femenina hizo estragos en su hombría.

Así era como siempre había funcionado con las mujeres que él había conocido, pero Ash no quería el mismo tipo de relación, que había experimentado con esas otras mujeres. Makenna era especial, una inocente a la que no tenía intención de despojar. Esta vez, no estaba borracho.

Él percibió una gran pasión en Makenna y ansiaba ser el hombre que la encendiera. Pero, si lo hacía ahora, ambos se arrepentirían. La verdad era una agradable sorpresa. Las Highlands habían restaurado su brújula moral o, tal vez, fue la propia Makenna quien logró esa tarea imposible.

Sin pensarlo dos veces, se arrodilló y le tomó las manos:

—Cásate conmigo. —Se encontró diciendo esto.

* * *

Proponerle matrimonio a una mujer para que se acueste con él, probablemente, era el oficio de un libertino. Pero la súplica desesperada en los ojos de Ash hizo que Makenna creyera que su propuesta no era un truco. Tal vez estaba siendo inusualmente ingenua, pero confiaba en él.

—Yo diría que sí —dijo, levantándolo de sus rodillas—. Me siento halagada.

—Debería sentirme halagado que consideres casarte con un réprobo como yo.

Ella entrelazó sus dedos con los de él.

—No puedo negar que me siento atraída por ti, pero deberías pensarlo. No puedes desear de verdad casarte con una muchacha de las Highlands, a la que conoces desde hace dos días. Soy una plebeya y tú eres de una familia noble.

Se llevó la mano de ella a los labios.

—Los tiempos están cambiando. Kenneth Hawkins se casó con tu prima. Él es un duque y Cat es una plebeya. Mi hermana está casada con Niven King.

—¿Me amas? —preguntó ella con un nudo en la garganta, cuando él negó con la cabeza.

—Tengo miedo de decirte que te amo, Makenna, porque no me creerás, si lo hago. Todo lo que sé es que tengo sentimientos por ti, que me hacen querer ser el hombre decente, que una vez fui.

—¿Y dónde viviríamos? —preguntó—. No puedes venir a vivir aquí conmigo y con mis padres.

Él volteó para observar la modesta cabaña de piedra:

—¿Por qué no? A mí me parece bastante sólida.

—Porque estás acostumbrado a vivir en una mansión elegante. Mis padres son viejos y seniles. A veces me sacan de quicio. Además, duermen en la única habitación.

—Entonces, construiremos otra cabaña. Puedo ganar un salario, trabajando para Tavish y Payton.

Ella creía lo que él decía. La sinceridad en esos ojos azules se lo confirmaba.

—Pero, con el tiempo, te cansarás del trabajo manual, y la vida en las Highlands puede ser dura.

—Acaso, ¿no crees que estaré a la altura? —dijo él, con la decepción evidente en su voz.

—Serás como un pez fuera del agua —respondió ella, desconsolada porque se le estaba escapando una oportunidad de casarse, tener una vida familiar feliz, e hijos propios.

Él se inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en los muslos, y se miró los pies en silencio durante varios minutos.

—¿Puedo preguntarte esto? ¿Te importo lo suficiente como para que seas mi esposa?

Ella no veía motivos para mentirle.

—Has conquistado mi corazón, Ash Halstead. Sería un honor para mí convertirme en tu esposa, pero...

—Entonces, está decidido. ¡Quiero casarme contigo! ¡Tú quieres casarte conmigo! Nos casaremos y resolveremos el resto sobre la marcha.

Esto era arriesgado, pero si se negaba a aceptar al único hombre ideal, que siempre había deseado, las posibilidades que otro pasara por Glengeárr oscilaban entre escasas y nulas. Era a Ash a quien ella quería. Se tragó el nudo de miedo, que tenía en la garganta, y finalmente, le dijo:

—Acepto tu propuesta.

Lanzando la precaución al viento

—¿Has aceptado casarte con Halstead? —preguntó Tavish.

—Sí —respondió Makenna, sin sorprenderse por la incredulidad enojada de su patrón—. ¿No puedes estar feliz por mí?

—Podríamos —respondió Payton—. Si no viéramos que es una estratagema para regresar a Inglaterra.

Ella negó con la cabeza.

—No, él planea que nos quedemos en las Highlands.

—¿Y cuánto tiempo crees que durará eso? —preguntó Tavish.

Makenna siempre había respetado a los hermanos King, pero ese sarcasmo resultaba molesto.

—Reconoce que tengo un poco de sentido común —susurró—. Sé que habrá dificultades, pero lo amo y él me ama.

—Te lo dijo, ¿verdad? —replicó Payton.

—Sí —mintió ella.

—Bueno —expresó Tavish con un suspiro de resignación—. No seré yo quien se interponga en el camino del amor verdadero. ¿Cuándo será el gran día?

Ash estaba ocupado, trasladando los granos del suelo de malteado a los hornos para secarlos. Agradecida que él no estuviera al tanto de esa conversación hiriente, Makenna luchó por mantener la calma. Después de todo, era de esperar que Tavish y Payton aún no vieran el lado bueno de Ash. Su propia confianza en él era frágil, en el mejor de los casos.

—Sabes que te considero mi familia —respondió—. Esperaba hablar contigo sobre los planes para una boda, pero si...

—No llores, muchacha —dijo Payton—. Por supuesto que te ayudaremos a planificar tu boda. Al menos, Piper y Alba lo harán. Las mujeres son mejores en estas cosas.

* * *

Cuando Tavish y Payton regresaron a la sala de malteado, sus ceños fruncidos no dejaron ninguna duda en Ash, que habían hablado con Makenna. No era menos que insultante, que ellos cuestionaran su derecho a casarse con quien quisiera. Él era el hijo de un duque. No obstante, dada su conducta reciente, tal vez no podía culpar a los escoceses por dudar de él.

—No le haré daño —les dijo—. Realmente, me preocupo por ella.

—La conoces desde hace dos días, muchacho —replicó Tavish.

—En realidad, cuatro —aclaró Ash, riéndose—. Admito que los dos primeros días en la carretera desde Dundee no fueron precisamente amistosos.

—No es un asunto de broma —replicó Payton—. ¿Por qué no admites que tienes intención de utilizar a Makenna como excusa para regresar a Inglaterra?

—Le dije que podemos vivir aquí, en las Highlands, si eso es lo que ella desea.

—¿Y esperas que creamos que puedes adaptarte a vivir aquí? —Tavish se burló de él.

Ash ya había oído suficiente.

—Entiendo que sus dos esposas vinieron de otros países. Sospecho que se han adaptado porque sus maridos las ayudaron a encajar. Sin embargo, ustedes no me ofrecen la misma

consideración.

A juzgar por los gruñidos, Ash supuso que los hermanos no sabían qué hacer con su acusación.

—Mis motivos son honorables. Mi corazón me dice que Makenna es la mujer adecuada para mí.

—Eso está por verse —gruñó Tavish, mientras los hermanos agarraban palas y se dirigían hacia los hornos.

* * *

A la mitad de la mañana, Makenna recibió la visita sorpresa de Lady Maureen Graham.

—Su Gracia —balbuceó, casi cayéndose de su alta silla.

—No —respondió su visitante—. En las Highlands, solo soy la tía Maureen.

Makenna podría haber señalado que la noble no era pariente suya, pero sus propios padres eran ancianos, y estaban perdidos en su mundo la mayor parte del tiempo. Una tía parecía justo lo que necesitaba, y parecía que la tía Maureen no había venido a censurarla.

—Supongo que Ash te contó sobre su propuesta, ¿no?

—Sí. El muchacho no podía esperar a contárnoslo, cuando llegó a casa. Lo has hecho un hombre feliz.

—Entonces, ¿crees que hice lo correcto?

—¿Lo amas?

—Sí —respondió ella sin dudar—. Pero no sé si él me ama.

—¡Oh! Él te ama. Pero es un hombre lleno de dudas sobre el futuro y sobre sí mismo. Tú lo pondrás en el camino correcto y él se dará cuenta de eso.

—¿Crees que se adaptará a la vida aquí en Glengeárr?

—Supongo que solo el tiempo lo dirá. Parece comprometido con ello. Pero no olvides que tu prima es feliz, en Londres, viviendo con el hombre que ama. Cat se dio cuenta que los compromisos de Kenneth con el ducado significaban que nunca podría vivir en las Highlands. Hace años, me fui de aquí con mi Freddie porque la vida sin él no era una opción. El amor guiará tus decisiones sobre dónde vivir.

Makenna se entregó voluntariamente a los brazos abiertos de Lady Maureen. Se sentía bien al recibir el afecto y la guía de una mujer, a la que respetaba.

—Ya hablé con Piper y Alba. Todo está en orden para la ceremonia, así que no tienes que preocuparte por esto.

La vida se le estaba escapando de las manos, a Makenna. Había aceptado casarse con el hijo de un duque, y una duquesa viuda estaba organizando la boda. Curiosamente, estaba en paz con todo aquello. El control no la había llevado a ninguna parte, en el pasado, solo la mantuvo en una vida solitaria de solterona. Tal vez era el momento de dejar a un lado tanta precaución.

* * *

Al final de un día, largo y agotador, dedicado a palear cebada malteada para introducirla en los hornos, Ash pasó por la oficina de Makenna. Tenía ganas de volver a tenerla en sus brazos, pero le preocupaba que ella lo pensara mejor. Tavish y Payton no habían cambiado sus opiniones negativas. Había soportado sus miradas ceñudas, durante horas. Makenna respetaba a sus jefes. Tal vez, ellos influyeran en ella.

Sus dudas se esfumaron, como paja en el viento, cuando Makenna se apresuró a abrazarlo.

—La tía Maureen vino a verme —le dijo con sus ojos brillantes de color violeta—. Está organizando la boda.

—Está bien —respondió—. No creo que Tavish y Payton asistan.

—¡Oh! Lo harán si sus esposas tienen algo que ver con eso. Piper y Alba también están en el plan. Tavish y Payton vendrán... Simplemente no entienden lo que veo en ti.

Esa declaración lo hizo reflexionar:

—¿Qué es lo que ves en mí?

Ella se puso de puntillas para rozar sus labios con los de él.

—Veo a un hombre honorable, que me apreciará —susurró.

En ese instante, él supo, sin lugar a dudas, que esa mujer era su destino.

—Te amo —le respondió.

Bendiciendo esta unión

Aturdida por la confesión de amor de Ash y el beso que le dio, Makenna aceptó con gusto su sugerencia de acompañarlo nuevamente a Lockie House. Sin embargo, al llegar, los llevaron al salón, donde se sorprendió, al ver a los hermanos King y a sus esposas.

Ella conocía a Piper y Alba, desde hacía varios años, pero Ash no las había visto antes. Esos ojos entrecerrados reflejaban su sospecha que algo estaba ocurriendo. Ella estaba orgullosa por la forma en que él les dio un beso cortés, en los nudillos, a cada una, cuando sus maridos se las presentaron.

—¡Cielos! —exclamó Piper, ruborizada—. No me habían saludado con un gesto así, desde que salí de Londres.

Su comentario le valió una mirada de desaprobación por parte de su esposo, pero Ash parecía intrigado.

—¿Eres londinense? —preguntó.

—Lo soy. Mis padres son Oliver y Margaret Graham, de Chelsea.

—Sé de ellos —respondió—. Oí que tu madre no estuvo bien, durante un tiempo.

—Sí, me temo que ha sufrido una crisis nerviosa. Mi padre me ha escrito que ella está mucho mejor.

—¿Graham? —dijo él, arqueando una ceja en dirección a Jock.

—Mi abuelo —explicó ella con una sonrisa.

—Continúa con ello... —Makenna se sorprendió y se dio cuenta que el hermano mayor de Lady Margaret había hablado. No lo había visto porque permanecía sentado en las sombras.

—Paciencia, Gregor —replicó su hermana—. Todo a su debido tiempo.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando? —dijo Makenna, temiendo lo peor.

—Sí —respondió Gregor—. Todos opinamos que no deberías casarte.

* * *

—¡Miren esto! —exclamó Ash, enfurecido por esos escoceses ignorantes.

—No te apresures, muchacho —replicó Gregor—. Lo que estamos sugiriendo es un casamiento.

—¿Qué?

—Como la ceremonia que se realizó para Rowan y Daisy —explicó Lady Maureen—. ¿Te acuerdas?

En ese momento, Ash estaba tan resentido por la elección de Niven por parte de su hermano como padrino de boda, que se emborrachó, incluso antes de la ceremonia en la iglesia.

—Creo recordar algo sobre tartanes y licores.

Miró a Makenna, que asentía pensativamente.

—¿Puedes explicarme esto, por favor?

—Es una antigua tradición de las Highlands —le dijo—. En el pasado, era muy frecuente que una pareja se conociera por primera vez el día en que se iban a casar. Entonces, se realizaba un casamiento. La novia y el novio prometían vivir juntos, como marido y mujer, durante un año y un día, para ver si se llevaban bien. Si no, eran libres de seguir caminos separados, siempre y cuando no tuvieran hijos.

—Creemos que es la mejor solución para ambos —destacó Jock—. Ya que apenas se conocen.

Ash reconoció en privado que sus preocupaciones eran válidas, pero estaba seguro de sus sentimientos y no quería lastimar a Makenna.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó.

—Soy una muchacha de las Highlands —respondió ella—. Para mí, un casamiento es tan vinculante como una ceremonia religiosa. Confío en que cumplirás las promesas que me harás, ya sea que nuestra unión sea bendecida por el tío Gregor o por un pastor.

—La mayoría de las parejas de Glengéarr no se casaron en una iglesia —añadió Piper—, el tío Gregor pronunció las palabras por encima de ellos.

—Estás moviendo la cabeza, Alba —dijo Ash.

—Mi esposa es de España, por lo tanto es una católica devota —explicó Payton—. No soporta que la gente viva junta sin la bendición de un sacerdote.

—Pero eso lo deben decidir el señor Halstead y Makenna —respondió Alba.

Ash había aprendido algunas palabras en español, mientras luchaba en las Guerras de la Península, así que le agradeció, en su propio idioma. Su gesto le valió una sonrisa de ella y una mueca de desaprobación de Payton.

—Estoy de acuerdo, entonces —anunció Ash—. ¿Podemos realizar el casamiento, ahora?

A su lado, Makenna se tensó.

—¿Ahora? Pero no estamos vestidos adecuadamente, ¿y dónde pasaríamos nuestra noche de bodas?

Ash se dio cuenta que ella estaba siendo diplomática. Y él había trabajado duro todo el día, y su cuerpo lo evidenciaba. ¡No la culpaba por querer que ambos lucieran y olieran lo mejor posible! Si se hubiera casado en Inglaterra, iría vestido de frac y con sombrero de copa. ¡Cielos! ¡Qué imagen más idiota debía haber dado al llegar a Dundee con sombrero de copa!

—Entonces, mañana —sugirió él, mientras su mente trabajaba frenéticamente en una solución al problema del lecho matrimonial.

—Y pueden disponer de nuestra mejor habitación de invitados para vuestra noche de bodas —declaró Jock.

Ash debería estar molesto. Evidentemente, no había calificado previamente para la mejor habitación de invitados. Sin embargo, la brillante sonrisa de Makenna le desaconsejó quejarse sobre el desván, donde lo habían alojado.

* * *

A la mañana siguiente, todos se reunieron en el salón de Lockie House.

—Siempre me ha encantado este salón —le susurró Makenna a Ash. Supuso que las vigas bajas y la cómoda elegancia del espacio no le parecían grandiosas, por lo que no se sorprendió, cuando él simplemente sonrió.

Ella jamás se había imaginado que se casaría con un hombre, que parecía salido de las páginas de una revista de moda de Edimburgo. El cuadro escocés de Guthrie, que colgaba sobre el hombro de su abrigo le parecía incongruente, pero ella agradeció el gesto. Probablemente tenía que agradecerse a Piper.

Makenna no sabía nada sobre corbatas, pero aparentemente Ash había pasado mucho tiempo atando la suya, solo para quejarse que había usado corbatas toda su vida, y ahora se sentía como si se estuviera estrangulando.

Vestidos con los tradicionales atuendos de las Highlands, Tavish, Payton y Jock podrían

haber pasado por guerreros del clan Braw de un siglo anterior.

Todas las mujeres llevaban arisaisds tradicionales, al igual que Makenna. Ella esperaba poder contarles algún día, a sus hijos, que una duquesa viuda le había peinado el cabello con un sofisticado peinado, en lo alto de la cabeza.

Finalmente, ella había logrado que sus padres comprendieran que se casaba ese día, pero se habían mostrado reacios a levantarse de las mecedoras, junto a la chimenea.

—Te llevaré a conocerlos después —le dijo a Ash, agradecida que él pareciera entender que la senilidad era la razón de su ausencia, y que no tenía nada que ver con él.

Cuando Jock empezó a tocar la flauta, Gregor Lockie entró en el salón, trayendo consigo un aire de dignidad e historia. Se hizo el silencio, cuando comenzó la ceremonia. Makenna tuvo una repentina sensación tranquilizadora, sabiendo que se estaba casando con el hombre adecuado.

* * *

A Ash le resultó difícil creer que el orgulloso montañés, que dirigía la ceremonia, fuera el mismo cascarrabias anciano, que había conocido antes. De repente deseó haber llevado también falda escocesa, lo cual era ridículo. No tenía las piernas musculosas, que parecían tener todos esos escoceses. Tal vez esto tuviera algo que ver con caminar a todas partes.

La voz de Gregor lo sacó de su ensoñación:

—Hoy pedimos que la infinita luz de lo divino brille sobre esta ceremonia. Con ese espíritu, ofrezco una bendición. Unámonos de las manos, por favor.

Él enrolló un cordón de seda alrededor de las manos unidas de Ash y Makenna, formando un ocho, luego tomó la tela escocesa del hombro de Ash y cubrió la atadura.

—Bendice esta unión con la comunicación del corazón, la mente, el cuerpo y el alma.

Ash asintió. La comunicación corporal sonaba bien.

—Bendice esta unión con el calor de la pasión y la calidez de un hogar amoroso.

Una verdad golpeó a Ash con toda su fuerza. Había tenido relaciones sexuales con incontables mujeres, pero ninguna de ellas había encendido la pasión en su corazón. Todo había tenido como objetivo aliviar las necesidades masculinas y burlarse de todos los que pensaban que no era lo suficientemente bueno para ser duque. Makenna era diferente. Él ansiaba adorar su cuerpo, y deseaba un hogar lleno de amor.

—¿Estás prestando atención, muchacho? —preguntó Gregor.

—Sí, lo siento —respondió Ash sin pensarlo dos veces, provocando una risa de Tavish.

—Bendice esta unión con la emoción de un río embravecido, la limpieza pura de una tormenta y un compromiso tan profundo como el océano mismo.

—Bendice esta unión con una base sólida sobre la cual construir sus vidas, la abundancia y el crecimiento de su hogar, y la tranquilidad que se encuentra, al abrazarse el uno a la otra, al final del día.

Ash volteó para mirar a Makenna. Sus miradas se cruzaron.

—Te amo —murmuró ella. Con el corazón acelerado, él no podía esperar para agradecerle a Rowan por enviarlo al exilio en Escocia.

—Te preguntaré de nuevo tu nombre completo, muchacho —exigió Gregor.

—Eh... Ash... Halstead.

Gregor puso los ojos en blanco.

—¿Y cuál es tu deseo?

Ash se recompuso. Había practicado esto con Jock.

—Unirme a Makenna Guthrie, a quien amo.

—¿Quieres hacerle daño?

—No lo haré.

—Y si le produces algún daño, ¿lo repararás?

—Lo haré.

—¿Serás honesto con ella, en todas las cosas?

—Lo seré.

—¿La apoyarás en tiempos de angustia?

—Lo haré.

—¿Moderarás tus palabras y acciones con amor?

—Lo haré.

—Le prometes estas cosas a tu compañera, ante toda esta gente y los dioses. Que siempre serás consciente y te esforzarás por cumplir los votos que has hecho.

—Así será —declaró Ash.

El tío Gregor le hizo las mismas preguntas a Makenna y ella respondió con voz clara, jurando cumplir las promesas que había hecho. A Ash se le retorció el estómago, cuando el anciano le pidió los anillos, algo que había olvidado por completo. Rápidamente se quitó el anillo de sello de oro de su dedo meñique y se lo ofreció.

Gregor examinó el anillo y luego se dirigió hacia Makenna.

—Tranquila, muchacha, es una pieza preciosa.

Ash se dio cuenta que Makenna estaba nerviosa porque no tenía ningún anillo para darle, así que trató de tranquilizarla.

—Me lo dio mi padre el día de mi vigésimo primer cumpleaños.

Las lágrimas brotaron de esos ojos, pero eran lágrimas de agradecimiento por lo que el anillo significaba para él.

—Ahora, les pido que se miren a los ojos y al corazón. Ash Halstead, por favor, coloca el anillo en el dedo de Makenna. ¿Prometes honrarla y serle fiel, compartir su risa y su alegría, apoyarla y estar a su lado, en los momentos difíciles, soñar y tener esperanzas con ella, y pasar cada día, amándola más que el día anterior?

Ash colocó el anillo en el dedo de Makenna y pronunció en voz alta:

—Sí, quiero hacerlo.

—Mediante el regalo de esta muestra de amor mutuo, sus vidas se entrelazan. Lo que uno experimenta, lo experimentará el otro. A medida que la honestidad y el amor se fortalezcan, su vínculo se fortalecerá y crecerá. Han atado el nudo, por lo que ahora son marido y mujer.

Después que Gregor le quitó el tartán y el cordón, Ash no fue invitado a besar a su novia, pero lo hizo de todos modos, esperando que su beso transmitiera todo el amor y el honor, que ardían en su corazón.

La celebración

En la comida de celebración, que siguió a la ceremonia de matrimonio, le tocó a Tavish hacer el brindis por los novios. Los padres de Makenna estaban ausentes. Si hubieran estado presentes, era poco probable que alguno de ellos fuera lo suficientemente consciente de lo que estaba sucediendo, como para improvisar un discurso adecuado. No tuvo problemas para pensar qué decir sobre Makenna, aunque se le ocurrió que nunca había considerado que, a todos los efectos, ella fuera huérfana. Sin embargo, ella nunca criticó a sus padres seniles ni se quejó de su suerte en la vida.

Halstead era un asunto diferente. Tavish llevaba mucho tiempo resentido con el hombre por su rol en la desaparición de Niven, y solo lo conocía desde hacía unos días. Las circunstancias que lo habían llevado a Glengeárr distaban mucho de ser las ideales. Aún así, se suponía que esta sería una ocasión feliz, así que era mejor que Tavish tuviera cuidado con lo que decía para que Piper no lo regañara más tarde. Aunque, pensándolo bien, a veces, él terminaba calmando los reclamos de su esposa de maneras que a ella le agradaban.

Se dio cuenta que el inglés rechazaba cortésmente cada copa de vino, que le ofrecían. Consideró la idea de mencionar los esfuerzos del hombre por evitar la bebida demoníaca, pero lo pensó mejor.

Después que todos terminaron el pastel Dundee, que les sirvieron como dulce, él se levantó con un vaso de *Uachdaran*, en la mano.

* * *

Makenna apreció la disposición de Tavish a ofrecer el brindis por Ash y ella. A decir verdad, él era mejor orador que su padre. Estaba segura que su jefe y amigo diría cosas buenas sobre ella, pero, ¿y acerca de Ash?

—¿Qué puedo contarles sobre Makenna Guthrie, que aún no sepamos? —empezó Tavish.

—Sí —respondieron los invitados.

El calor inundó el rostro de ella.

—Modesta.

—¡Sí!

—Trabaja duro.

—¡Sí!

—Inteligente.

—¡Sí!

—Amable.

—¡Sí!

—Confiable.

—¡Sí!

—Hermosa.

—¡Oh, sí!

La última respuesta fue gritada con más fuerza que la primera, pero a ella le preocupaba que Tavish estuviera enardeciendo a su audiencia.

—En otras palabras, Makenna Guthrie es la joven escocesa perfecta, y les pido que levanten

sus copas por su salud y felicidad. Le deseo salud y felicidad a Makenna Guthrie Halstead.

—¡Makenna! —gritaron los invitados, mientras bebían su wiski de un solo trago.

Ash tomó un sorbo de su vaso, el primero. Estaba tan nervioso como ella por lo que Tavish diría de él.

* * *

Ash se preparó. Había formado parte del complot para secuestrar al hermano de Tavish, y se vio obligado a exiliarse en Escocia porque había malgastado la mayor parte de su asignación en licor y mujeres fáciles. Era una vergüenza para el apellido de su familia, y no se podía culpar a Tavish por ser crítico de él.

—En cuanto a Ash Halstead, ¿qué puedo decir? —empezó Tavish—, todos saben que es hijo de un buen amigo mío y de mi familia. Si no fuera por el difunto William Halstead, duque de Withenshawe, dudo que hoy en día estuviéramos dirigiendo una destilería famosa. Nos confió su inversión de dinero y nos proporcionó envío gratuito para nuestro wiski.

Las cabezas asintieron.

Ash se tragó el nudo que tenía en la garganta. Había defraudado a su padre y a su familia.

—El nuevo marido de Makenna es un caso inusual. Es un inglés que admite abiertamente que ha cometido errores.

Se produjeron risas.

—Pero, ¿quién de nosotros no los comete?

Más cabezas asintieron.

—Conocí a Ash hace unos días. Sin embargo, ha trabajado mucho en la destilería, y me parece que está haciendo un esfuerzo para volver a enderezar su vida.

Sintiéndose humillado, Ash entrelazó sus dedos con los de Makenna, cuando todas las cabezas giraron para mirarlo.

—Si Ash resulta ser la mitad de hombre que su padre, su nueva esposa será una chica afortunada. ¿Y podría un hombre tomar una decisión más sabia que pedir la mano de Makenna Guthrie en matrimonio?

—¡Sí! —resonó, seguido de vítores y risas.

—Así que levanten sus copas y beban por la salud y la felicidad del hombre más afortunado de la Tierra, Ash Halstead.

—¡Ash Halstead! —gritaron todos.

—Papá —susurró Ash, mientras tomaba un trago del wiski, que su padre había ayudado a hacer famoso.

* * *

Tavish se sintió muy satisfecho de sí mismo, cuando recuperó su asiento, junto a su hermano. La radiante sonrisa de Piper confirmó que había dicho lo correcto, y auguró un espléndido juego de cama esa noche.

—No hay nada de malo en recordarle a un hombre, que tiene mucho que demostrar —le dijo a su hermano.

—No, en absoluto —convino Payton—. Lo hiciste bien.

—Espero que por el bien de Makenna, él sea el marido que ella se merece.

—Ella será buena para él —dijo Piper.

—¡Sí! —confirmó Alba.

* * *

Mientras Ash se levantaba para responder al brindis, observó los rostros expectantes de los invitados: Lady Maureen y Sir Jock, el señor y la señora Simon, los hermanos King y sus esposas, un par de amigos de Makenna del pueblo, un puñado de empleados de alto rango de la destilería. El pequeño grupo reunido en la cocina de Lockie House estaba muy lejos del ornamentado salón de baile de la Abadía de Rochevaux, donde se habría ofrecido un banquete de la alta sociedad para cientos de invitados, si se hubiera casado en Londres. Una cosa sabía con certeza: Makenna se habría sentido como un pez fuera del agua, ante semejante alboroto.

Lo extraño fue que se sentía, como en casa, con esa gente y en un entorno que estaba decidido a odiar.

—Tavish tiene razón —comenzó—, soy hijo de un noble honorable y no he estado a la altura de sus expectativas. Sin embargo, juro hacer todo lo posible para ser un mejor hombre.

El silencio que siguió a sus palabras fue desconcertante, pero él continuó:

—Estoy casado con una muchacha escocesa, hermosa y capaz. No la merezco, pero la cuidaré... cuidaré de ella como mi padre hizo con mi difunta madre. Disfrutaron de un matrimonio muy feliz, y tengo la intención que Makenna y yo vivamos una vida larga y feliz.

—Con un montón de niños —bromeó el ama de llaves.

—Sí —respondió él con una sonrisa—. Aunque no siga la tradición de mi madre de ponerle a sus hijos nombres de árboles. Ya saben que mis hermanos se llaman Rowan y Hawthorne.

Pasó un momento, pero finalmente se oyó la risa.

—¡Bueno! —gritó el señor Simon—. Será mejor que empieces a ocuparte de esos niños.

Sin necesitar más estímulo, Ash levantó a su ruborizada novia, y la llevó escaleras arriba.

Relajándose

Ash estaba sin aliento, cuando abrió de una patada la puerta de la habitación de invitados y cruzó el umbral con Makenna, en sus brazos. Embriagado por la risa de su novia, sucumbió a la risa, que bullía en su interior. Nunca había sido tan feliz.

—Demasiado wiski —bromeó ella, mientras él la ponía de pie.

—¡Qué mujer tan atrevida eres! —respondió él, apretando ese exuberante cuerpo contra él—. Sabes muy bien que apenas tomé una gota. Me reí demasiado.

Esa sonrisa femenina desapareció.

—¿Eres realmente feliz, Ash?

—Realmente lo soy —respondió con sinceridad—. Siento que estamos en el comienzo de una nueva vida.

—Mi vida apenas está comenzando —convino ella, sonriendo de nuevo—. Simplemente, caminaba y respiraba antes que tú llegaras.

—Y yo estaba desperdiciando mi vida en vino y mujeres —respondió, arrepintiéndose al instante de sus palabras. ¿Qué tonto habla de otras mujeres en su noche de bodas?—. Lo siento... ¡Esto fue insensible!

Evitando su mirada, ella jugueteó con su corbata.

—Sé que te has acostado con otras, Ash. Tal vez, puedas enseñarme a complacerte, como ellas lo hicieron.

Él negó con la cabeza.

—El simple hecho de abrazarte así me complace. Nunca pienses que tienes que ser como ellas... Ellas no significaron nada para mí. ¡Tú significas todo para mí!

Ella lo miró a los ojos.

—¿Crees que este deseo mutuo pasará?

Ash miró al techo y llenó sus pulmones.

—¿Cómo puedo explicarlo? Supongo que anhelar es una buena palabra. Te anhele. Pero, es más que eso. Es como si hubiera una fuerza invisible que nos uniera, un vínculo que nunca se puede romper.

—Traté de ignorarlo, cuando nos conocimos —confesó ella—. Pero lo sentí, en ese momento.

—A pesar que me enseñoreo de ti.

—Sí. —Ella se rió.

Se miraron a los ojos, durante un largo rato, antes que él recorriera con la lengua la comisura de esos labios. Cuando ella le permitió entrar, ese gruñido gutural hizo que su miembro se encogiera de hombros.

* * *

Ash no había bebido mucho wiski, pero Makenna percibió un leve sabor a *Uachdaran*, mientras él chupaba su lengua. Ella y sus padres tenían un pequeño rebaño de cabras, que les proporcionaban leche y queso, por lo que sabía lo suficiente sobre la cría de animales, como para reconocer la importancia de la dura carne masculina presionada contra su monte de Venus. A medida que él profundizaba el beso, su piel se calentó y el abrazo se hizo más fuerte. Este

hermoso hombre la deseaba tanto como ella a él.

Un dolor de deseo floreció, en lo más profundo de ella, cuando él rozó con el pulgar un pezón que le picaba. Su lugar femenino más íntimo palpitaba con el deseo de ser poseída. El anhelo de ser amada y deseada no era nuevo. Todas las muchachas soñaban con encontrar al hombre perfecto, pero ahora los sentimientos eran reales, inmediatos y urgentes.

Sin previo aviso, él se inclinó para levantar la arisaid por encima de su cabeza y sacársela del cuerpo. Sintiendo de repente vulnerable, en su desnudez, ella cruzó los brazos, pero él los separó y la observó. La admiración que ardía en esos ojos azules convirtió la vulnerabilidad en orgullo, y el orgullo se transformó en anhelo, cuando él bajó la cabeza, lamiendo un pezón necesitado y succionándolo.

Al parecer, sintiendo que sus rodillas temblorosas estaban a punto de ceder, él la levantó y la llevó a la cama. Ella lo miró y se dio cuenta que todavía estaba completamente vestido. Eso no parecía correcto. Quería verlo desnudo.

—Quítate la ropa —susurró ella, consternada, cuando él pronunció una maldición.

* * *

—¡Ay! ¡Qué tontería! —exclamó Ash, arrepentido de haber alarmado a Makenna—. Lo siento. No quise decir una palabrota. Es solo que... eh... bueno... estoy acostumbrado a tener un ayuda de cámara... yo...

Seguro que su nueva esposa ahora lo consideraría un individuo patético e inútil, que ni siquiera podía quitarse la ropa, sus temores se desvanecieron, cuando ella se levantó de la cama y le dijo:

—Déjame ayudarte.

—Son solo estas cosas formales las que son difíciles de...

Ella le tocó los labios con un dedo.

—Lo entiendo. Déjame ser tu ayuda de cámara.

Esa erección se sacudió. ¿Ella quería ser como una criada? Esta sí que era una idea novedosa.

Ella entrecerró los ojos para mirar la corbata, con la lengua entre los dientes, y se concentró en desatar el nudo. Para él, la necesidad de chupar esa lengua perfecta era casi abrumadora. Se arrancaría la ropa del cuerpo, si eso significaba apresurar el momento, en que pudiera estar desnudo sobre ella.

—Esta es la última vez que uso una corbata —dijo.

—Paciencia —replicó ella.

—¿Cómo puedo ser paciente, si anhelo hacerte el amor?

—¡Vamos! —exclamó ella, quitándole el abrigo, cuando el pañuelo del cuello desapareció. Luego, pasó un dedo por los tirantes, como si fuera la primera vez que veía algo así.

—Evitan que se me caigan los pantalones —bromeó él, divertido por el brillo en sus ojos, cuando se dio cuenta de la conexión. Los tirantes colgaban rápidamente a los costados, y ella centró su atención en los cierres de los pantalones. En un esfuerzo por demostrar que no estaba completamente indefenso, él se hizo cargo de la tarea, mientras ella se dedicaba a desabrocharle los botones de la camisa.

Ella lo desvistió con mucha más eficiencia que cualquier ayuda de cámara.

—¡Listo! —anunció, abriéndole los brazos, mientras él permanecía desnudo frente a ella.

Pero ella no sonrió. Una vez más, él se había comportado de manera inapropiada, olvidándose que estaba tratando con una virgen inocente. Con la boca abierta y luciendo muy

nerviosa, ella estaba mirando esa polla hinchada. Él estaba orgulloso y presumido de los generosos genitales masculinos con los que había sido dotado, pero no era de extrañar que ella estuviera alarmada.

—No te preocupes, querida muchacha. Te prepararé para recibirme.

* * *

Mientras Ash la empujaba suavemente para que se recostara en la cama, Makenna no entendía qué estaba hablando. ¿Cómo podría estar preparada para recibir la gruesa longitud de su masculinidad? Semejante arma podría destrozarla. Los susurros que se oían, en el pozo de la aldea, cobraron sentido de repente. Las relaciones sexuales eran dolorosas. Una mujer simplemente tenía que soportarlo.

Los pensamientos lascivos huyeron, mientras la piel de gallina recorría su piel desnuda.

—Tienes frío —dijo él, agarrando una esquina de la colcha—. Vamos a meternos bajo las sábanas.

La ropa de cama probablemente no haría que el acto fuera menos doloroso, pero ella estaba contenta de retorcerse entre las sábanas, dándole la bienvenida al calor de ese cuerpo, cuando se metió en la cama, y él la tomó en sus brazos.

Se abrazaron durante largos minutos. Ella inhaló el olor limpio de esa piel, sintió el cosquilleo de los pelos de esas piernas, y escuchó esa respiración. El calor la relajó. Los temblores cesaron. Y los sentimientos desenfrenados regresaron.

—Está mejor —susurró él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Sí —suspiró ella.

* * *

A Ash nunca le había importado si una mujer estaba lista para ser empalada por su enorme polla. Tampoco había preguntado nunca, si a sus parejas les gustaba el sexo. Era imperativo que su primera relación con Makenna fuera algo que ella recordara toda su vida como eufórico y magnífico. No tenía idea si las mujeres, con las que se había acostado, pensaban que era un buen amante o no. Quería que Makenna creyera que era el mejor amante del mundo, entonces, ella nunca tendría que buscar amor y afecto en otra parte.

Al sentirla relajarse en sus brazos, él maldijo su propia inseguridad. Su esposa no era una mujer voluble, que traicionaría a su marido, y él podría ser un buen amante. Simplemente, necesitaba ser paciente y convencerla lentamente para que alcanzara lo que sospechaba que sería su primera liberación sexual. Desafortunadamente, la paciencia no era su punto fuerte. La perspectiva de oírla gritar lo excitaba. Esta relación sexual sería diferente a todo lo que había hecho antes. Estaba más preocupado por el disfrute de ella que por el suyo propio.

Con el corazón y los lomos, a punto de estallar, aflojó su control maníaco sobre su cuerpo, agachó la cabeza bajo las sábanas y procedió a succionar un pezón, mientras apretaba suavemente el otro.

Al principio, ella se tensó, pero después se relajó rápidamente. Cuanto más fuerte la succionaba y apretaba, más fuerte gemía ella. Pronto, ella se retorcía, susurrando su nombre y levantando las caderas.

El aroma de la excitación femenina lo convenció que probablemente ya estaba lo suficientemente mojada, como para que él la penetrara hasta el fondo.

—Paciencia —se dijo.

Había una forma de poner a prueba su teoría. Nunca antes había tenido sed de probar los jugos de una mujer. Suspirando para que lo que estaba a punto de hacer no lo llevara al límite, apartó las sábanas, se arrodilló entre sus piernas, levantó sus caderas y lamió los pliegues rosados. Los gemidos se hicieron más fuertes. Ella no se tensó ni se apartó. Eufórico porque ya confiaba en él, succionó el diamante de su deseo, conmovido hasta las lágrimas, cuando ella gritó su liberación.

—Esto dolerá la primera vez —murmuró, mientras se posicionaba en su entrada y se sumergía. Ella estaba apretada, pero así apretada era buena, más que buena. Ese fue su último pensamiento coherente, antes que el éxtasis se apoderara de él y la palpitante cueva de Makenna le quitara la vida.

* * *

Makenna hizo girar los dedos sobre la capa de sudor, que cubría la espalda de Ash. Él yacía sobre ella, evidentemente exhausto, pero a ella no le importaba su peso. Todavía estaba tratando de encontrarle sentido, a lo que había sucedido, ahora que el arcoíris de colores se había disuelto, por lo que decidió que lo primero que haría sería reírse, en las caras de las viejas brujas del pozo de la aldea. Evidentemente, no habían tenido la suerte de casarse con el amante más paciente del mundo. Si había sentido dolor al unirse, ella no se había dado cuenta, ya que estaba demasiado absorta, en las sensaciones eufóricas, que le provocaba la boca hábil de Ash.

Había estado nerviosa por ese tamaño, pero al sentir esa gruesa longitud dentro de ella, y esas semillas bañando su útero, no podía encontrar las palabras adecuadas para describirlo.

—Perfecto —susurró, decepcionada, cuando ese miembro masculino se deslizó fuera de su cuerpo y se desenroscó de su entrada.

—Lo perfecto no te hace justicia —dijo él con voz áspera, mientras ese aliento le hacía cosquillas en el cuello.

Noticias de Thorne

Ash se sentía como una oruga fea, que había emergido de un capullo, que la confinaba, y se había convertido en una hermosa mariposa. Durante quince días, abordó muchas tareas arduas en la destilería, tomando fuerzas con la certeza que sus noches estarían llenas de apasionadas escenas amorosas. Su sospecha que Makenna era una mujer apasionada había resultado ser correcta. Esa necesidad de él parecía insaciable. Todo lo que podía hacer era no seguir apareciendo, en su pequeña oficina, durante las largas horas de trabajo, solo para compartir un beso. Además, Tavish lo fulminaba con la mirada, cada vez que sus ojos se desviaban en esa dirección.

En cuanto terminó la cena en Lockie House, ella le hizo un gesto con las pestañas y se lamió los labios. No es que a él le importara ser el objeto del deseo de una mujer hermosa, pero le preocupaba que estuvieran abusando de la hospitalidad, en el dormitorio de invitados.

—Entonces, ¿qué implica construir nuestra propia cabaña? —preguntó él, una noche, después de haberse llevado al éxtasis, el uno a la otra.

—¿Estás seguro que quieres vivir en las Highlands de forma permanente? —respondió ella—. Me preocupa que extrañes tu antigua vida en Londres.

—No extraño nada de ello —mintió.

—¿Ni siquiera tu familia?

Él podría haber sabido que ella había percibido el gran vacío en esta vida idílica. ¿Podría revelar sus remordimientos sin molestarla?

—Extraño a Willow y Niven. Debería estar haciendo lo que se supone que debe hacer un segundo hijo y brindar apoyo moral, mientras Rowan asume sus nuevas responsabilidades, como duque. Gracias a mi terquedad, nunca tuvimos la oportunidad de lamentar juntos la muerte de papá. Me gustaría que mi familia te conociera, así estarían seguros que estoy reformado, feliz y bien casado. Además, no saber qué le ha sucedido a Thorne me corroe. Debería estar buscándolo.

—Pero no sabes por dónde empezar —señaló ella.

—Sí —suspiró.

—Me encantaría viajar al sur contigo. Me gustaría conocer a tu familia, y estoy segura que Cat estaría feliz de recibir una visita.

Esto era tentador, pero él no quería parecer demasiado ansioso.

—Ya veremos —dijo, mientras los impulsos masculinos se agitaban una vez más, en la base de su columna vertebral, y todas las preocupaciones que lo picoteaban volaban del nido.

* * *

Makenna se sintió encantada y sorprendida, cuando Ash entró en su oficina, a media tarde.

—Tavish te va a dar una reprimenda —le advirtió, preocupada por ese ceño fruncido.

—En realidad, él me envió —respondió—. He recibido una carta.

Por primera vez, ella notó la misiva que él tenía en la mano.

—Espero que no sean malas noticias.

—No, supongo que en cierto modo es bueno. Es de Rowan. Hay rumores sobre Thorne.

—Siéntate aquí y léemela —dijo ella, dejando libre su silla alta.

Él se veía tan adorable, sentado en la silla con esos pies, tocando el suelo, mientras los de

ella colgaban en el aire, pero este no era el momento para expresar admiración por las largas piernas de ella.

Ash comenzó a leer: *“Niven vino a verme, muy entusiasmado por las noticias que le transmitió el capitán del Mighty Oak”*.

Hizo una pausa para explicar:

—Es uno de nuestros barcos más grandes. Después de la muerte de mi madre, mi padre decidió ponerle a sus barcos nombres de árboles, en su honor.

—Continúa —respondió ella, asintiendo con la cabeza, indicando que comprendía.

“El barco acababa de regresar de Barbados con un cargamento de azúcar. El capitán informa que vio a un joven, que había llegado recientemente a la isla. Estaba trabajando en un molino de azúcar. Johnson era el capitán del barco, que transportó a los hijos del duque de Withenshawe a Flandes durante la guerra. El capitán está muy seguro de haberlo reconocido, como uno de los muchachos Halstead”.

—Sin duda se acuerda de nosotros —resaltó Ash con tristeza—. Obligamos a Niven a venir contra su voluntad, y el capitán quedó horrorizado por nuestras acciones.

Makenna tomó la carta de la mano temblorosa de su marido, y leyó el resto de la misiva:

“Niven y yo estamos en un dilema sobre qué hacer con esta noticia. Por un lado, es bueno saber que nuestro hermano todavía está vivo. Por otro, queremos que regrese a casa, como estoy seguro que tú también quieres. Willow y Daisy están embarazadas, así que este no es un buen momento para que ninguno de nosotros se vaya a las Indias Occidentales. No puedo abandonar la responsabilidad del ducado en ningún caso. De todos modos, espero que te estés adaptando a tu nuevo entorno. Pensé que deberías saberlo.

Con cariño,

Tu hermano Rowan”.

Ella dobló la carta y se la devolvió.

—Él te necesita —dijo.

Ash la rodeó con los brazos, la acercó a él y apoyó la cabeza en sus pechos.

—Lo sé. Estoy muy contento por la noticia. No quiero dejar esta vida, que estamos construyendo. Soy feliz aquí por primera vez en mucho tiempo.

Ella pasó los dedos por su largo cabello.

—Podemos ser felices en cualquier lugar —insistió ella—. Siempre y cuando estemos juntos.

* * *

Ash se sintió conmovido por la despedida organizada por Lady Maureen y Sir Jock. Todos, incluidos Tavish y Payton, lamentaron verlos abandonar las Highlands, pero comprendieron la necesidad de la partida. Se dio cuenta que iban a extrañar a Makenna, más que a nadie, pero sus buenos deseos para el regreso seguro de Thorne, a Inglaterra, parecían genuinos. Ash reconoció que el afecto de la comunidad por la familia Halstead provenía del generoso apoyo de su padre a la Destilería del Reino.

Era comprensible que Makenna, Piper y Alba lloraran, mientras se abrazaban, antes de la

despedida final. Las amigas más cercanas de Makenna estaban embarazadas. Ella les exigió que prometieran escribirles, cuando finalmente nacieran los dos bebés. Esa despedida entre lágrimas le evocó a Ash imágenes esperanzadoras: ¡Makenna con su hijo!

Sí, hubo muchas lágrimas, pero Ash admiró la asombrosa forma en que su esposa se había entregado a los preparativos de una semana para el viaje. Parecía más emocionada que él por ir a Londres.

Lady Maureen gentilmente les prestó un carruaje y un conductor para que los llevaran a Dundee. El viejo vehículo, que mostraba signos de desgaste, no estaba a la altura de los estándares de Withenshawe, pero era una gran mejora con respecto al carro de la destilería y la lona.

A Ash le resultó curiosamente difícil despedirse de los hermanos King. Había llegado a simpatizar con ellos y a respetarlos.

—Les agradezco a ambos por ayudarme a volver al buen camino —dijo.

—No, Makenna y tú fueron los que lo consiguieron —respondió Tavish.

—Que el Señor te acompañe —dijo Payton—. Te extrañaremos.

Ash se sintió apenado por el afecto genuino, que ambos hombres parecían haber desarrollado por él.

Makenna y él subieron al carruaje. Se abrazaron, mientras el vehículo se alejaba de Lockie House.

—Volveremos —le aseguró.

—Sí —suspiró ella sin estar convencida de esto.

Bienvenidos a casa

Sentado a la mesa del comedor de la Abadía de Rochevaux, Rowan Halstead recogió la pila de cartas del correo matutino y las clasificó rápidamente.

—No hay nada de interés —dijo—. No hay respuestas a nuestras preguntas sobre Thorne.

—Aún es pronto —respondió su esposa—. Barbados está a miles de millas de distancia.

—Daisy tiene razón —la apoyó Niven—. Podrían pasar semanas, antes que obtengamos una respuesta. Willow y yo tenemos que regresar a Londres hoy mismo.

—Agradecemos que nos traigan noticias sobre Thorne —dijo Daisy—. Sé que estás ansioso por volver al astillero.

—Él piensa que toda la operación se detendrá, si él no está allí —destacó Willow con una sonrisa.

—Probablemente tenga razón —aclaró Rowan, riéndose—. Pero, todavía no estamos más cerca de decidir qué hacer con Thorne.

A punto de enfrentarse a los arenques, que no le apetecían, levantó la vista, cuando entró el mayordomo y tosió cortésmente.

—¿Qué pasa, Riley?

—La entrega se ha retrasado, Su Gracia. Estuve obligado a pagar tres peniques por el franqueo desde Escocia.

Olvidándose de los arenques, Rowan extendió la mano para tomar una misiva.

—Entonces, ¡está bien!

Con el sobre en la mano, sus esperanzas aumentaron. Reconocería el garabato de Ash en cualquier lugar.

—Es de mi hermano de las Highlands.

Rompió el sello y examinó el contenido.

—¡Cielos! Ash está de camino a casa. ¡Trae a su esposa!

—¿Está casado? —exclamó Willow—. ¿Cómo puede ser?

—Supongo que nos enteraremos de toda la historia cuando llegue. Niven sabrá cuándo está previsto que atraque el próximo barco procedente de Dundee.

—Tres días, si no me falla la memoria —respondió Niven.

Animado por el tono positivo de la carta de Ash, y los elogios que su hermano prodigó a su esposa, Rowan tomó una decisión:

—Todos iremos a Londres para saludar a Ash y Makenna Halstead. Parece que el miembro más nuevo en unirse a nuestra familia es una prima de la duquesa de Ramsay, la cuñada de Daisy.

El humor de Rowan mejoró. Comprendió que Ash se había dado cuenta que lo necesitaban en casa, pero al fin, él había encontrado su propia satisfacción, justo en Escocia, entre todos los lugares posibles.

* * *

—Sabía que vendrían a recibirnos —declaró Ash, cuando vio a su familia, esperando en el muelle de Londres. No estaba seguro de Rowan, así que no le había dicho nada a su esposa. La presencia de su hermano tal vez significara que su comportamiento errático había sido

perdonado. Si Rowan todavía estaba enojado, Ash confiaba en que Makenna pronto lo cautivaría.

—Pensé que tu hermano había perdido una pierna en Waterloo —dijo ella.

—Fue así, pero pudo comprar una pierna artificial. Fue hecha especialmente para él.

—Nunca había oído hablar de algo así —expresó ella—. Hay un muchacho que regresó a Glengeárr con una sola pierna. Su madre viuda no puede administrar su pequeña propiedad sin su ayuda, así que mendiga, cuando sus vecinos no tienen comida de sobra.

Ash sabía que ella no tenía malas intenciones, pero eso le hizo comprender las desigualdades de la vida. Rowan tenía dinero y una posición social, todo lo cual lo había ayudado a superar su discapacidad. Sabía que las calles de muchas ciudades inglesas estaban llenas de mendigos, que no podían trabajar, debido a las heridas sufridas en Waterloo. Una ciudad no era un lugar donde los vecinos pudieran acudir al rescate.

Se preguntó si el muchacho escocés había estado en el hospital militar, al mismo tiempo que su hermano. Niven había tocado la flauta para levantar la moral de los heridos. Preocupado por el temor de convertirse en el heredero de su padre, si Rowan fallecía, Ash no les había prestado atención a los otros hombres.

Decidido a ser un mejor hombre y preocuparse más por aquellos menos afortunados que él, inhaló el aire ciertamente fétido de Londres, y respondió al frenético saludo de Willow.

—Ella es mi hermana menor —le dijo a Makenna.

—Está embarazada —comentó su esposa.

Él se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Sí, le sienta bien. Se ha convertido en una mujer hermosa.

* * *

Niven y Rowan, uno al lado del otro, observaron a Ash escoltar a una pelirroja increíblemente hermosa por la pasarela del barco.

—Te dije que una temporada en las Highlands le vendría bien —canturreó Niven—. La última vez que vi a Makenna, era solo una muchacha. Ya era hermosa entonces, pero ahora...

—Parece que les ha ido bien —dijo Rowan—. Esperemos que esto dure.

—Makenna no es una chica que se comprometa con un hombre, a menos que esté segura de él. Tal vez, ella fue quien lo ayudó a ver el error de sus acciones.

La esposa de Niven le dio un codazo en las costillas.

—Hazle saber que te alegras, que esté en casa —le recordó Daisy a Rowan.

Pero Rowan no necesitaba que le recordaran esto. Más bien, él estaba contento que Ash hubiera regresado. Abrazarlo cuando llegaron al muelle no fue difícil, aunque Willow solo le permitió un segundo o dos de bienvenida, antes de colocarse entre ellos, y abrazar a su hermano.

—A todos ustedes... —anunció Ash, sonriendo ampliamente, mientras soltaba los brazos de Willow de su cuello—. Les presento a mi esposa, Makenna.

Había orgullo en su voz y, físicamente, parecía mucho más saludable, que cuando salió de Londres. Tal vez Niven tenía razón.

—Bienvenida a la familia, Makenna —expresó Rowan, dándole un beso cortés en los nudillos.

Ella hizo una reverencia.

—Gracias, Su Gracia.

—Por favor, sin formalidades. Ahora somos hermanos. Debes llamarme Rowan.

Daisy tomó del brazo a la recién llegada.

—Y yo soy su esposa, Daisy. Tu prima Cat está casada con mi hermano.

—Un placer conocerte. Estoy ansiosa por visitar a Catriona.

Miró a su alrededor nerviosamente, aparentemente desconcertada por todos los nuevos rostros y nombres. Una amplia sonrisa iluminó su rostro cuando divisó a Niven.

—Es bueno verte, Niven King —declaró—. Tus hermanos te envían su cariño.

—Bienvenida, Makenna —manifestó, mientras se abrazaban—. Te presento a mi esposa, la hermana de Ash, Willow.

Willow la abrazó.

—Bienvenida, hermana. No puedo esperar a escuchar cómo conociste a Ash.

—Yo era la contadora de la Destilería del Reino —respondió.

—Debes ser inteligente —dijo Willow, mientras caminaban hacia el carruaje.

Rowan deseaba poder estar tan relajado como su hermana, a quien no parecía molestarle en absoluto que su hermano se hubiera casado con una plebeya escocesa, que se ganaba la vida como empleada.

Se rió de su propio esnobismo, cuando se enteró que eso era exactamente lo que Willow había hecho. Rowan no podía desear un mejor marido para su hermana que Niven.

* * *

Rowan parecía querer quedarse un rato más, mientras los demás se dirigían a los carruajes. Ash no estaba seguro qué esperar, aunque el abrazo había sido muy sincero.

—¿No estás impresionado? —preguntó.

—Sí, te ves mucho mejor.

—No, me refiero a Makenna. ¿No es hermosa?

—Lo es. Puedo entender lo que tú ves en ella, pero, ¿qué diablos ve ella en ti?

Ash apretó la mandíbula. Algunas cosas nunca cambian. Entonces, notó la sonrisa que tiraba de las comisuras de los labios de Rowan y se relajó.

—A menudo me lo pregunto. Esa tonta muchacha está enamorada.

No recordaba haber visto a Rowan reírse con tanta alegría.

—Parece que el matrimonio también te sienta bien. —Su hermano le puso una mano en el hombro—. Fui un tonto al rechazar a Daisy, durante tanto tiempo. Ella me ha convertido en un hombre.

Ash abrazó a su hermano, mientras se preguntaba qué había pasado con el grandilocuente Rowan, que nunca admitía ninguna debilidad.

—Puedo decir lo mismo de Makenna. Ella me hace sentir completo.

—Somos hombres afortunados —respondió Rowan, dándole una palmada en la espalda a Ash.

—Sí —asintió Ash, mientras se separaban—. Ahora, ¿qué hacemos con Thorne?

—Lo discutiremos. Primero, llevemos a tu encantadora esposa y a ti, a casa.

Thorne

Un alma atribulada

Thorne Halstead apoyó los pies descalzos, en la arena mojada, y observó cómo el sol se hundía en el horizonte. No podía quedarse mucho tiempo por miedo, a que los mosquitos le atacaran los tobillos, pero había venido a ese lugar, todas las noches, a la misma hora, desde su llegada a Barbados hacía seis semanas. La playa al anochecer le brindaba la oportunidad de disfrutar de un breve respiro del calor implacable. No debería quejarse. Al menos la isla estaba azotada por una refrescante brisa marina, mientras que en Egipto...

Cerró los ojos para ahuyentar los recuerdos y sintió los últimos rayos del sol moribundo en su rostro. El mismo sol que salía y se ponía en la Abadía de Rochevaux. Tal vez algún día podría volver a casa.

Al recordar los momentos felices de su infancia con Rowan, Ash y Willow, se preguntó dónde estaban sus hermanos ahora y qué estaban haciendo. ¿Había sucumbido Rowan a sus horribles heridas? ¿Willow estaba casada con Niven King, o su padre la había convencido de lo contrario? ¿Y qué había pasado con Ash? La última vez que Thorne vio a su hermano en París, le preocupó su creciente hábito de beber demasiado vino y acostarse con demasiadas mujeres.

Abrió los ojos y se dio cuenta con tristeza, que nunca podría volver a casa, especialmente si Rowan habría muerto por no haber podido controlar su caballo en Waterloo.

Su penitencia fue quedarse en Barbados, donde los esclavos eran tratados como animales, supervisar a los trabajadores, en el molino azucarero, era terriblemente tedioso y las horas de trabajo eran largas.

Debería estar agradecido. Allí se le trataba con más respeto que en Inglaterra. No porque la gente con poder supiera que era hijo de un duque, cosa que no sabían, sino porque era un caballero blanco e inglés. La única queja de su patrón era que Thorne debería hacer más uso del látigo, que le habían proporcionado.

Barbados le enfermaba el alma, pero, mientras recuperaba sus botas, reconoció que merecía cada minuto doloroso y solitario de esta existencia, en una roca aislada a miles de millas de su hogar.

* * *

Oculto entre las rocas, que bordeaban la playa, Queenie Gordon temblaba al observar al hombre blanco. Venía allí todas las noches a contemplar la puesta del sol. Este era su lugar favorito, y, al principio, le había molestado la intrusión de ese hombre. Sin embargo, intuía que era un alma atribulada y nunca se equivocaba en estas cosas. Sus compañeros de Roma aceptaban y honraban su don de adivinar lo que había en el corazón de una persona.

—¡Que busque consuelo en ese lugar sagrado! —razonó, aunque él salía de la playa todas las noches con la cabeza gacha y los hombros rígidos. Algo le rondaba por la cabeza. Ella podría ayudarlo, pero probablemente la despediría con el mismo desdén, que todos los blancos sentían por los gitanos. Ella no era una esclava, pero los tinkers eran considerados lo más bajo de lo más bajo.

A ella no le importaba esto. Su pueblo tenía su propia comunidad, sus costumbres y su lengua. Eran su familia y nada era más importante. Estaba orgullosa de su herencia. Doscientos años atrás, todos los gitanos escoceses habían sido desterrados a Barbados para trabajar como

sirvientes contratados, en las plantaciones. Su tatarabuelo había trabajado como esclavo, durante cinco años, y finalmente fue recompensado con diez libras y cinco acres de tierra. Su vida tenía sus dificultades, pero todos los días daba gracias a la diosa por no ser una esclava. Los negros y los irlandeses eran tratados como perros por los dueños de las plantaciones inglesas. Se rumoreaba que el Parlamento de Londres estaba trabajando en planes para mejorar las condiciones de los esclavos, en el Caribe. Esta noticia había despertado esperanzas, pero también aumentó el resentimiento. Los esclavos ansiaban la libertad de la que ella disfrutaba. Libertad para reírse, bailar, divertirse y gobernar sus propias vidas. Se armaría un infierno, si la Asamblea Legislativa de Barbados no seguía el ejemplo de Inglaterra. Y si los esclavos se rebelaban, los gitanos harían todo lo posible por ayudarlos.

* * *

Thorne abandonó la playa y se dirigió a la casa del dueño de la plantación, donde se encontraba alojado. Siendo un caballero inglés se esperaba que viviera con la familia Marchant. Al principio, esto le había parecido una idea maravillosa, lo cual era preferible a vivir solo, o en alguna casucha alquilada.

La asistencia a la cena era obligatoria. Como todas las noches, la conversación giró en torno a las expectativas poco razonables y el pobre rendimiento de los esclavos. Adolphus Marchant expresó su descontento por la exorbitante cantidad de dinero, que estaba obligado a pagar por sus cientos de esclavos.

—El señor Halstead debería aplicar el látigo con más fuerza, cuando los desgraciados se quejan —opinó Samantha, de diez años.

—O cuando no trabajan lo suficiente —añadió Samuel, su hermano gemelo.

Thorne perdió el poco apetito que tenía.

Los Marchant eran ricos, su casa era espaciosa y cómoda. La familia de Thorne era adinerada, sus mansiones eran grandiosas, pero él no se consideraba un niño mimado. Él y sus hermanos eran privilegiados, pero no le arrancaban la piel a un sirviente, cuando no estaba a la altura de las circunstancias.

Tenía en la punta de la lengua la idea de proponer a los gemelos que fueran al ejército, pero lo pensó mejor. Solo había mencionado Waterloo una vez. Marchant se había pasado la siguiente hora, cantando alabanzas a Napoleón Bonaparte:

—Era un hombre con visión de futuro. Elías predijo su llegada, pero los fariseos del mundo acabaron con él, igual que asesinaron a nuestro querido Señor y Salvador. Necesitamos más hombres como el emperador francés.

Por más divertido que fuera pensar en Wellington con la túnica de un fariseo, los recuerdos de los horrores perpetrados, en Portugal y España, por las tropas de Napoleón le obstruían la garganta a Thorne. No obstante, él permaneció en silencio. Si la esposa española de Payton King hubiera estado presente, probablemente le aclararía las cosas a Marchant sin ambages.

En cuanto a los rumores sobre los planes británicos para mejorar las vidas de los esclavos, Adolphus estaba muy seguro que la Asamblea Legislativa de Barbados, de la que era miembro, nunca estaría de acuerdo.

* * *

Una vez que se puso el sol, Queenie regresó al campamento de su familia. Se reunió con su tío, junto al fuego, en el centro del claro. El tentador aroma de carne asada llenó sus fosas

nasales.

Sin Goliat, ella habría pasado hambre a menudo. Él llevaba una pesada carga, proporcionándole comida y refugio. De vez en cuando, ganaba dinero como calderero, cuchillero y otros trabajos. Los dueños blancos de las plantaciones despreciaban a los gitanos, pero estaban más que dispuestos a hacer uso de las habilidades y la fuerza bruta de Goliat, aunque siempre le pagaban una miseria por su trabajo.

Adolphus Marchant era un hipócrita particularmente parsimonioso, que repetía versículos de la Biblia, mientras castigaba cruelmente a los esclavos varones, cuyas esposas e hijas, él violaba con regularidad. Ella nunca ofreció sus servicios, como lavandera en la plantación de Marchant, aunque la misma era la más cercana a la pequeña propiedad de Gordon.

—Hay rumores de descontento en casa de Marchant —le dijo Goliat, mientras ella repartía la carne de las liebres, que él había asado.

Un nudo de miedo se le hizo en el estómago. Sus palabras confirmaron lo que ella había sentido. Pronto habría una revuelta.

Mientras comían, sus pensamientos se dirigieron al hombre que frecuentaba la playa al atardecer. Rezaba para que no trabajara para los Marchant, pero lo más probable era que así fuera.

La primera reunión

Como muchos otros en Barbados, el ingenio azucarero de Marchant constaba de tres edificios: el molino propiamente dicho, donde los rodillos trituraban la caña de azúcar para extraer el jugo, la sala de cocción y el alambique. Los mismos se encontraban alineados en una pendiente para que el jugo de azúcar pudiera fluir hacia abajo desde el molino hasta el alambique.

Thorne trabajaba principalmente en el asfixiante molino de caña, el cual consideraba preferible a la sala de ebullición. “Trabajar” era un verbo inapropiado. Su única responsabilidad era asegurarse que los esclavos nunca dejaran de trabajar. Su tarea era introducir la caña en los rodillos. En los días ventosos, un molino de viento hacía girar los rodillos. Si no había viento, los esclavos eran obligados a trabajar como ganado uncido, en un torno unido a los rodillos, y pasaban horas, caminando en círculos. Si no se movían lo suficientemente rápido, los azotaban. Aunque Thorne no se atrevía a usar un látigo contra otro ser humano. Usualmente, se alejaba, fingiendo no darse cuenta, cuando un joven negro vacilaba.

—Eres un hombre amable —dijo una voz profunda.

Reconoció el tono del jefe de los esclavos, un hombre que había nacido libre en África. Capturado por mercaderes africanos, vendido a traficantes de esclavos europeos y transportado a Barbados, a finales del siglo pasado. Su destino le recordó a Thorne con demasiada claridad el crimen que él y sus hermanos habían intentado perpetrar contra Niven King.

—¡Bussa! —le respondió al gigante, que superaba en altura a Thorne—. ¿Cómo estás hoy?

—Muy bien, amo —dijo—. Hoy el Gobernador Leith ha venido desde Guadalupe con el periódico gratuito.

—¿Periódico? —preguntó Thorne.

—El Parlamento Británico abolió la trata de esclavos hace años. Ahora llega la libertad para nosotros en las islas del Caribe.

Thorne era un muchacho joven en Inglaterra, cuando se aprobó la ley para terminar con el comercio de esclavos, en el Imperio Británico, por el año 1807. El disgusto de su padre por la esclavitud lo había llevado a decretar que ningún barco de Withenshawe jamás transportaría esclavos. Sin embargo, el comercio de esclavos estaba muy lejos de ser abolido, y difícilmente, emanciparían, a los que ya estaban esclavizados. Como guardabosques, Bussa tenía que cuidar los límites y las cercas, una responsabilidad, que le permitía viajar libremente. Evidentemente, él había oído rumores sobre la inminente rebelión. Thorne esperaba que tuviera razón. No le tenía miedo a Bussa, aunque el esclavo podría aplastarlo, como a un insecto, si él lo deseaba. Había una gentileza en él, pero Thorne sintió que el hombre negro tenía una voluntad de hierro, que dos décadas de esclavitud para los blancos no habían logrado moderar. En otras ocasiones, las sublevaciones habían sido eliminadas, dándoles golpes a la mayoría de los esclavos, brutalizados, con los que Thorne entró en contacto.

—¿Conducirás hoy al señor Marchant? —preguntó.

—Así es, señor Halstead. Él irá a la Asamblea Legislativa.

Aunque el esclavo lo llamaba “amo”, Thorne siempre se sintió inferior al africano. Sospechaba que Marchant no tenía idea del orgullo, que aún se escondía en el corazón del gigante, al que había designado como jefe de todos sus esclavos.

* * *

A última hora de la tarde, Goliat le dijo a Queenie, que la Asamblea de Barbados había votado en contra de establecer un registro de esclavos caribeños, lo cual habría sido un primer paso para mejorarles las condiciones. El resentimiento estaba destinado a desbordarse.

Ella decidió ir a la playa para enfrentarse al hombre blanco. Había empezado a venir hacía poco, a ver la puesta de sol, así que supuso que no llevaba mucho tiempo en la isla. Intuía que la carga que soportaba tenía que ver con su incomodidad con la esclavitud. Si tenía razón, debería saber del problema que se avecinaba. Se rumoreaba que la rebelión estaría liderada por un esclavo de la plantación de Marchant.

El recién llegado parecía un joven reflexivo, y ella no quería que se viera envuelto en la violencia, que se avecinaba. Cualquiera que buscara consuelo, en una puesta de sol, era digno de protección.

—Has decidido salir de tu escondite —dijo, sin darse la vuelta, cuando ella se le acercó.

Sus palabras la tomaron por sorpresa. Había tenido cuidado de no alertarlo. No obstante, el timbre profundo de su voz la envolvió con volutas de calidez.

—¿Lo sabías? —preguntó.

Ella nunca sabría qué lo hizo girar la cabeza para mirarla. ¿Quizás el ligero acento escocés, en su forma de hablar, que ella y sus parientes habían decidido conservar? Esa voz la había cautivado, pero ese rostro la desequilibraba por completo. Cabello rubio, labios carnosos, pómulos altos y barbilla fuerte, que lo convertían en el hombre blanco más atractivo que había visto en toda su vida. Pero luego, él arruinó la magia:

—¡Eres un gitana! —exclamó.

* * *

Obviamente, Thorne había dicho algo fuera de lugar. La hermosa sonrisa de la exótica muchacha desapareció.

—Soy romaní —aclaró.

—Me temo que no sé qué es eso —confesó.

—Nos llamamos Roma, no somos gitanos ni tinkers, ni pikeys —susurró.

—Me disculpo, si te he ofendido —dijo—. No creo haber conocido nunca a una gitana.

Él no mencionó que el guardabosques de la Abadía de Rochevaux expulsaba a los gitanos de la finca de Withenshawe.

—Eres del sur de Inglaterra —afirmó ella.

—Tienes buen oído. Soy de Berkshire.

Se guardó para sí el hecho que su familia también poseía una casa en Londres. Ella probablemente se iría, si le revelara que era hijo de un duque.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, ansioso por mantenerla hablando. Además, la vida en Barbados había sido tan solitaria.

—Queenie —respondió ella—. Queenie Gordon.

—Suen a escocés —expresó, pensando en Niven—. Soy Thorne Halstead.

—Es un nombre inusual.

—Es la abreviatura de Hawthorne —explicó aliviado porque su apellido no significaba nada para ella—. Mi madre les puso a todos sus hijos nombres de árboles.

—Los gitanos también tienen tradiciones para poner nombres. Mis antepasados eran de Escocia. Los trasladaron a Barbados hace casi doscientos años.

Por lo que Thorne sabía, solo los criminales eran sentenciados a deportación.

—Entiendo —dijo.

—No hicieron nada malo. El gobierno decidió que no quería que los gitanos vagaran por toda Escocia.

—¡Qué terrible! —exclamó él—. Percibo un ligero acento irlandés en tu forma de hablar.

—Intentamos recordar las viejas costumbres —replicó ella—. Y todavía hablamos el dialecto escocés.

—¿Uno antiguo?

—Es una jerga, una mezcla de escocés y romaní.

—Fascinante —manifestó él, genuinamente intrigado.

—Viniste aquí recientemente —dijo ella.

La mayoría de las mujeres nobles, que Thorne conocía, nunca serían tan directas. Eso le gustaba de ella.

—Hace apenas unas semanas.

—He venido aquí todas las noches, durante cinco años —confirmó ella.

—Y yo me he entrometido.

—Podemos compartir.

Él quería disfrutar del tiempo con esa criatura exótica. Era claramente inteligente e increíblemente hermosa: piel oscura, cabello negro azabache y brillante, ojos tan grandes como platos y las pestañas más largas, que había visto en su vida.

—Me gustaría eso —dijo ella.

* * *

Queenie estaba nerviosa. Nunca había compartido nada con alguien que no era un romaní. Como la mayoría de los gitanos, evitaba el contacto con personas fuera de su comunidad, pero se sentía atraída por Thorne. Había una alquimia entre ellos y se sentía cómoda con él, quien soportaba una carga, una circunstancia a la que su don no le permitía resistirse.

—¿Por qué vienes aquí todas las noches? —preguntó ella.

—Esto es tranquilo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Es cierto —convino ella, recordándose a sí misma que debía ir despacio. A menudo, había que convencer a los hombres para que compartieran sus sentimientos y sus miedos—. La puesta de sol me ayuda a tranquilizarme, cuando he tenido un día difícil.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Sé lo que quieres decir, aunque no puedo imaginarme que una criatura tan encantadora como tú esté pasando días difíciles.

—Entonces, no sabes lo que es ser una romaní —replicó ella, decepcionada porque él era como la mayoría de los hombres blancos, que usaban la adulación para conseguir lo que querían.

—Te pido disculpas —dijo—. No sé nada de tu existencia.

—No, pero probablemente yo sé algo de lo tuya.

Él giró todo su cuerpo para mirarla de frente. Ella no esperaba ver la ira en sus ojos oscuros.

—Vas a leerme la fortuna, ¿no? —siseó.

Ella apretó los dientes, decidiendo que era necesario adoptar un enfoque más directo:

—¿Apruebas la esclavitud?

La penitencia

La pregunta de Queenie sorprendió a Thorne, pero tuvo que tener cuidado de no revelar demasiado a esta mujer, que no conocía.

—No apruebo que los traten como animales —respondió.

—Y aún así, trabajas para un hombre que es un animal —replicó ella.

—¿Cómo sabes que trabajo para Marchant? —preguntó, dándose cuenta inmediatamente que había caído en su inteligente trampa.

—Nací en Barbados —aclaró—. Pero los dueños de plantaciones blancas siempre me considerarán como una extranjera. Los conozco bien, a esos pocos privilegiados que creen que están por encima de la ley. El señor Marchant es un hombre, al que me esfuerzo mucho por evitar.

—Ojalá pudiera. —Él se lamentó, sin tener ninguna dificultad en creer que Marchant se aprovechaba de chicas vulnerables, como Queenie. Las mujeres esclavizadas no estaban protegidas.

—Si quieres sobrevivir en Barbados, debes mantenerte alerta. Por ejemplo, ¿te das cuenta que desde el momento en que son capturados, los africanos se disponen a resistir su servidumbre?

Él sacudió la cabeza.

—La mayoría de los esclavos de Marchant han perdido la resistencia, y no parece que vayan a rebelarse.

—Pero, muchos hablan su lengua materna, en privado.

—Eso está prohibido —confirmó él.

Ella asintió.

—Todos hacen como si aceptaran el cristianismo, pero, practican en secreto su propia religión. Realizan rituales africanos, como tocar tambores. Los blancos se vuelven locos, cuando no pueden rastrear la fuente del sonido.

—Tengo entendido que algunos esclavos trabajan lejos de los campos de caña y de los molinos.

—Cuidan ganado y cerdos, reparan cercas, plantan y cosechan alimentos.

—Agricultores, en otras palabras.

—Sí, excepto que tienen sus propios amos blancos, ahí afuera.

Thorne se dio cuenta que podía aprender mucho de Queenie.

—Entonces, ¿cómo te las arreglas aquí en la isla? ¿Tienes un protector?

—Goliat es mi protector —respondió ella con una sonrisa.

—Lo digo en serio —insistió.

—Goliat es mi tío. Es el jefe de la familia, ahora que mis padres ya no están.

Un deseo de proteger a esta mujer de todos los peligros invisibles, que acechaban en la isla, surgió en el corazón de Thorne, pero reconoció con tristeza que más bien ella probablemente estaba mejor preparada para protegerlo a él.

—Va a haber una rebelión —dijo ella de repente—. ¡Pronto!

Incluso en la penumbra del crepúsculo, ella parecía pálida y asustada. Él no dudó en rodearle los hombros con el brazo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, complacido, cuando ella se acurrucó contra él.

—Los gitanos viajan por toda la isla. Escuchan cosas. Los esclavos creen que la libertad está al alcance de la mano, gracias a que el Parlamento Británico ha abolido el tráfico de esclavos, y recientemente se ha hablado de un registro de los esclavos caribeños, pero los amos nunca permitirán que esto suceda.

Thorne era un veterano de Waterloo, pero una guerra entre esclavos y amos, entre negros y blancos, se avecinaba como un conflicto aún más sangriento. Pensó en Bussa, el gentil gigante, y supo con absoluta certeza que el orgulloso guardabosques estaría al frente de cualquier revuelta.

—Los gitanos ayudaremos a los esclavos, en todo lo que podamos —le dijo mientras se soltaba de su brazo—. Debes decidir de qué lado estás.

* * *

Queenie había permitido que el gorgio, o no romaní, la tocara, algo que nunca hacía. Una gitana valoraba su castidad por encima de todo, pero ella sentía extraños impulsos de deseo, ante la presencia muy masculina de Thorne.

Ella sintió que él se sentía atraído por su persona. A diferencia de otros hombres, que deseaban a las gitanas, las caricias de este hombre eran nobles, motivadas por la amabilidad y la consideración.

—No sé exactamente cómo responder a tu pregunta —insistió—. Aborrezco el trato cruel que reciben los esclavos, pero soy un recién llegado aquí, y soy blanco.

—Pero no eres como los demás blancos. Y mucho menos como Marchant. ¡Eres como un verdadero caballero!

—Probablemente, esto tenga algo que ver con mi educación —replicó, encogiéndose de hombros.

Su ceño fruncido delataba su pesar por haber mencionado a su familia. Ella apostaría a que allí estaba su tormento.

Queenie tomó esa cálida mano.

—Háblame de la gente que dejaste atrás en Inglaterra.

—No puedo —expresó él con voz áspera.

—Los extrañas.

—Más de lo que puedo decir —confesó.

—Entonces, ¿por qué no regresas a tu país?

Él luchó con sus demonios, durante largos y silenciosos minutos, y luego afirmó:

—Quedarme aquí es mi penitencia.

* * *

Thorne no entendía por qué le había revelado algo así a una perfecta desconocida. Sin embargo, se sentía bien poder desahogarse finalmente con alguien y, curiosamente, confiaba en esa mujer que acababa de conocer.

—¿Te enviaron aquí como castigo? —preguntó ella.

—Me estoy castigando a mí mismo —respondió, dándose cuenta que estaba demasiado inmerso en su confesión, como para echarse atrás. Queenie lo acosaría hasta que le contara toda la historia.

La historia de Waterloo salió a la luz. Toda, incluyendo el secuestro de Niven, la horrible batalla, la herida de Rowan, el libertinaje de Ash, su propio miedo paralizante y su ineptitud.

—Nunca quise ser soldado. —Él estaba arrepentido, incluso sonando patético para sus

propios oídos.

—Entonces, ¿por qué te alistaste en el ejército? —preguntó ella sin rastro de reproche en su voz.

—Rowan era el soldado. Ash y yo nos pusimos en la misma fila.

—Parece que tu hermano mayor es algo así como un matón.

—Lo has evaluado con pocas palabras. —Thorne se rió entre dientes.

—Todos ustedes eran oficiales. De ello se deduce que son de noble cuna.

—Sí —admitió de mala gana, temeroso de revelar el título de su padre.

—¿Crees que causaste la lesión que sufrió tu hermano mayor en Waterloo y que, debido a ello, perdió su pierna? —preguntó.

—Bueno, no fui yo exactamente el que lo causó —respondió.

—¿Quién lo hizo?

Thorne tuvo que pensar:

—Supongo que fueron los artilleros franceses, que dispararon, y le destrozaron la rodilla.

—¿Y por qué Rowan se puso en la línea de fuego?

Thorne tragó saliva con fuerza.

—Para salvarme de un coracero francés, que iba a decapitarme, cuando me caí del caballo.

—¿Desearías que no te hubiera salvado?

Thorne cerró los ojos.

—No, se lo agradezco —suspiró.

—¿Le has dicho esto?

Abrió los ojos. Queenie había dado en el clavo. Lo conocía mejor que él mismo.

—No. Fui demasiado cobarde para visitarlo en el hospital de campaña, y no he vuelto a casa, desde que dejé mi regimiento en París.

—Él debe preguntarse, si tú aún estás vivo y si su sacrificio valió la pena. ¿No crees que ambos se sentirían mejor, si se lo agradeces personalmente?

Con una simple pregunta, una mujer, que no conocía, le quitó un peso de encima. Ya era hora que volviera a casa.

—Y si tienes intención de abandonar Barbados, no se pierde nada con elegir bando, en el conflicto que se avecina.

Thorne no podía negar que tenía simpatías por esta causa. Bussa y sus compañeros esclavos tenían derecho a ser libres.

—Dime cómo puedo ayudar.

El rescate

A medida que transcurrían los largos y húmedos días, el estado de ánimo en el molino cambiaba. Thorne no podía precisar qué era lo que había sido transformado, pero los esclavos parecían inquietos. Pensó que era poco probable que todos los esclavos de Marchant estuvieran involucrados en la planificación de una revuelta, por lo que atribuyó su humor al clima opresivo, ya que las nubes oscuras arrojaban mucha lluvia, los vientos aumentaban y el mar se agitaba considerablemente.

—Se acerca una gran tormenta —advirtió Bussa—. Quizás un huracán.

Thorne había oído hablar de las intensas tormentas, que azotaban las islas del Caribe.

—¿Está preparada la plantación? —preguntó.

—¿Para el viento y la lluvia? —replicó Bussa—. Sí, amo. No se preocupe. Todo está listo.

Thorne miró a los ojos del esclavo, pero no vio nada más que el habitual brillo inescrutable.

En la mesa, Marchant indicó que se acercaba un huracán.

—Mañana haré que tapien las ventanas de esta casa. Bussa se ocupará de ello y preparará los molinos. No se puede ser demasiado precavido.

Thorne se dio cuenta que su jefe no tenía intención de tomar ninguna medida para proteger las chozas, que albergaban a sus esclavos.

Ver la puesta del sol era imposible. El sol no tenía ninguna oportunidad contra la densa capa de nubes, y la arena se arremolinaba. No obstante, Thorne continuó con sus excursiones porque Queenie lo acompañaba allí todas las noches. Ella se convirtió en su principal motivación para ir a la playa. Se mantenían bien alejados de las olas, que se estrellaban en la orilla, manteniéndose calientes el uno a la otra, en una pequeña abertura protegida en las rocas, que Queenie le mostró.

—Marchant dice que se acerca un huracán —le dijo, sintiendo el calor de su brazo presionado contra el de ella, debajo de la manta, que ella trajo. La urgencia de abrazarla y presionar sus labios contra los de ella se estaba volviendo insoportable. Su ansiosa polla confirmó que quería más que amistad de esta mujer, pero él había decidido irse de la isla. Era poco probable que ella lo acompañara, y él no podía amarla y dejarla.

—Goliat también lo cree —confirmó ella—. Debes refugiarte en la casa, cuando llegue lo peor.

—¿Y tú qué? ¿Estarás a salvo?

—Goliat conducirá nuestro carro más hacia el interior.

—¿Vives en una carreta?

—Es la forma de vida de los gitanos. La ley nos prohíbe viajar, así que nos quedamos en nuestra pequeña finca, pero no podemos renunciar a nuestro carro, aunque ya no podamos viajar.

—¿Qué pasa con la rebelión? —preguntó.

—Pueden aprovechar la confusión o pueden esperar —respondió ella—. Solo el tiempo lo dirá.

* * *

Las fuertes lluvias y los vendavales azotaron la isla durante dos días, lo que hizo imposible ir a la playa. Queenie extrañaba sus encuentros con Thorne. La tormenta pronto empeoraría, por lo que se puso nerviosa, cuando el viaje hacia el interior se retrasó. Varios edificios

gubernamentales de la ciudad tenían ventanas, que necesitaban ser tapiadas. Era una oportunidad para que Goliat ganara dinero extra.

Cuando se dispusieron a partir, la tormenta se había intensificado. El asustadizo caballo era difícil de enjaezar, cuando los relámpagos brillaban y los truenos rugían. La lluvia parecía como un cúmulo de agujas, que les perforaban las manos y el rostro a Queenie. En el camino, pasaron junto a palmeras encorvadas, como arcos. Goliat y ella estaban empapados.

—¡Entra! —gritó finalmente su tío por encima del aullido del viento—. No tiene sentido que nos empapemos los dos.

Temblando, subió a bordo y comenzó a cambiarse de ropa. El vaivén del carro la sacudía de un lado a otro.

—Eres una gitana —se recordó—. Te acostumbrarás a la vida en movimiento. Los moretones se curarán.

Finalmente vestida, se sentó en el borde del colchón, agarrándolo. No creía que hubieran ido muy lejos, cuando de repente el mundo de ella se puso patas arriba. Los muebles se derrumbaron. Las ollas y sartenes volaron por todos lados, casi chocando con ella, que yacía despatarrada en el suelo. Se arrastró hasta la puerta, pero esta se negaba a abrirse por más que ella empujara. Por encima del gemido del viento, escuchó débilmente la voz de Goliat:

—El carro se metió en una zanja. ¿Estás herida? No puedo llegar a la puerta. Voy a buscar ayuda.

—No, no me duele —respondió, y se le hizo un nudo en el estómago, cuando el agua empezó a filtrarse por la puerta bloqueada—. Date prisa —suplicó, mientras subía por el suelo inclinado para alejarse lo más posible del agua que subía.

* * *

Bussa acababa de regresar al molino, cuando un hombre sin aliento entró corriendo. Thorne no lo conocía, pero intuyó por su complexión y su aspecto moreno que podría ser el tío de Queenie. Bussa y los demás esclavos lo reconocieron claramente.

—¿Qué pasa, Goliat? —preguntó el africano.

Jadeando, el gitano se apoyó pesadamente en la cerca que rodeaba el cabrestante.

—Nuestro carro se volcó. Queenie está atrapada.

Bussa no dudó.

—Voy a ayudar, con su permiso, amo Halstead.

—Por supuesto —respondió Thorne con el corazón acelerado—. Yo también iré.

—Necesitaremos un caballo —solicitó Goliat—. Tuve que sacrificar al nuestro.

—Me encargaré de ello —le dijo Bussa.

Cinco minutos después, él regresó, sosteniendo las riendas del caballo de tiro más grande que Thorne había visto en su vida, con un rollo de cuerda sobre su hombro. Partieron, a pesar del vendaval. El caballo bajó la cabeza y siguió adelante, como si desafiar un huracán fuera algo cotidiano. Thorne tenía dificultades para mantenerse erguido, pero el viento y el terreno empapado no parecían tener ningún efecto sobre los dos gigantes que lo acompañaban. Cuando Thorne resbaló y cayó, Goliat le ofreció la mano.

—¡Tú eres el hombre con el que Queenie se ha estado reuniendo en la playa! —gritó.

Thorne no estaba seguro, si el gitano pensaba que esto era algo bueno o no, pero asintió.

—Lo soy. —Se sintió aliviado porque Goliat lo puso de pie, pero estaba exhausto, cuando llegaron al carro diez minutos después.

La energía resurgió, al ver el carro inclinado, en un ángulo extraño, con la puerta

sumergida, en una zanja llena de agua. Si no sacaban a Queenie rápidamente, se ahogaría en el agua, que ascendía rápidamente. No podía soportar la perspectiva de perder a esa mujer. Incluso ella se había vuelto esencial para su cordura.

Se le encogió el estómago, cuando vio un hilo de sangre, cayendo a la zanja, pero sus temores pronto se calmaron. Goliat había degollado al caballo.

—No hay elección —dijo el gitano, mientras miraba la pata destrozada del animal. El corazón de Thorne se conmovió por el hombre. La pérdida de un animal tan valioso y querido sería muy sentida.

—¡No hay tiempo que perder! —gritó Bussa, metiéndose en el agua para colocarse debajo del precario carro—. Pásame la cuerda.

Mientras desenrollaba la cuerda, Thorne volvió a quedar impresionado por la actitud autoritaria del esclavo. No cabía duda que había sido un líder entre su propio pueblo en África.

Una vez que Bussa tuvo la cuerda atada alrededor del eje sumergido, Thorne sujetó el otro extremo con seguridad al arnés. Goliat agarró el bocado, e instó al caballo a tirar. Thorne y Bussa se zambulleron en la zanja y apoyaron los hombros, en la parte trasera del carro. Thorne perdió el equilibrio, en el barro, y se agitó bajo el agua, vomitando agua sucia, cuando Bussa lo sacó a la superficie. Aún así, el carro no se movía. Desesperado, al no oír ningún sonido desde el interior del carro, Thorne intentó doblar los dedos, en el borde de la puerta, pero no había algo suficiente, fuera del agua, para agarrarse.

—¡Espera, Queenie! —gritó, esperando que ella pudiera oírlo—. ¡Te sacaremos!

Su mirada se encontró con la de Bussa, y vio la misma determinación desesperada corriendo por sus propias venas.

* * *

En un intento de contener el pánico, Queenie se aferró a un puntal de madera, pero el carro estaba inclinado en un ángulo precario. Era difícil no resbalar y caer en el agua, que parecía estar inundando todo, a un ritmo alarmante. Ya esta le había llegado a las rodillas. Al menos estaba protegida del viento aullante. Pensó que tal vez había oído la voz de Thorne, pero eso era solo una ilusión. Un caballero inglés no se aventuraría, en ese clima, a rescatar a una gitana.

Se había resignado a su destino, cuando el carro se tambaleó, y luego volvió a tambalearse. La puerta se abrió con un crujido. El agua salió a borbotones, llevándose a Queenie con ella, directa a los brazos del hombre blanco, a quien no podía quitarse de la cabeza.

—¡Te tengo! —gritó, rodeándola con sus fuertes brazos, mientras se tambaleaba hacia atrás en la zanja.

Lo siguiente que ella supo fue que Bussa apareció, y los arrastró a ambos hasta la orilla. Se tumbó encima del caballero, lo miró a los ojos azules, bajó sus labios hacia los de él, y lo besó.

* * *

El beso de Queenie fue inesperado, aunque Thorne había visto un atisbo de esas intenciones, en esos ojos oscuros. Aceptó que el alivio había provocado su reacción, pero cuando ella lo convenció para que abriera los labios y le metió la lengua en la boca, se dio cuenta que realmente lo deseaba. Ella apretó las caderas contra él, animando a su miembro a creer que sí lo deseaba.

Azotados por la lluvia y sacudidos por vientos huracanados, tal vez, este no era el escenario ideal para un primer beso, pero Thorne no lo cambiaría por nada del mundo.

Él la giró para brindarle la mínima protección, que podía darle contra los elementos furiosos. Respirando con dificultad, ella lo miró y sonrió. Él le devolvió la sonrisa, y luego la besó con todo el amor de su corazón y el ardiente deseo de sus entrañas.

Las secuelas

Liberada de una muerte desagradable, Queenie no vio ninguna razón para seguir ocultando sus sentimientos hacia el hombre blanco. Se suponía que una gitana no debía enamorarse de un gorgio, pero ella lo había hecho y eso era todo.

A pesar del viento y la lluvia, su cuerpo absorbió el calor de Thorne, mientras él yacía sobre ella. Entonces, de repente, él desapareció, arrastrado por su tío.

—¡Avergüenzas a mi sobrina! —gritó Goliat con el puño listo para golpear a Thorne.

Ella se puso de pie con dificultad, pero fue demasiado tarde para detener el golpe en la barbilla de él. Thorne se tambaleó hacia atrás, aunque se mantuvo en pie.

—¡No tengo intención de avergonzarla! —gritó, levantando los puños para defenderse—. ¡La amo!

—Pero tú eres un gorgio —replicó Goliat.

Queenie agarró el brazo de su tío.

—¡Detente! ¡Sí lo amo!

Afortunadamente, Bussa intervino entre los dos hombres:

—Este no es el momento ni el lugar para resolver el asunto.

Goliat miró fijamente a Thorne.

Temblando y sintiendo repentinamente débiles las rodillas, mientras el peligro en el que había estado la golpeaba con toda su fuerza, Queenie se tambaleó.

Thorne se apresuró a recogerla, antes que se cayera.

La lucha parecía acabarse para Goliat.

—Me quedaré en el carro —aclaró él, mientras desataba la cuerda.

—Volveremos para ayudarte después de la tormenta —le dijo Bussa.

Thorne levantó a Queenie y la subió al lomo del caballo, y el esclavo condujo al trío de regreso, a la plantación. Ella se agarró del arnés, aterrorizada de caerse, o que el viento la hiciera volar. Thorne la ayudó a mantenerse erguida y nunca se apartó de su lado.

* * *

Thorne sacó a Queenie del caballo, cuando llegaron al molino y la llevó adentro. Los rodillos giraban desenfrenadamente, impulsados por el viento. Sin embargo, no se estaba cargando caña en los rodillos y no había ningún esclavo a la vista. La lluvia caía, a cántaros, en el lugar donde se habían desprendido varias láminas de metal del techo. Preocupado por cuidar de Queenie, Thorne no se dio cuenta que Marchant estaba allí, hasta que el plantador corrió por el suelo inundado para abordarlo.

—¿Qué está pasando aquí, Halstead?

—Fuimos a ayudar a una familia, que quedó atrapada por el huracán, amo —explicó Bussa, antes que Thorne tuviera la oportunidad de hablar—. Estaban en peligro de ahogarse.

Marchant miró con enojo a Queenie, que todavía estaba en brazos de Thorne.

—¿Dejaste mi molino para salvar a una gitana?

—No hay caña para procesar debido a la tormenta —expresó Thorne—. Por eso supongo que los esclavos se han ido a casa para asegurarse que sus familias estén a salvo.

—Déjame entender —susurró Marchant, quien estaba a escasas pulgadas de la nariz de

Bussa—. Dejaste tus tareas sin permiso. Ahora, ¡mira los daños!

—Yo le di mi permiso —intervino Thorne, que empezaba a sentirse irritado por el rumbo, que estaba tomando la conversación. En comparación con la pérdida de Queenie y Goliat, el daño al molino fue mínimo.

—No tenías ningún derecho —replicó Marchant—. A este esclavo lo azotarán y a ti te descontarán un día de salario.

—¡Mira! —protestó Thorne con su mejor voz de aristócrata—. Esta mujer casi se ahoga y...

—¿Qué me importa si una calderera se ahoga? —gritó Marchant—. Tú y Bussa dejaron sus puestos. A él le darán diez latigazos.

—Llévame lejos de aquí —susurró Queenie, aferrándose más fuerte al cuello de Thorne.

Thorne deseaba poder obedecer, pero, ¿a dónde podría llevarla? Su carro había sido destruido y él vivía con los Marchant.

—Ven a mi casa —dijo Bussa.

—Si la llevas a una de mis propiedades, son diez latigazos más.

Bussa se encogió de hombros, le dio la espalda a Marchant, y dirigió la marcha hacia la puerta abierta.

* * *

La casa de Bussa era poco más que una choza de una habitación, que el huracán podría llevarse, en cualquier momento, pero estaba limpia y ordenada. Queenie agradecía el respiro del viento y la lluvia, y la pequeña manta, que le ofreció el esclavo.

Ella se acurrucó y les dio la espalda, cuando los hombres empezaron a quitarse la ropa empapada.

—Ya puedes dar la vuelta, señorita Gordon —dijo Bussa respetuosamente, después de unos minutos—. Es peligroso quedarse con la ropa mojada.

Por lo general, el gentil gigante no le había sugerido directamente, que se quitara la ropa, pero tenía razón. A punto de decirles que estaba de acuerdo, ella dio la vuelta y olvidó los escalofríos, al ver a Thorne vestido solo con una manta, que le rodeaba sus estrechas caderas. Si él soltaba los bordes que sujetaba con la mano, vería...

—¡Oh, cielos! —manifestó ella, en voz baja—. Este hombre me provoca cosas extrañas, en las entrañas.

El agua goteaba de su cabello y ella sonrió, como si supiera que eso pecho cincelado y esos hombros anchos la afectaban. No sabía que lo que yacía debajo de la manta la intrigaba aún más. ¡O tal vez sí!

Sus esperanzas se vieron frustradas, cuando Bussa le entregó a él, un par de calzoncillos, que parecían demasiado grandes. Él dio la vuelta, y lo único que ella vio, cuando él se puso la ropa interior fue un atisbo de su adorable trasero blanco. Pero esto fue suficiente para inundar su cuerpo de calor y hacer que su corazón se acelerara.

—Sostendré la manta, como una pantalla, mientras te desvistes —dijo Thorne, volteando hacia ella.

La sugerencia fue hecha de manera caballerosa, pero el brillo en sus ojos hablaba de su deseo por ella.

—No voy a espiarte —prometió, para gran decepción de ella.

Queenie le pasó la manta, él la levantó y dio la vuelta. Ella se quitó rápidamente las prendas empapadas, temblando incontrolablemente, cuando estuvo desnuda. Como si percibiera su

necesidad, Thorne giró, la envolvió en la manta, y la rodeó con sus brazos.

—Te mantendré caliente —le susurró al oído—. Siempre.

* * *

Las circunstancias eran terribles para Queenie: ella había perdido su hogar, su tío estaba claramente molesto por las insinuaciones de Thorne, Marchant había mostrado su verdadera crueldad, y Bussa sufriría por ayudar a rescatarla. La tormenta seguía azotando y estaban prácticamente desnudos, en una choza, que tal vez no resistiría la furia del huracán.

No obstante, Thorne se sentía en paz por primera vez, en mucho tiempo. Estaba exactamente donde debía estar, con la primera mujer, a la que había amado, decidido a regresar a Inglaterra y enfrentarse a Rowan. La dificultad residía en convencer a Queenie que se casara con él y abandonara la isla.

Envueltos en mantas, los tres se acurrucaron alrededor de una antigua estufa de leña. No había chimenea. Thorne supuso que en Barbados no era necesario encender fuegos fuertes. Se preguntó si Bussa tenía esposa. No había evidencia que alguien más viviera en la choza.

—¿Tienes familia? —le preguntó al esclavo.

—Tuve una esposa en África —respondió Bussa, después de largos minutos de silencio—. Ella intentó impedir que me llevaran, así que la mataron. No tengo esposa aquí. No deseo traer a mis hijos, a una vida de esclavitud.

—Quiero que sepas que aborrezco la idea misma de la esclavitud —le dijo Thorne—. Mi padre es dueño de barcos y no les permite transportar esclavos.

—Hay muchos como tú en el mundo —respondió el hombre negro—. Un día seremos libres.

—Lamento que te castiguen por ayudarme a rescatarme —insistió Queenie.

Bussa se encogió de hombros.

—Sabía, antes de partir, que me azotaría por ir. No será la primera vez que me azote, pero será la última.

Thorne estaba ansioso por presionarlo para que explicara esto, pero una mirada cautelosa de Queenie lo persuadió de morderse la lengua.

La despedida

La tormenta arreció un día más. Bussa les dio de comer gachas frías y preparó varias teteras de té. La tetera antigua tardó mucho en hervir, en la estufa de leña, pero Bussa insistió en que valía la pena esperar por una buena taza de té. A Queenie siempre le había parecido que el té era un gran reconstituyente, así que estuvo de acuerdo con su amigo negro. Era tentador leer las hojas, pero era demasiado cobarde para intentarlo. Al final, la ropa se les secó, más o menos, y pudieron vestirse.

Cuando el viento perdió fuerza y el diluvio se convirtió en una lluvia ligera, los hombres partieron para ayudar a Goliat. Mientras bebía té para calmar sus nervios, Queenie esperó con impaciencia y casi dejó caer su taza, cuando la frágil puerta se abrió de golpe. Marchant estaba de pie en el umbral. Instintivamente, ella tomó la daga de la funda, atada a su muslo, agradeciendo que la misma no se hubiera perdido en la tormenta.

—Bueno, bueno —canturreó—. ¿Qué tenemos aquí?

Ella blandió el arma y su corazón se aceleró, cuando dos niños aparecieron detrás de él. ¿Seguramente no la atacaría con sus hijos, mirándola?

—Es una de manitas sucia, papá —dijo la niña.

—Me gustaría tener esa daga —exigió el niño.

Obviamente, la desagradable pareja que se parecía lo suficiente como para ser gemelos no sería de ninguna ayuda, pero Marchant evidentemente decidió no ceder en su posición.

—Como dice la Biblia, hay un momento para todo —dijo con un brillo maligno, en sus ojos—. Tu hora llegará.

Queenie volvió a respirar, cuando él cerró la puerta, y el trío se fue.

Los hombres regresaron, una hora después, y ella corrió a los brazos de Thorne.

—Marchant estuvo aquí —expresó con voz áspera—. Tenía miedo.

* * *

Thorne estaba eufórico porque Queenie corrió hacia él, cuando regresaron, a pesar de la presencia de su tío, que lo miraba con el ceño fruncido. Se sentía bien tenerla en sus brazos.

—¿Te amenazó? —preguntó.

—Tenía más miedo de sus hijos —confesó—. Pero mi puñal lo disuadió.

—Sé lo que quieres decir —respondió él con una risita—. Pequeños horrores, sedientos de sangre.

—Ese hombre es malvado —dijo Goliat—. No debes acercarte a él, pero nuestro carro es una causa perdida.

—Puedes quedarte aquí un rato —respondió Bussa—. De todas formas, yo tengo que irme.

—Podemos ir a las colinas del distrito de Escocia —sugirió Goliat—. Los gitanos de allí nos acogerán.

—¿Distrito de Escocia? —preguntó Thorne.

—Sí —respondió Queenie—. En la parroquia de San Andrés.

—Tal vez tenga que viajar contigo —dijo Thorne—. Obviamente, no puedo volver a la casa de los Marchant.

—Será mejor que no vayas al molino —convino Bussa—. Se avecinan problemas.

Thorne decidió finalmente defender sus principios:

—¿Puedo ayudar en algo?

Bussa lo miró por un buen rato, claramente sopesando si confiaba en él o no.

—Es peligroso que te involucres. Basta con saber que algunos blancos comprenden nuestra lucha.

—¿Comenzará pronto?

—El huracán nos retrasó. Voy a reunirme con mis compañeros, así que veremos.

* * *

Tras la marcha de Bussa, Queenie y Goliat pasaron dos días descansando y preparándose para el viaje al Distrito de Escocia. Como la mayoría de las pertenencias de ella todavía estaban en el carro, tendrían que pasar por el naufragio para recoger lo que pudieran llevar.

Thorne reflexionó.

Ella no lo culpó. Confinados en un espacio pequeño, bajo la atenta mirada de su tío, no pudieron compartir los besos y las caricias íntimas, que ella ansiaba. Goliat dejó en claro que Thorne no sería bienvenido a acompañarlos.

Tampoco podía culpar a Goliat. No tenía sentido que ella fomentara una relación con un gorgio, que pronto abandonaría, la isla y la dejaría atrás.

Después de observar a Thorne de cerca durante días, ella estaba convencida que él era de noble cuna. Su forma de hablar, sus modales, su porte, todo hablaba de nobleza. Comían la poca comida que había con los dedos, pero él realizaba incluso esta sencilla tarea con refinamiento.

Ella amaba y admiraba esas características de él, pero subrayaban las inmensas diferencias en su posición social. Incluso sus uñas bellamente recortadas y sus dedos largos y elegantes contrastaban marcadamente con los muñones sucios y las uñas sucias de Goliat. Dudaba que la gente en Inglaterra fuera más tolerante con su especie que los blancos de Barbados.

—Te extrañaré —dijo ella con voz ronca, cuando amaneció el día de su partida.

—Me gustaría ir contigo —respondió él, abrazándola, cuando Goliat salió.

Ella se fundió con ese cuerpo.

—*Me mangav tut* —susurró ella.

—Yo también te amo —respondió él.

—Pero nunca podrá haber nada entre nosotros —manifestó ella con tristeza.

—Me niego a creerlo —replicó él, acariciándole el pelo—. Tú y yo somos el uno para el otro.

—No en esta vida —insistió ella.

—Ve con el Señor —susurró—. Te llevarás mi corazón contigo.

—Te dejo el mío.

El beso de despedida fue casto, pero hablaba de la pérdida que cada uno sufriría.

* * *

Thorne tardó otro día en reunir la energía necesaria para partir hacia los muelles de Bridgetown. Aunque estaba ansioso por volver a casa, no podía concebir una vida sin Queenie. En poco tiempo, ella se había convertido en algo esencial para su felicidad. Dividido entre tomar un barco o viajar al norte, al Distrito de Escocia, finalmente decidió que era inútil añorar lo que nunca podría ser. Optó por Bridgetown con la esperanza que su nombre bastara para asegurarle un pasaje para salir de Barbados.

Tras una última mirada a su alrededor, abrió la puerta y se sorprendió al encontrarse con Marchant y un grupo de hombres uniformados, que reconoció como la milicia local.

—Estás bajo arresto, Halstead —declaró Marchant.

—¿Arresto? —exclamó—. ¿Bajo qué acusación?

—Ayudar e instigar la rebelión.

A Thorne se le retorció el estómago.

—¿Qué rebelión? —intentó decir.

—No te hagas el inocente —susurró el plantador—. Estabas en la cabaña de Bussa. Por cierto, él está muerto, lo mataron en la batalla.

—¿Batalla? —preguntó, apenado por el hombre negro, quien había sacrificado todo por su libertad. Y parecía que probablemente la muerte era preferible a la esclavitud.

—¿Dónde está la prostituta gitana? —preguntó Marchant, escudriñando el interior de la choza.

Thorne apretó la mandíbula, tentado de escupirle en la cara.

—Los gitanos se han ido.

Él estaba seguro que los ceñudos milicianos lo golpearían, si se resistía, por lo que se dejó esposar para que se lo llevaran.

El juicio

Queenie y Goliat tardaron tres días en llegar al Distrito de Escocia, debido a varios desvíos y demoras, que tuvieron que dar, debido al malestar general que encontraron. Parecía que Bussa había encabezado una rebelión, la cual fue reprimida rápidamente. La alegre noticia de su muerte estaba en boca de todos, en los pueblos por los que pasaron, por lo que decidieron evitar las zonas de asentamiento.

Sin embargo, cuando se encontraron con sus compatriotas gitanos, ellos se enteraron de la detención de un hombre blanco, acusado de ayudar a organizar la rebelión. Al parecer, lo habían localizado en la cabaña de Bussa. Su juicio se celebraría, en una semana, pero Queenie sabía que Marchant presionaría para obtener un veredicto de culpabilidad, y una sentencia de muerte.

Queenie no podía soportar la perspectiva que Thorne muriera atado con una soga.

—Debemos ayudarlo —le dijo a Goliat.

Ella se sorprendió, cuando su tío asintió.

—Él nos ayudó, así que debemos ayudarlo, aunque no estoy seguro de cómo podemos hacerlo.

Ella debería haber sabido que Goliat respetaría el código romaní.

—Pregúntales a los ancianos de aquí o a la phuri dai.

La mujer mayor aceptó considerar el asunto y daría una solución al día siguiente. Queenie fue invitada a dormir, en el carro de ella, y permaneció despierta esa noche, anhelando sentir los fuertes brazos de Thorne, a su alrededor, y rezó para que a él le perdonaran la vida.

La phuri dai la despertó temprano con la noticia que un contingente de hombres y mujeres romaníes había aceptado acompañarla a ella y a Goliat, a Bridgetown. Serían ignorados y rechazados, como si fueran un grupo más de viajeros itinerantes. Esto era más de lo que Queenie había esperado, pero todavía no sabía cómo conseguirían la liberación de Thorne.

* * *

Después de compartir la celda, durante varios días seguidos con cincuenta hombres negros encadenados, Thorne estaba agradecido que su juicio comenzaría, al día siguiente. Se había enterado que esos hombres sometidos eran todo lo que quedaba de la fuerza de cuatrocientos hombres de Bussa. Se consideraba afortunado. Los esclavos iban a ser ejecutados sin juicio, pero el suyo iba a ser una farsa. El jurado emitiría el veredicto, que Marchant les ordenara.

La mañana del juicio, recibió la visita de un hombre, al que reconoció.

—Johnson, ¿no? —preguntó nervioso, recordando la última vez que había hablado con el capitán de la goleta, que había llevado a los hermanos Halstead y a Niven a Flandes—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

—Llegué ayer a bordo de nuestro nuevo clipper, el *Mighty Oak*, y no podía creer la noticia que lo habían arrestado. Le dije a su hermano mayor que lo había visto, la última vez que estuve aquí para recoger azúcar.

—¿Rowan? ¿Está vivo?

—Sí, mucho, y está casado. Ahora es el duque... —El rostro del marinero se ensombreció—. ¿Usted no lo sabía? He oído que tenía neumonía.

Aturdido por la terrible noticia, Thorne se aferró a uno de los barrotes. Su amado padre

había muerto sin saber qué había sido de él. Aunque Rowan sobrevivió.

—No, no sabía que mi padre había fallecido —logró decir—. ¿Usted dice que Rowan está casado?

—Con Lady Daisy, ahora la duquesa Daisy.

Eufórico porque su hermano parecía haber superado la catástrofe, que le había sobrevenido, Thorne dijo:

—Por favor, cuando regrese a casa, no debe contarles sobre mi destino aquí. No es probable que sobreviva a esto.

—Bueno, tengo la intención de hablar en su nombre —le aseguró Johnson—. No pueden ahorcar al hermano de un duque inglés por una acusación falsa. ¡Esto sería un infierno! Sería un honor para mí que regresara a casa, a bordo de mi barco. Zarparemos con la marea de la tarde.

Thorne le estrechó la mano al capitán, sabiendo que después un guardia malhumorado lo acompañaría hasta el muelle.

—Es dudoso que su testimonio tenga peso, pero se lo agradezco.

* * *

Thorne se sintió como un muerto viviente, mientras subía los escalones de piedra, saliendo de las celdas. Había perdido a la única mujer, que había amado, entonces, ¿qué motivos tenía para seguir viviendo?

Él escudriñó la sala del tribunal y vio exactamente lo que esperaba: a Marchant, con aire satisfecho, un grupo de hombres que no conocía, probablemente el jurado, y a un abogado con peluca. Lo que no esperaba era ver a Goliat, sentado en la galería. A las mujeres no se les permitía entrar, en el juzgado y, en cualquier caso, Queenie tendría que mantenerse alejada de Marchant. Incluso Marchant no conocía a Goliat, y esa presencia encendió una pequeña chispa de esperanza en el pecho de Thorne. Su ánimo mejoró, aún más, cuando vio a otros hombres morenos dispersos por la galería. Los gitanos eran ingeniosos y estaban acostumbrados a lidiar con la justicia corrupta. Si había gente que podría sacarlo de este embrollo, eran ellos.

El primero en testificar fue el coronel Edward Codd, presentado como el comandante de las tropas, que habían aplastado la rebelión. Cuando se le pidió, procedió a dar una lista detallada de los regimientos, que había comandado, incluyendo el Regimiento de las Indias Occidentales, compuesto exclusivamente por negros. A modo de acotación, añadió:

—Los insurgentes no creían que lucharían contra hombres negros, pero, gracias al Cielo, los engañamos.

Thorne puso los ojos en blanco. Goliat permaneció inexpresivo.

—¿Puede contarnos qué ocurrió durante ese terrible día, coronel?

—Encontramos a unos cuatrocientos insurgentes reunidos en la finca de Grosset. Se dispusieron a atacar a los Borbones.

—¿Borbones, coronel?

—El antiguo nombre de las Indias Occidentales.

—Gracias. Continúe, por favor.

—Mis hombres repelieron el ataque, por lo que los insurgentes huyeron hacia la casa. Cuando atacamos, los que no estaban muertos ni heridos saltaron por las ventanas. Los perseguimos por los campos, disparando a discreción.

A Thorne se le hizo un nudo en el estómago. Los desafortunados nunca tuvieron ninguna oportunidad contra una potencia de fuego superior.

—¿Y usted observó los resultados de esta rebelión?

—Sus acciones fueron alarmantes y ruinosas en toda su extensión. Caña de azúcar, plantaciones, víveres y algunas viviendas fueron incendiadas. Muebles de casas, ron, azúcar, vino, maíz y toda clase de alimentos fueron esparcidos por los caminos y los campos. La destrucción fue un testimonio de la furia de los insurgentes.

Thorne sintió el deseo de animar a Bussa, pero se preguntó cuánto daño había sido causado por el huracán.

—Y creo que, en el curso de sus investigaciones después de la rebelión, usted pudo determinar los nombres de los líderes de esta revuelta.

—Sí, hubo varios, la mayoría muertos o en prisión. Pero el protagonista principal era un esclavo llamado Bussa. Murió durante la batalla.

Increíblemente, más de un miembro del jurado aplaudió. Thorne escuchó cómo clavaban los clavos en la tapa de su ataúd.

—Me permito agregar algo —dijo el coronel—. Creo que la causa de esta rebelión se encuentra en las decisiones del gobierno británico sobre el tráfico de esclavos. Bussa y sus camaradas fueron engañados, y creyeron que la libertad estaba al alcance de la mano.

Marchant resopló.

Después de agradecer al coronel su testimonio y su valentía al sofocar la rebelión, el fiscal llamó a Marchant al estrado. Él testificó que había encontrado a Thorne Halstead, escondido en la choza de Bussa.

—Además, antes de esto, ese desgraciado había ido a hacer un recado con Bussa sin mi permiso. Debería haber sabido que esto sucedería... Ha sido demasiado blando con los negros desde el principio.

Algunos miembros del jurado incluso chasquearon la lengua, en señal de disgusto.

Marchant se burló de Thorne, mientras abandonaba el estrado de los testigos.

—Hay otro testigo que ha solicitado hablar en nombre del señor Halstead —anunció el fiscal—. Sin embargo...

* * *

Queenie abordó a Goliath, tan pronto como los hombres regresaron al campamento.

—Dime —le instó.

—Esto tiene mala pinta —respondió él—. Creo que tendremos que liberarlo. No tiene apoyo legal.

—Un linchamiento —concluyó ella.

—Bueno, un hombre llamado Johnson insistió en que se le escuchara para defender su postura. Es un capitán inglés de barcos, que trabaja para Withenshawe Shipping. Señaló que el tribunal no está siguiendo el procedimiento británico adecuado, al no darle al acusado la oportunidad de exponer su versión.

—Entonces, ¿cuál es su conexión con Thorne?

—Parece que el joven Halstead es hijo del difunto duque de Withenshawe y hermano del actual duque. Sugirió que Thorne se estaba refugiando del huracán, en la choza de Bussa, y no se estaba escondiendo. Destacó que conocía a la familia desde hacía años, y advirtió que habría consecuencias graves, si ahorcaban a un hombre inocente, que era hermano de un duque inglés y un héroe de Waterloo. Ante lo cual, Marchant gritó: “¿Inocente? ¿Qué diablos cree usted?” Sugirió un pelotón de fusilamiento en su lugar, dado el noble nacimiento de Halstead.

—¿Cuál fue el resultado?

—El jurado, tras la consulta del juez, decidió por unanimidad, que él era culpable y lo

condenó a ser fusilado mañana. No tenemos tiempo que perder.

Escapando de Barbados

Queenie se bajó la parte delantera de la blusa para revelar la parte superior de sus oscuros pezones, tomó la botella de ron, que le había entregado Goliat, y abandonó el oscuro callejón, al lado de la cárcel de Bridgetown. Como esperaba, el centinela que estaba de guardia afuera estaba tan distraído por esos deliciosos pechos desbordantes, que tomó un trago de ron, y no vio venir el puño de Goliat.

Con el corazón latiendo salvajemente, siguió a su tío y sus compañeros a la cárcel.

Goliat la empujó hacia adelante, cuando se encontraron con dos guardias corpulentos, sentados en una mesa, jugando a las cartas. Ella se llevó un dedo, a los labios, cuando uno de los guardias se levantó, a medias, de su silla.

—No te alarmes —le susurró, levantando la botella—. Tu amigo de afuera pensó que te gustaría probar lo que acaba de disfrutar.

El alivio se apoderó de él, al sentarse pesadamente, pero luego extendió la mano y la atrajo hacia su lado.

—Me gustaría probarte —dijo con los ojos fijos en esos pechos. El hedor de ese aliento era abrumador, y ese brazo era como un torno. Ese agarre se aflojó, cuando Goliat lo aporreó. El otro guardia gordo hizo un esfuerzo por levantarse, aunque fue dominado rápidamente. Goliat le quitó las llaves, y se dispuso a buscar la celda de Thorne.

* * *

Thorne dormitaba, casi agradecido que un hombre blanco condenado merecía una celda propia. Se sentó en el borde de la cornisa de madera, cuando unos ruidos de gente corriendo y voces apagadas llamaron su atención.

Sonrió cuando el rostro de Goliat emergió de la penumbra.

—Es hora de irte, inglés —dijo el gigante, mientras la llave abría los cilindros de la cerradura.

Thorne salió apresuradamente de la celda, eufórico al encontrar a Queenie y a un grupo de hombres gitanos, que los esperaban para escoltarlos. La abrazó y besó con todo el amor desesperado de su corazón.

—No hay tiempo que perder —destacó Goliat—. Alguien se dará cuenta que el guardia exterior está inconsciente.

—Tenemos que ir a los muelles —insistió Thorne con urgencia—. El *Mighty Oak* navega con la marea.

Apenas habían salido de la cárcel, cuando sonó un silbato. Un hombre vestido con el uniforme de un miembro de la temida milicia de Barbados salió corriendo de la penumbra.

—¡Alto! —gritó, blandiendo su porra.

Uno de los compañeros de Goliat señaló el camino hacia los muelles, luego él y sus compañeros partieron en dirección opuesta, mientras el miliciano los perseguía de cerca.

* * *

Si Thorne no la hubiera agarrado de la mano, Queenie habría vacilado. Corrieron tan rápido, que sus pulmones estaban a punto de estallar. Los silbidos y los gritos indicaron que la milicia se

había dado cuenta que los dos grupos habían tomado caminos separados, y algunos los estaban siguiendo.

Cuando llegaron al muelle, Thorne la recogió y la llevó a bordo de un gran barco atracado allí. Goliat los siguió, pisándoles los talones.

El capitán Johnson los recibió, en lo alto de la pasarela.

—Bienvenidos a bordo, milady, caballeros —dijo—. Smithers los acompañará a sus camarotes.

Queenie miró hacia atrás. Sus perseguidores se apresuraban a subir por la pasarela. Johnson los apuntó con una pistola.

—Este es un barco británico, caballeros —declaró—. Continúen bajo su propio riesgo.

Cuando él disparó sobre sus cabezas, ellos dieron media vuelta y se retiraron. Inmediatamente, el clipper se alejó del muelle.

Aún sin aliento, Queenie se aferró a Thorne, mientras él seguía a Smithers bajo la cubierta. Goliat se quedó en la cubierta. Ella deseaba poder quedarse con él para ver cómo Barbados se alejaba, en la distancia, sabiendo que nunca podrían volver a poner un pie en la isla.

* * *

Thorne depositó con cuidado a Queenie, en la litera del pequeño camarote. Estaba sumamente agradecido con Goliat y ella. Lo habían salvado de una muerte segura. Aunque al hacerlo, habían sellado su propio destino.

—Lo siento —dijo él, apartando los brazos de ella de su cuello.

—¿Perdón, por qué? —preguntó ella con los ojos brillantes y abiertos por el deseo.

—Estás a bordo de un barco con destino a Inglaterra, y nunca podrás regresar a Barbados. Tuviste que abandonar tu hogar por mi culpa y no puedo agradecértelo...

Ella lo silenció con un beso.

—¡Qué considerado!

Esta vez, ella hundió la lengua, en esa boca, acoplándola con la de él. El deseo se disparó, pero él tenía que arreglar las cosas.

—Cásate conmigo, Queenie —la instó, obligándola a retroceder—. Sé mi esposa.

Ella se incorporó sobre los codos.

—¿Me preguntas porque eres un caballero o porque me amas?

Él pasó la mirada por esos pechos hinchados, por si acaso esos pezones protestaban por el confinamiento de la tela.

—Te amo y te deseo tanto, como tú me amas y me deseas —respondió seductoramente.

—Entonces, sí me amas —dijo ella tímidamente, jugando con los cordones del cuello de esa camisa—. Consiento, pero debes pedirle permiso a Goliat.

Thorne gimió para sus adentros. No había ninguna posibilidad que su tío estuviera de acuerdo.

—Subamos a cubierta a buscarlo —sugirió, sin albergar muchas esperanzas en su corazón.

* * *

Goliat le negaría el permiso, por lo que Queenie tendría que cambiar de opinión. Su gente la condenaría por amar a un hombre blanco, pero a ella esto no le importaba. Sin Thorne no tendría su vida.

En la cubierta, ellos encontraron a Goliat conversando profundamente con el capitán.

—Este magnífico hombre y yo estábamos hablando del mar —explicó Johnson—. Le estaba contando sobre mi vida como capitán.

—Sí —dijo el tío con ojos brillantes—. Parece una vida estupenda, viajando por diferentes lugares del mundo.

Queenie estaba fascinada. Nunca había visto a Goliat mostrar mucho interés por algo, pero parecía inusualmente entusiasmado con... ¡por supuesto! Viajar era algo que no les permitían hacer en Barbados. Se dirigió hacia Thorne:

—¿Habrá alguna posibilidad que mi tío consiga un puesto en la compañía naviera de tu familia?

—Si Niven King sigue al mando, estoy seguro que no habrá ningún problema —respondió, ofreciéndole la mano a Goliat—. Sobre todo si le digo algo bueno del hombre que me salvó la vida.

El tío tomó la mano de Thorne y la estrechó con fuerza.

—Queenie nunca me perdonaría, si te hubiéramos dejado morir.

La esperanza floreció en el corazón de ella. Le guiñó un ojo a Thorne, confiando en que él entendería la señal.

—Bueno, te lo agradezco y te pido permiso para casarme con tu sobrina.

El corazón de Thorne se alegró. Él supo aprovechar el momento.

—¡Excelente! —exclamó Johnson—. Puedo hacer los honores, si lo desean. Una boda en el mar será muy romántica.

El ceño fruncido del tío delataba su vacilación, pero era evidente que no tenía otra opción. Queenie se arrojó a esos brazos, cuando él expresó su aprobación del matrimonio.

La unión

Thorne llevaba una camisa limpia y unos pantalones, que le había prestado Johnson. Le quedaban pequeños, pero esto no le importaba. Queenie llevaba la falda y la blusa que tenía puesta, cuando escaparon de la isla. Esto tampoco era relevante. Nunca había habido una novia más hermosa, en lo que a él respectaba. Por primera vez en su vida, supo que había tomado una buena decisión. Había pasado la mayor parte de su vida, tomando decisiones que creía que agradarían a Rowan y a su difunto padre.

Dudaba que Rowan aprobara a Queenie, pero eso tampoco tenía importancia. La alta sociedad podría mirarla con desprecio, pero su exótica esposa le calentaría la cama todas las noches. Muchos de sus conocidos estarían verdes de envidia. Probablemente, tendría que luchar contra Ash.

Casi se rió a carcajadas, escarmentado por una mirada severa del capitán, mientras comenzaba el antiguo ritual que unía a los dos.

Él tomó la mano de Queenie, mientras juraron amarse y honrarse mutuamente. La sinceridad en la voz de la novia confirmó su creencia que ella es una mujer que prefiere morir, antes que romper una promesa.

Cuando se lo pidió, Goliat le entregó el anillo de sello que Thorne había usado, desde que su padre se lo dio en su vigésimo primer cumpleaños.

—Con este anillo, te desposo. Con mi cuerpo te adoro y comparto todos mis bienes mundanos contigo. —Él nunca se sintió más seguro de un futuro feliz, cuando el capitán los declaró marido y mujer.

* * *

Después de saborear el beso de Thorne, que le hizo curvar los dedos de los pies, Queenie llenó sus pulmones, y esperó que el capitán y su esposo no se opusieran, a lo que vendría después.

—Los gitanos se atienen a las leyes y costumbres locales —dijo Goliat, antes de poder hablar—. Aunque respeto la ceremonia que acaba de celebrarse, para nosotros las ceremonias religiosas o civiles son formalidades.

—Entonces, ¿qué propone usted? —preguntó Johnson.

—Una boda gitana —respondió el tío.

—Suenan interesantes —dijo Thorne.

Queenie nunca había amado tanto a un hombre. Estaba complacida porque su nuevo marido respetaba las diferencias entre sus culturas.

—El hecho que dos personas hayan acordado vivir juntas y compartir sus vidas constituye para nosotros un matrimonio —explicó Goliat—. Pero, tenemos algunas costumbres tradicionales, que respetamos.

—Hagámoslo —dijo Thorne.

—Muy bien. Únanse con las manos.

Queenie saboreó la calidez de la gran mano de Thorne. Esto hizo que su deseo volviera a florecer en un lugar muy íntimo.

—¿Prometen ser fieles el uno al otro?

—Sí, lo juro —respondió cada quien.

A la señal del tío, un marinero se acercó y le entregó dos pequeños trozos de pan, a cada uno. El corazón de Queenie se aceleró, cuando Goliat sacó su daga. Esperaba con ansias lo que vendría después, pero, ¿Thorne se resistiría?

* * *

Thorne estaba seguro que Goliat no iba a apuñalar a nadie, pero blandir una daga no parecía apropiado.

Johnson se puso furioso, cuando Queenie voluntariamente puso su mano en la de su tío, y le permitió cortarle la yema del dedo. Entonces, Goliat untó el pan sobre la gota de sangre, que brotaba del corte.

Thorne tuvo que admitir que esto estaba fuera de su experiencia y parecía muy pagano, pero había prometido cuidar a Queenie. Eso significaba aceptar costumbres diferentes a las suyas. Le ofreció su dedo a Goliat sin que se lo pidiera. El gitano presionó el segundo trozo de pan contra el pequeño corte que había hecho.

—Ahora —exigió Goliat—. Comerán el bocado de pan del otro.

Inhalando profundamente, Queenie sonrió, antes de llevarse a la boca el trozo de pan con sangre.

La erección de Thorne, se hinchó ante la intimidad de ese gesto. Ella había aceptado felizmente una parte de él en su cuerpo. Él comió su parte del pan, probando la sangre de Queenie. Su corazón reconoció que el rito romaní los unía a él y a su novia con más fuerza que la ceremonia civil realizada por Johnson. La miró a los ojos llenos de deseo y dijo:

—*Me mangav tut.*

—Ahora, sobrino —declaró Goliat—. Ya puedes llevar a tu novia a la cama.

* * *

Un joven gitano no podía vivir, en un espacio reducido, con otros miembros de la familia sin enterarse de lo que sucedía entre un hombre y su esposa, en la cama. Antes de su prematura muerte, los padres de ella no habían ocultado la intimidad, que compartían. La misma fiebre se había apoderado de la esposa de Goliat, pero él todavía se jactaba de su destreza sexual, ante otros hombres gitanos que conocía.

Para los gitanos, el encuentro sexual entre dos personas comprometidas entre sí era tan natural como la lluvia de primavera y el sol de verano.

Aún así, Queenie estaba nerviosa por la cama. Como todos los jóvenes de su raza, había guardado su virtud, como si fuera una posesión preciada. Estaba a punto de entregarle su virginidad a Thorne, pero no sabía nada de cómo complacer a un hombre. No obstante, estaba más que dispuesta a aprender.

—Enséñame a complacerte —susurró, cuando Thorne la dejó suavemente en la litera.

Él se rió entre dientes.

—Mi amor, eres la mujer más atractiva que he conocido. Unir nuestros cuerpos me traerá el mayor placer.

Ella no estaba segura cómo decirle que sabía que había algo más que la simple unión.

—Goliat se jacta de las cosas que solía hacer con su lengua.

La sonrisa de su marido desapareció.

—¿Él te lo dijo?

—No, claro que no, pero lo he oído alardear delante de otras personas. Tiene una voz potente.

La sonrisa de Thorne volvió.

—Bueno, mi belleza exótica, pienso hacer un buen uso de mi lengua. Quiero lamer cada parte íntima de ti.

Él ahuecó esos pechos y presionó sus pulgares sobre esos pezones.

—Aquí —dijo suavemente, mientras el deseo florecía en lo más profundo de ella.

—Toma —replicó él, tocándole los labios con un dedo.

—Bésame —suplicó ella.

Él lamió la comisura de esos labios y luego la convenció para que abriera la boca. Mientras ella le succionaba la lengua, su mano se deslizó por esas faldas. Ella casi se desmayó de deseo, cuando él acunó ese lugar más secreto y le dijo:

—Y aquí.

* * *

Cuando eran adolescentes, Thorne y sus hermanos solían burlarse, entre ellos, por el tamaño de sus penes. La Madre Naturaleza había considerado conveniente dotar a los tres de generosas partes masculinas, y a veces organizaban concursos para ver quién podía lucir la erección más grande. Cuando se hizo hombre, Thorne se reía entre dientes al recordar esas competencias infantiles. Rowan nunca sospechó que sus hermanos pequeños lo dejaban ganar.

Sin embargo, una erección firme, en unos pantalones demasiado pequeños, no era motivo de risa. Había fantaseado con que Queenie lo desnudara, pero, en cuanto sus dedos errantes encontraron humedad entre esas piernas, se dio cuenta que no había tiempo para eso.

Él se quitó la camisa con facilidad, pero los pantalones le resultaron más difíciles de desabrochar con sus manos temblorosas. Jadeante y ansioso por seguir saboreándola, miró hacia la litera. Ella yacía desnuda con las piernas abiertas y la mano extendida hacia él. Recorrió con la mirada esa desnudez, y se lamió los labios, cuando esos ojos se posaron en su polla desenfundada.

—No te preocupes —dijo—. Esto saldrá bien.

—No puedo esperar —respondió ella.

Se subió a la litera, se arrodilló entre esas piernas, e inclinó la cabeza para succionar esos pliegues rosados. Tenía un sabor puro, dulce como la miel, picante como...

No tuvo tiempo de seguir pensando en eso, cuando los gemidos aumentaron, y ella se retorció, gritando por su liberación.

Incapaz de esperar más para entregarle su virginidad a esta diosa con la que se había casado, la montó, y la embistió hasta el fondo.

Él sintió que la virginidad de ella se desgarraba, aunque la protesta, que esperaba, no se produjo. En cambio, ella cerró las piernas alrededor de esas caderas, y lo siguió con caricias, hasta que su semilla estalló, dentro de esa cálida cueva.

El fin del viaje

Durante cuatro semanas, el *Mighty Oak* los llevó a salvo, a través de mares agitados y tranquilos. Queenie agradeció la consideración de Johnson. El capitán envió comida deliciosamente sabrosa, al camarote de los recién casados porque Thorne y ella rara vez abandonaban el pequeño mundo, donde se extasiaban mutuamente, una y otra vez. Ella descubrió que era fácil complacer a un hombre, una vez que una mujer sabía cómo y dónde le gustaba que lo tocaran. Aprendió lo poderosos que podían ser su boca, sus dedos y sus pechos. Incluso un ligero toque detrás de las rodillas de Thorne podría volverlo loco.

El momento más gratificante llegó cuando él le confesó que nunca se había acostado con una mujer. Ella atesoraba esa confesión en su corazón. Él siempre sería solo suyo.

En las raras ocasiones en que Thorne y ella se aventuraron a subir a cubierta, se encontraron con un Goliat completamente inmerso en aprender todo lo que pudiera sobre la navegación. Él se convirtió en la sombra de Johnson y su ánimo mejoró.

Ella había temido que su tío se sintiera resentido por haber dejado Barbados, pero parecía haber encontrado una nueva oportunidad en la vida.

* * *

A medida que los muelles de Londres se hicieron visibles, la aprensión de Thorne aumentó. Su nerviosismo no era por él mismo. A Queenie le preocupaba encontrarse vestida con ropa inadecuada, ante la familia. Él trató de tranquilizarla, pero ella admitió en su interior, que su atuendo romaní había visto días mejores.

Se sintió enormemente aliviado al ver una figura familiar, esperando para saludar al clipper cuando atracara.

—¡Niven! —gritó, agitando la mano frenéticamente—. Es Niven —le explicó a Queenie, dudando en mencionar la última vez, que había oído algo sobre el hermano menor de los King—. Sobrevivió a nuestros intentos equivocados de deshacernos de él para que no pudiera casarse con mi hermana. Después de Waterloo, Ash me dijo que Niven visitaba con frecuencia a Rowan, en el hospital militar.

—¿Crees que te ha perdonado? —preguntó ella.

—Bueno —respondió pensativo—. Todavía está aquí en la compañía naviera, así que deben haber arreglado las cosas.

Aunque se sintió aliviado porque Niven le devolvió el saludo con entusiasmo, y subió a bordo, cuando la pasarela estuvo fijada al muelle.

Thorne esperaba, en el mejor de los casos, un apretón de manos, pero el gran escocés lo envolvió en un fuerte abrazo.

—¡Ay, hombre! —exclamó Niven—. Willow estará emocionada y aliviada de verte.

Thorne dudó en preguntar.

—Sí, soy el marido de Willow, por si no lo sabías.

La tensión abandonó los hombros de Thorne. Niven no era un hombre que guardara rencor.

—Me alegra oírlo, y permíteme presentarte a mi esposa, Queenie.

Sin dudarlo, Niven hizo una reverencia, y le dio un beso cortés en los nudillos a Queenie.

—Señora Halstead —dijo.

Debería haber sabido que a Niven no le importaría que Thorne se casara con una gitana. Incluso él era un plebeyo que se había casado con la hija de un duque.

—Por favor —replicó ella—. Llámame Queenie.

Niven entrecerró los ojos.

—¿Detecto un pequeño rastro de acento irlandés?

—Nací en Barbados —respondió—. Pero, mis antepasados fueron desterrados de Escocia hace casi doscientos años.

—Sí —suspiró Niven con los ojos llenos de empatía—. Los escoceses somos intolerantes.

Después que los tres compartieran el humor, Thorne pensó en pedirle ayuda a Niven.

—¿Podrías conseguirle algo de ropa de Willow a Queenie? Nos fuimos de Barbados con mucha prisa, y mi esposa quiere lucir lo mejor posible, cuando conozca a la familia. Tengo entendido que Rowan y Daisy están casados.

—Sí. Ash también. Se casó con una muchacha escocesa, Makenna. Crecí con ella en Glengeárr. Es una larga historia sobre cómo se conocieron, pero dejaré que Willow la cuente. Insistirá en acompañarme cuando regrese.

—Entonces, ¿Ash ha cambiado?

—Sí, ¡necesitó el cariño de una buena muchacha escocesa para ayudarlo a ver la luz! Pasen a las oficinas, mientras esperan.

Antes de irse, él volteó hacia Johnson y le dijo, mientras estrechaba la mano del capitán:

—Toda la familia le agradece que haya traído a casa al señor Halstead y a su prometida.

—Un placer —respondió Johnson—. Todavía no conoce al tío de la señora Halstead. Goliat Gordon podría resultar un activo valioso para Withenshawe Shipping. Lleva el mar en la sangre.

* * *

Queenie se estremeció. En Londres hacía mucho más frío que en Barbados. Se sentía incómoda con los jóvenes que esperaban el regreso de Niven en las oficinas. A pesar que se había llevado bien con el escocés, inmediatamente, quien la había tratado con respeto y buen humor, los empleados la miraban de arriba abajo, se burlaban de su ropa inadecuada y murmuraban opiniones entre ellos.

Thorne le rodeó la cintura con el brazo para tranquilizarla.

—¿Algo que decir, muchachos? —preguntó, obviamente tan irritado como ella.

—No, señor Halstead —murmuraron, inclinando la cabeza hacia los libros de contabilidad, que había sobre los escritorios.

—Ignóralos —susurró, mientras ellos rayaban con sus plumas.

—No te preocupes —respondió ella, absorbiendo su calor—. He pasado toda mi vida siendo objeto de burlas por parte de los blancos. ¿Qué podemos esperar de la forma en que vestimos?

Se puso nerviosa cuando un joven con gafas se acercó vacilante, pero hizo una reverencia y dijo:

—Milord, sería un honor para mí servirles a ambos una taza de té.

—Me encantaría una taza de té —replicó ella, ganándose una gran sonrisa del muchacho.

Quince minutos después, Thorne y ella estaban bebiendo té lo suficientemente fuerte, como para restaurar su débil coraje y calentar sus huesos, pero parecía que ese también era el momento asignado para que los empleados tomaran un descanso para tomar té.

Después que todos terminaron su bebida, ella decidió correr el riesgo:

—Puedo leer la fortuna, en las hojas —ofreció.

Ella esperaba que uno o dos estuvieran de acuerdo, aunque los siete se deslizaron de sus

sillas altas, con una taza vacía en la mano.

* * *

Thorne reprimió una sonrisa, al ver a los jóvenes ansiosos, arrodillados a los pies de su esposa, mientras ella les decía el futuro. Ella se tomó su tiempo, haciendo girar las tazas con sus elegantes dedos, obviamente preparada para hacer el trabajo con la seriedad necesaria. Les dio buenas noticias a algunos y preocupantes a otros. Ellos asintieron pensativamente, claramente impresionados por ese talento. Regresaron a sus puestos, todavía mirando dentro de las tazas, tal vez queriendo ver lo que ella había visto.

Thorne no pudo resistirse. Le tendió la taza.

—¿Me leerás el futuro?

Sonriendo tímidamente, ella miró dentro de esa taza.

—Vivirás una vida larga y feliz, y engendrarás muchos hijos sanos.

—¿Ves eso en las hojas de té?

Ella sacudió la cabeza.

—Lo sé en mi corazón.

Una voz en la escalera desvió su atención.

—Soy Willow —dijo con el corazón latiendo desbocado. ¿Su hermana lo había perdonado por su participación en el secuestro del hombre que amaba?

* * *

Willow subió corriendo las escaleras tan rápido como su barriga redondeada se lo permitió. Sus ojos se llenaron de lágrimas, al ver a Thorne. Parecía vacilante, así que se arrojó sobre él.

—Hemos rezado mucho y con fuerza para que regreses con nosotros, hermano —sollozó, abrazándolo con todo el amor de su corazón.

—Willow —dijo con voz áspera, abrazándola con fuerza—. Perdóname.

Ella se apartó de él y le tomó la cara entre las manos para asegurarse que era real.

—Lo único que no puedo perdonarte de inmediato es el tiempo que te ha llevado volver a casa.

Él la miró de arriba abajo.

—Estás embarazada.

—No cambies de tema. ¿Dónde está tu esposa?

Una belleza exótica apareció detrás de su hermano. Willow comprendió de inmediato por qué Thorne la amaba, pero previó dificultades.

—Tú debes ser Queenie —expresó, dándole un beso en las mejillas oscuras a la mujer—. Me encanta tu falda... Pero, puedo entender por qué ambos necesitan ropa. Rowan no los aprobaría, en absoluto.

Queenie parecía tan abatida y Thorne tan molesto que Willow deseó haberse mordido la lengua.

—Lo siento —dijo—. Hermano... Pero, ya sabes cómo es Rowan. Él, Ash y sus esposas están en la Abadía de Rochevaux. He enviado un mensaje, así que pronto sabrán que ambos estarán allí... Hermana, tenemos ropa lista para ti en la casa. Pensé que sería preferible que te cambiaras allí, antes que sigamos rumbo a Rochevaux.

Willow se sintió aliviada, cuando Thorne sonrió y dijo:

—No has cambiado nada. Sigues siendo mi hermanita mandona.

—Bueno, ahora estoy mucho más redondeada.

Epílogo

Queenie nunca había lucido un vestido tan elegante, como el que la doncella de Lady Willow le había ayudado a ponerse, después del baño. El hecho que una doncella la ayudara a bañarse, lavarle el pelo, secarla y vestirla podría requerir algo de tiempo para acostumbrarse, al igual que la opulenta decoración de la suite de habitaciones, que les habían asignado a Thorne y ella. Probablemente, a él lo mimaban de la misma manera en una habitación contigua. Ya lo echaba de menos. Sin su presencia constante, no estaba segura de poder hacer frente a toda esa ostentosa riqueza. Y Willow le había asegurado que la residencia familiar en Berkshire era “mucho más espléndida que este pequeño lugar”.

A ella le resultaba difícil permanecer sentada, mientras Pinky se ocupaba de su cabello y el tocador.

Cuando finalmente se paró frente al espejo de cuerpo entero, se preguntó de quién era el reflejo que veía. Cabello oscuro recogido en un elaborado peinado, joyas brillando en su cuello, pendientes con forma de pera, en lugar de aros, y un vestido a la moda.

—¡*Misto!* —exclamó.

—¿No le gusta, señora? —preguntó Pinky.

—Es que no me reconozco —respondió Queenie—. *Misto* significa maravilloso.

—Maravilloso es la palabra correcta —confirmó Thorne, al entrar con la mirada llena de admiración.

Queenie miró fijamente al caballero, elegantemente vestido, que estaba frente a ella, con su largo cabello atado hacia atrás con una correa. Lo amaba con todo su corazón, pero no pertenecía a su mundo. Él se acercó y la abrazó, cuando a ella le tembló el labio.

—Tú perteneces a mí —dijo él, seductoramente—. Debajo de todos estos adornos se esconde el mismo Thorne desnudo, que tú haces que te cautive, y sé muy bien qué hermosos placeres se esconden debajo de ese vestido tuyo. Eso es todo lo que importa.

—¡Ay! —exclamó la doncella sonrojada, mientras huía de la habitación.

* * *

Rowan caminaba de un lado a otro por el salón de la Abadía de Rochevaux, sintiendo molestias, en el muñón, por primera vez en meses. Su pierna mecánica se sentía inusualmente incómoda. Su corazón casi había estallado de alegría, cuando recibieron la noticia que Thorne estaba en casa. Sin embargo, ahora su hermano estaba de camino con una nueva esposa, a cuestas. Pronto, los hermanos tendrían que enfrentarse a los demonios de Waterloo. A menudo se había preguntado qué se dirían el uno al otro, si alguna vez se reencontraran. Ahora, no tenía ni idea sobre qué decir.

—Siéntate, mi amor —le exigió Daisy—. Me estás poniendo nerviosa.

—No estoy nervioso —mintió—. Solo... eh... ansioso.

—Thorne se sorprenderá, al verte caminar con tu pierna artificial —intentó convencerlo.

—Probablemente, le sorprenderá que estoy vivo.

—Tienes que decidir si estás contento que él haya vuelto a casa —insistió Daisy.

—¡Claro que me alegro! —exclamó, irritado consigo mismo.

—Entonces, debes hacerle saber que no lo culpas. Es su mala conciencia la que lo ha

mantenido alejado.

Él confiaba en que su práctica esposa llegaría al meollo del asunto.

—Te amo —le dijo.

Las voces en el vestíbulo anunciaban la llegada de su hermano perdido hacía mucho tiempo.

—Ya están aquí —confirmó Daisy—. Ayúdame a levantarme... Estaré feliz cuando este bebé finalmente llegue.

—En efecto —replicó con la mente ocupada en recuerdos que preferiría olvidar.

Entonces, Thorne entró en la habitación, a grandes zancadas, lo abrazó y sollozó, una y otra vez. Rowan se sintió bien al volver a abrazar a su hermano menor, así que lo rodeó con sus brazos y lo mecía, tal como lo había hecho, cuando nació.

—Silencio —susurró—. Gracias al Cielo que estás en casa sano y salvo.

Las recriminaciones, las culpas y el resentimiento se desvanecieron. La familia volvió a estar unida.

—Fue una guerra —ratificó Rowan—. Nadie tiene la culpa de lo que pasó. Todos tuvimos suerte de sobrevivir.

—Pero... —comenzó Thorne, dando un paso atrás.

Rowan vio el momento en que Thorne se dio cuenta que él estaba erguido sobre dos piernas.

—¡Tu pierna! —exclamó.

—Sí —bromeó Rowan—. Me creció otra.

* * *

Agradecida por el apoyo de la mano de Willow, Queenie se puso de pie con piernas temblorosas, sin saber muy bien, si debía unirse a las carcajadas masculinas, después de la broma de Rowan. ¿Las mujeres se reían a carcajadas? Ella no era una dama, así que: ¿cómo iba a saberlo? Siguió el ejemplo de Willow, que sonreía ampliamente.

—Es una pierna mecánica —explicó la hermana de Thorne—. La llegada de nuestro hermano desaparecido parece haber resucitado el sentido del humor de Rowan.

Queenie nunca había oído hablar de algo así, pero asintió pensativamente, y dijo:

—Ya veo.

Thorne le agarró la mano, y ella inmediatamente se sintió mejor anclada a él.

—Queenie, te presento a mi hermano Rowan, duque de Withenshawe... Rowan, Queenie es mi esposa.

Ella extendió la mano tal como Willow le había enseñado. Cuando Rowan hizo una reverencia y le besó los nudillos, se sintió más que agradecida por las habilidades de Pinky, y por el buen gusto y la generosidad de Willow.

—Su Gracia —dijo ella con recato.

Queenie no estaba preparada para su respuesta:

—No eres árabe —declaró.

Entre las risas que siguieron, la conversación amena y un elaborado servicio de té, se supo que Thorne había pasado un tiempo en Egipto, y que sus hermanos aparentemente asumieron que se había casado con una mujer egipcia. El té calmó los nervios de Queenie, y escuchó con atención, mientras Thorne contaba la historia de cómo se conocieron y los eventos posteriores en Barbados.

—Les digo que —empezó Rowan—, tendré que escribirle a James Leith, el gobernador de esas islas. Luché con él en la Península. Es un tipo muy bueno. No creo que piense mucho en ese

tal Marchant. ¡Gracias al Cielo que tu valiente esposa te rescató!

—En efecto —afirmó Thorne, dedicándole una de sus sonrisas desgarradoras—. Le debo la vida.

Las voces en el vestíbulo llamaron la atención de todos.

—Son Ash y Makenna, que han vuelto de su cabalgata —les informó Rowan—. Todavía no saben que ustedes han vuelto a casa.

* * *

Muy satisfecho con el progreso de Makenna, en sus lecciones de equitación, Ash le entregó su sombrero, sus guantes y los de su esposa al mayordomo. No prestó demasiada atención a los murmullos emocionados de Riley. Entonces, se le ocurrió:

—¿Thorne? —preguntó—. ¿Aquí?

Tomó la mano de su esposa y corrió hacia el salón. Thorne lo estaba esperando con los brazos extendidos.

—¡Eres un bribón! —exclamó su hermano menor, mientras se abrazaban—. La última vez que te vi, estabas borracho como un zorrillo, después de haber regresado tambaleándote al campamento desde un burdel.

Ash se apartó, pero seguía sonriendo.

—No debes revelar esos detalles delante de mi esposa —dijo.

Thorne tartamudeó una disculpa, cuando vio que Ash no estaba solo.

—No te preocupes —le aseguró Ash—. Makenna sabe todo sobre mi sórdido pasado.

Thorne tomó la mano de Makenna y le dio un beso cortés.

—Mis disculpas, Lady Makenna. Estoy muy feliz de volver a ver a este réprobo.

—No te preocupes —replicó ella—. Estamos todos contentos que hayas vuelto a casa.

—Permítanme presentarles a mi esposa, Queenie.

Las dos mujeres se saludaron con una reverencia, antes de intercambiar caricias en cada mejilla. Ash pensó que era curioso que su hermano hubiera elegido una pareja improbable, igual que él. Esperaba que tal vez hubiera una buena posibilidad que las dos extranjeras se hicieran amigas. Makenna necesitaba una amiga y sospechaba que a Queenie no le resultaría fácil adaptarse a una vida entre la nobleza, aunque actuaba como una dama, sus orígenes probablemente eran tan humildes, como los de Makenna, o los de Niven. Se sentía positiva acerca de los cambios de actitudes entre los aristócratas con títulos.

Trajeron más té y pasteles, que avivaron los recuerdos felices y el intercambio de noticias continuó.

—¿Qué planeas hacer ahora que estás en casa? —preguntó finalmente Rowan a Thorne, después que todos estuvieran informados de los acontecimientos en Barbados.

—Me gustaría involucrarme en el movimiento contra la esclavitud —respondió Thorne sin dudar.

—Es una idea buenísima. —Ash lo apoyó—. Cuenten conmigo. Nuestro padre aborrecía la esclavitud, y estoy de acuerdo, sobre todo después de oír hablar de tus experiencias.

Thorne palideció.

—Hace poco me enteré que papá falleció.

—Entonces, deberíamos ir a visitar la tumba —intervino Willow.

—Sí —respondió Thorne—. Me gustaría presentarle mis respetos. Lamento no haber vuelto a casa antes.

* * *

Los hijos del difunto William Withenshawe y sus esposas se reunieron, en silencio, alrededor de la cripta familiar, donde él había sido enterrado junto a su mujer. Niven nunca había conocido a su suegra, pero fue debido a su excentricidad que sus hijos y su hija recibieron nombres de árboles. El difunto duque también había bautizado sus barcos con nombres de árboles, en honor a su memoria.

—Mamá y papá están juntos, otra vez —expresó Rowan, solemnemente.

—Los extrañamos a ambos. Gracias por todo el amor que nos brindaron —asintió Ash.

—Lamento no haber vuelto a casa antes —dijo Thorne con voz áspera.

—Bueno —suspiró Rowan—. Papá estará feliz de tener a sus tres árboles juntos de nuevo.

A su lado, la esposa de Niven se erizó. Él percibió el inicio de uno de los arrebatos de ira de Willow, que parecían ocurrir con más frecuencia de lo esperado.

—Como siempre —anunció ella con la cabeza en alto—. Te has olvidado de tu hermana menor. ¡Somos cuatro árboles!

El momento se disipó, cuando Daisy chilló y se apoyó con fuerza en su marido.

—A menos que me equivoque —jadeó, sujetándose la barriga—. Este retoño está en camino.

—¡Mi heredera! —exclamó Rowan, levantándola.

Evidentemente, la pierna no le causaba ningún problema, mientras se apresuraba a regresar a la casa con su carga. Pero el embarazo le impedía, a Willow, seguir el ritmo de los demás. Se apoyó fuertemente, en Niven, mientras avanzaban lentamente, detrás de la estela emocionada del grupo.

—¿Qué te parece? —preguntó Rowan—. ¿Cedro? ¿Álamo? ¿Abedul? ¿Haya?

—¿Y si la nena es una chica? —replicó Daisy—. ¿Rosa?

Entonces una premonición lo asaltó a él con toda su fuerza. Sabía con certeza que su bebé sería una niñita con los ojos del mismo color que los de su esposa.

—Llamaremos a nuestra niña: ¡Avellana!

—Sí —suspiró ella con una gran sonrisa.

Rowan respiró con más tranquilidad. Aunque ningún escocés que se apreciara pondría a su hija el nombre de un árbol.

El fin.

Notas históricas

BUSSA: un héroe nacional en Barbados. Los detalles de su rebelión se pueden encontrar en:

<https://cdn.nationalarchives.gov.uk/documents/education/bussa.pdf>
https://en.wikipedia.org/wiki/Bussa%27s_rebellion

No hay evidencias que su rebelión fuera retrasada por un huracán.

DESCUBRIENDO MIEMBROS AMPUTADOS EN WATERLOO:

<https://www.bbc.com/news/world-europe-49022033>

EL NOMBRE DEL LUGAR MÁS LARGO DEL MUNDO:

<https://en.wikipedia.org/wiki/Llanfairpwllgwyngyll>

HURACANES: la isla de Barbados es propensa a sufrir huracanes, varios de los cuales la han devastado, a lo largo de los años. Recientemente, hemos visto lo mortales que pueden ser los huracanes, incluso cuando gran parte de la población ha sido evacuada. Barbados es una isla relativamente plana con pocos lugares para escapar de una tormenta feroz.

PLAS NEWYDD:

[https://en.wikipedia.org/wiki/Plas_Newydd_\(Anglesey\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Plas_Newydd_(Anglesey))

ROMA:

<https://www.opensocietyfoundations.org/voices/gypsies-roma-travellers-animated-history#:>
<https://rozvitok.org/es/costumbres-y-tradiciones-romani-matrimonio/>

UXBRIDGE, LA PIERNA Y LA COLUMNA DE ANGLESEY:

https://en.wikipedia.org/wiki/Lord_Uxbridge%27s_leg
<https://ageofrevolution.org/200-object/earl-of-uxbridges-stirrups/>
<https://blogs.kent.ac.uk/history/2020/12/02/disability-history-month-henry-paget-the-earl-of-uxbridge/>
https://en.wikipedia.org/wiki/Marquess_of_Anglesey%27s_Column

Palabras finales de la autora

Como genealogista aficionada (es decir, adicta a la investigación de árboles genealógicos), me obsesioné con rastrear mis raíces inglesas hasta la conquista normanda, en el siglo XI.

Esto resultó ser una quimera, ya que no descendo de la nobleza, y los registros no se conservaron para la “gente común” hasta mucho después. Incluso los primeros registros parroquiales suelen ser indescifrables.

A raíz de ello, comencé a escribir historias sobre una familia noble medieval que había creado con mi imaginación. Así nacieron Los Montbryce.

Como mucha gente, yo tenía la compulsión interior de escribir un buen libro. Lo que originalmente estaba pensado como ese único libro sobre mi familia ficticia, acabó convirtiéndose en la serie de doce libros: *The Montbryce Legacy*.

En otras palabras, la escritura reemplazó a la genealogía, como mi principal adicción, y desde entonces, he publicado más de sesenta novelas e historias cortas. Casi todas son romances históricos que presentan a vikingos, montañeses, caballeros medievales, orfebres isabelinos o aristócratas de la Regencia. Puedes encontrar más detalles en mi sitio web: <https://annamarkland.com/>.

He vivido la mayor parte de mi vida en Canadá, aunque nací en el Reino Unido. La educación que recibí en una escuela secundaria inglesa me inculcó un amor por la historia europea, que perdura hasta el día de hoy. Aunque puedo jactarme de ser una orgullosa canadiense, en el fondo, sigo siendo una chica de Lancashire.

Antes de dedicarme a escribir a tiempo completo, fui maestra de escuela primaria, un trabajo que me encantaba. Luego trabajé como administradora de una organización mundial de ayuda humanitaria.

Me encantan los gatos, aunque no he podido animarme a adoptar otro, desde que inesperadamente perdí a Topaz hace unos años.

Tengo pocas habilidades domésticas. ¡Te darás cuenta de que la mayoría de mis heroínas odian coser!

Intento seguir tres sencillas pautas de escritura. Primero, les doy a mis personajes rienda suelta para que cuenten su historia, que a menudo resulta ser diferente de la versión original, que tengo en la cabeza. Segundo, soy una firme creyente en el amor a primera vista. Y tercero, mis protagonistas pueden negar inicialmente la atracción, pero, con el tiempo, mis héroes y heroínas encuentran a sus almas gemelas. Por lo que es natural incluir escenas de intimidad, que disfrutan dos personas, al amarse profundamente. Creo que esa intimidad es saludable. La precisión histórica es importante para mí, aunque obviamente modifico la historia, cuando esto es estrictamente necesario. Y escribo novelas románticas porque encuentro muy satisfactorios los finales felices.

Puedes encontrarme en todas las redes sociales habituales. En Facebook como: Anna Markland y Anna Markland Novels; en Twitter como: @AnnaMarkland; y en Pinterest y BookBub como: Anna Markland. También tengo un grupo de lectores en Facebook llamado: Markland's Merrymakers; y siempre son bienvenidos los nuevos miembros.